

38ª REUNION — Continuación de la 24ª SESION ORDINARIA — SEPTIEMBRE 24/25 DE 1953

**Presidencia del doctor Antonio J. Benítez, señora Delia D. Degliuomini
de Parodi y señor José V. Tesorieri**

Secretarios: doctores Rafael V. González y Eduardo T. Oliver

Prosecretario: doctor Enrique A. Pardo

DIPUTADOS PRESENTES:

ACOSTA, Policarpo
ACUNA, Judith Elida
AGÜERO, Teodomiro de la Luz
AGUILAR de MEDINA, Generosa D.
ALBARELLOS, Juan
ALBRIEU, Oscar E.
ALENDE, Oscar Eduardo
ALONSO, José
ALVAREDO de BLANCO SILVA, Obdulio
ALVAREZ, Magdalena
ARGAÑA, José María
ARIAS, Jesús Pablo
ASTORGANO, José
ATALA, Luis
BALBI, Aimar A.
BELNICOFF, Manuel
BENÍTEZ, Antonio J.
BIDEGAIN, Oscar R.
BIONDI, Josefa
BLASI, Héctor A.
BRIGADA de GÓMEZ, Josefa Dominga
BRIZUELA, Juan Francisco
CAMUS, E. P.
CANTORE, Luis
CARBALLIDO, Dorindo
CARENA, Ezio Armando
CARRERAS, Ernesto
CARRIZO, Francisco Isidro
CASTAGNINO, Héctor
CASTRO, Orlando
CASUCCIO, María Elena
CAVIGLIA de BOEYKENS, María C.
CLEMENT, Fernando Abel
COBELLI, Francisco
CHALUP, Hugo del Valle
DACUNDA, Angélica E.
DA ROCHA, Alejandro J.
DEGLIUOMINI de PARODI, Delia D.
DEGREEF, Juan Ramón
DEIMUNDO, Antonio J. C.
DEL RIO, Arturo R.
DE PRISCO, Guillermo
DÍAZ DE VIVAR, Joaquín
DISKIN, David
D'JORGE, Luis
DOMÍNGUEZ, Carlos Joaquín
DOMÍNGUEZ, Roberto
DUSSAUT, Santiago
ESPEJO de RAMOS, Juana Alicia
FASSI, Santiago Carlos
FERNANDEZ, Expédito
FERNANDEZ, Hernán S.
FERRER ZANCHI, Alfredo G.
FLORES, Francisca A.
FONTANA, Alfredo
FORTEZA, Eduardo J.

GAETA de ITURBE, Dora Matilde
GAGO, Bernardo
GALLO, Luis M.
GARCÍA, Juan C.
GIANOLA, Jorge N.
GOBELLO, José
GOITIA, Carlos Inocencio
GÓMEZ, Manuel Vicente
GOMIS, Pedro A. J.
GONZALEZ, Antonio F.
GONZALEZ, Santos
GONZÁLEZ, Ventura
GRAMAJO, Rodolfo
GRO, Carlos
HERMIDA, Antonio
IDOMANICO, Humberto
LABANCA, Enrique V.
LANFOSSI, Adolfo
LANNES, Héctor L.
LATELLA FRIAS, Donato
LOGUERCIO, Dante N.
LÓPEZ, Gerardo
LÓPEZ, Pablo
LÓPEZ, Plácido Guillermo
LUNA, Pedro Antonio
MACABATE, Manuel E.
MACRI, Ana Carmen
MAESTRO, José Ángel
MARCÓ, Teodoro E.
MARTÍNEZ, Darwin
MATTIS, Eduardo
MERLO, Patrocínio
MESSINA, Bernardo R. A.
MIEL ASQUÍA, Ángel J.
MIGUEL DE TUBÍO, Josefa
MORENO, Silverio
MORESCHI, Humberto P.
MOYA, Isaac Donald
MUSACCHIO, Miguel
NUDELMAN, Santiago I.
ORDÓÑEZ PARDAL, Pedro A.
ORLANDI, Ródrigo E.
ORTIZ de SOSA VIVAS, Dominga A.
OSELLA MUÑOZ, Enrique
OTERO, Pedro Ramón
PALLANZA, Adolfo
PARINO, Edmundo
PAZ, Edwin Alfredo
PELLERANO, Jorge S.
PERALTA, Ángel Enrique
PERETTE, Carlos H.
PÉREZ, José C.
PÉREZ OTERO, Tito V.
PERICAS, Luis
PIAGGIO, Juan José
PICERNO, José E.
POSADA, José B.
PRACANICO, Zulema N.

PRESTA, José
PRESTE, Pascual N. H.
QUEVEDO, José C.
RABANAL, Francisco
RAVIGNANI, Emilio Juan F.
RINALDI, Luis
ROCAMORA, Alberto L.
ROCHE, Luis Armando
RODRÍGUEZ, Celina E.
RODRÍGUEZ, Manuel Félix
RODRÍGUEZ de COPA, Seferina del C.
ROUGGIER, Valerio S.
RUMBO, Eduardo I.
SAINZ, Héctor Agustín
SALABER, Carmen
SALVO, Hilario F.
SANTUCHO, Oscar D.
SCANDONE, Eduardo Ernesto
SIBOLDI, Agustín
SPACHESI, Modesto A. E.
TEJADA, Beato Migue'
TEJADA, María Ubelina
TESORIERI, José V.
TOFANELLI, Oreste
TOMMASI, Victorio M.
TORTEROLA de ROSELLI, Isabel A.
ULLOA, José Manuel
VERGARA, Amando
VILLAFANE, José María
VILLA MACIEL, Otilia
VILLARREAL, Pedro
WEIDMANN, Rodolfo A.
ZEREGA, Oreste A.

AUSENTES. CON LICENCIA:

ARGUMEDO, Celfa
BUSTOS FIERRO, Raúl C.
CAMPANO, Guillermo M.
CÁMPORA, Héctor J.
DI BERNARDO, Almerindo D.
MONTES, Abel
PIOVANO de DE CASTRO, Mafalda

AUSENTE. CON AVISO:

LÓPEZ, Noé

DELEGADOS PRESENTES:

BARRERA, Néctar A.
ESCARDÓ de COLOMBO BERRA, P.
FADUL, Esther M.
FERNICOLA, Elena A.
MARINO, Ramón
MONTANA, Agapito
PAROLIN, Orlando L.
POLO, Antenor
RIOS, Octavio A.
RODRÍGUEZ GALLARDO, A.
SAN MARTÍN, Pedro J.

SUMARIO

- 1.—**Consideración del despacho de la Comisión Especial Redactora de los Códigos de Procedimientos Civil, Comercial y Criminal en el proyecto de ley de reformas al Código de Procedimientos de la Civil y Comercial.** (Página 1746.) Se sanciona.
- 2.—**Trámite de asuntos entrados.** (Página 1750.)
- 3.—**Consideración del despacho de la Comisión de Legislación del Trabajo en el proyecto de ley por el que se establece el régimen legal de los convenios colectivos de trabajo.** (Página 1750.) Se sanciona.
- 4.—**Consideración del despacho de las comisiones de Presupuesto y Hacienda y de Comunicaciones y Transportes en el proyecto de ley de organización de los servicios de radiodifusión.** (Página 1817.) Se sanciona.
- 5.—**Consideración del despacho de las comisiones de Defensa Nacional y de Legislación General en el proyecto de ley por el que se autoriza una venta de terrenos.** (Página 1817.) Se sanciona.
- 6.—**Consideración del despacho de la Comisión de Defensa Nacional en el proyecto de ley por el que se autoriza una donación de planeadores a la Dirección de Aeronáutica de la República de Chile.** (Página 1882.) Se sanciona.
- 7.—**Apéndice:**
 - I.—**Sanciones de la Honorable Cámara.** (Página 1885.)
 - II.—**Asuntos entrados:**
 - I.—**Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo: expropiación de tierras rurales,** en la gobernación de Río Negro, con fines de colonización. (Página 1895.)
 - II.—**Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo: reformas a leyes de impuestos.** (Página 1897.)
 - III.—**Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo: gravamen sobre predios rústicos** aptos para la producción, no explotados o explotados en forma deficiente. (Página 1900.)
 - IV.—**Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo: modificación del régimen legal de los profesionales de ciencias económicas,** contadores y actuarios. (Página 1901.)
 - V.—**Comunicaciones del Honorable Senado.** (Página 1902.)
 - VI.—**Comunicaciones oficiales.** (Página 1902.)
 - VII.—**Comunicaciones de comisión.** (Página 1902.)
 - VIII.—**Despachos de comisión.** (Página 1902.)
 - IX.—**Peticiones particulares.** (Página 1903.)

X.—**Proyecto de ley** reproducido por el señor diputado **D'Jorge: pensión** al señor Dionisio Ireneo Ocampo. (Página 1903.)

XI.—**Proyecto de ley** del señor diputado **Ulloa** y otros, por el que se amplía el plazo para que el **personal de instituciones bancarias** oficiales pueda incorporarse al régimen jubilatorio de la ley 11.575. (Página 1903.)

XII.—**Proyecto de declaración que pasa a comisión:**

Del señor diputado **Miel Asquía** y otros: otorgamiento de títulos nacionales a **especialistas en química** egresados de escuelas particulares. (Página 1903.)

XIII.—**Proyectos de declaración y de resolución en la mesa de la Honorable Cámara:**

1.—Del señor diputado **Rabanal: consideración del problema del petróleo argentino.** (Página 1903.)

2.—Del señor diputado **Gallo** y otros: explotación del **servicio eléctrico de Rosario.** (Página 1903.)

3.—Del señor diputado **Gramajo: prioridad de construcción de obras de pavimentación** y de mejoras en la ruta número 38. (Página 1903.)

—En Buenos Aires, a los veinticuatro días del mes de septiembre de 1953, a la hora 16:

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa la sesión.

1

CODIGO DE PROCEDIMIENTOS

(Orden del día número 144 [*])

Honorable Cámara:

La Comisión Especial Redactora de los Códigos de Procedimientos Civil, Comercial y Criminal ha considerado las correcciones introducidas por el Honorable Senado al proyecto de ley que le fué pasado en revisión, sobre reforma en materia procesal, civil y comercial; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconseja aprobarlas.

Sala de la comisión, 3 de septiembre de 1953.

Alberto L. Rocamora. — **Ventura González.** — **Joaquín Díaz de Viar.** — **José E. Picerno.**

Buenos Aires, 27 de agosto de 1953.

Al señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

Tengo el honor de dirigirme al señor presidente a fin de comunicarle que el Honorable

[*] Véase orden del día número 122 de 1953.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar el artículo 9º

— Resulta afirmativa de 110 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar el artículo 13.

— Resulta afirmativa de 110 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el capítulo II.

Se va a dar lectura por Secretaría.

Sr. Alonso. — Hago indicación de que suprima la lectura.

Sr. Presidente (Benítez). — Si hay asentimiento, así se hará.

— Asentimiento.

Sr. Presidente (Benítez). — Se prescindirá de la lectura del capítulo II.

Se va a votar el capítulo II, con reserva del artículo 17 que ha sido observado.

— Resulta afirmativa de 110 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar el artículo 17.

— Resulta afirmativa de 113 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el capítulo III.

Se va a dar lectura por Secretaría.

Sra. Macri. — Hago indicación de que se suprima la lectura.

Sr. Presidente (Benítez). — Si hay asentimiento, así se hará.

— Asentimiento.

Sr. Presidente (Benítez). — Se prescindirá de la lectura del capítulo III.

Se va a votar el capítulo III.

— Resulta afirmativa de 113 votos; votan 119 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Queda sancionado el proyecto de ley (1). (Aplausos.)

4

SERVICIOS DE RADIODIFUSION

(Orden del día número 151)

Honorable Cámara:

Las comisiones de Presupuesto y Hacienda y de Comunicaciones y Transportes han tomado en consideración el mensaje y proyecto de ley

(1) Véase el texto de la sanción en la página 1891.

del Poder Ejecutivo sobre organización de los servicios de radiodifusión en el país; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconsejan la sanción del siguiente

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

TITULO I

Disposición general

Artículo 1º — Es servicio de radiodifusión el que, mediante emisiones sonoras o visuales, transmite directamente al público en general, programas culturales, educativos, artísticos, informativos y de entretenimiento, que respondan al interés general.

TITULO II

Servicio de explotación privada

CAPÍTULO I

Art. 2º — El servicio de radiodifusión, a los fines de esta ley, es de interés público y el Poder Ejecutivo podrá autorizar a particulares su prestación mediante licencias sujetas a las condiciones establecidas en esta ley y su reglamentación. Las adjudicaciones se harán previa licitación pública mediante pliego de bases y condiciones aprobado por el Poder Ejecutivo.

Art. 3º — Cuando así ocurra, sin perjuicio de lo exigido por el artículo anterior, los adjudicatarios de cada una de las licencias pagarán, además, en concepto de retribución al Estado, por la explotación de las mismas, una contribución anual a determinar por el Poder Ejecutivo, el que queda facultado para incrementar su monto cuando el estado económicofinanciero de las empresas así lo aconseje.

Art. 4º — Excluido el servicio oficial que presta el Estado, la explotación de estaciones de radiodifusión por particulares, su instalación y funcionamiento, se hará sobre la base de tres redes técnicamente orgánicas y aptas para prestar servicio útil a todo el territorio de la Nación.

Art. 5º — La organización y el régimen de prestación de los servicios de radiodifusión se basará en el principio de la subordinación del interés particular, al interés social, cultural, económico y político de la Nación.

CAPÍTULO II

Régimen de las licencias

Art. 6º — Las licencias se otorgarán por el término de veinte años y serán adjudicadas a quienes reúnan las condiciones que se establecen en esta ley, sobre las siguientes bases:

- a) Ser argentino nativo;
- b) Tratándose de personas jurídicas o sociedades, estar constituidas con arreglo

a) las leyes del país, debiendo el 70 % del capital pertenecer a argentinos nativos;

- c) El presidente y los miembros del directorio de la sociedad deberán ser argentinos nativos y el personal superior de la explotación, tanto técnico como administrativo, deberá ser argentino nativo o naturalizado, pero todos ellos con domicilio real en el país;
- d) Tener un plan de acción dentro de las finalidades consagradas para la radiodifusión.

Art. 79.— Los titulares de licencias, los directores, administradores, gerentes y en general los agentes responsables de la gestión del servicio de una red, no podrán tener interés directo o indirecto en otra red. Las infracciones a esta prohibición podrán sancionarse hasta con la caducidad de la licencia.

Art. 89.— El Poder Ejecutivo con antelación mínima de seis meses a la fecha de expiración del término de la licencia fijada por el artículo 69, podrá llamar a una nueva licitación pública de acuerdo con las prescripciones de esta ley. En igualdad de condiciones serán preferidos para la adjudicación los ex titulares de las respectivas licencias.

Art. 99.— Las licencias otorgadas no podrán ser cedidas o transferidas total o parcialmente por ningún título ni acordarse participación en su administración o en su explotación, bajo pena de nulidad.

Art. 10.— Las sanciones a aplicarse por infracciones a la ejecución del servicio se fijarán por el Poder Ejecutivo y no excederán de treinta días de suspensión.

Durante ese lapso podrá obligarse al permisionario a continuar la transmisión sin publicidad comercial.

Art. 11.— La revocación de las licencias no dará derecho al permisionario a reclamar indemnización de ningún género.

Si las instalaciones fueran utilizadas por el Estado serán justipreciadas, a los fines de su adquisición o expropiación, de conformidad con las leyes generales de la materia.

Si las instalaciones o parte de ellas no fueran utilizadas por el Estado, el ex titular de la licencia procederá a su remoción en el plazo que se le fije y en su defecto podrá disponerse por su cuenta y riesgo.

CAPÍTULO III

Régimen del servicio

Art. 12.— Los programas de transmisiones se ajustarán a los siguientes principios generales:

- a) Constituirán un alto exponente de cultura y responderán a un plan de con-

junto racional para la elevación del nivel moral e intelectual del pueblo;

- b) Contribuirán a la formación y consolidación de la unidad espiritual de la Nación, de consuno con la obra que el Estado realiza en materia de educación y cultura pública;
- c) Asegurarán una adecuada participación de los valores y motivos culturales, artísticos y tradicionales del interior del país.

Art. 13.— Se prohíbe la transmisión de noticias o comentarios contrarios a las leyes, la moral o buenas costumbres; las que inciten a la traición contra el Estado, a la rebeldía o a la sedición contra las autoridades constituidas; las que puedan provocar la alarma pública o perturbar las actividades económicas o financieras internas; las que pudieran dañar o comprometer las relaciones internacionales del país; las que susciten polémicas o contengan expresiones injuriosas o difamatorias o las que tengan por objeto causar perjuicio moral o material a terceros.

Art. 14.— La difusión de publicidad comercial deberá realizarse de modo que por su magnitud, su carácter y la forma de transmisión no afecte la calidad y jerarquía de los programas.

CAPÍTULO IV

Disposiciones especiales

Art. 15.— Los servicios de radiodifusión estarán exentos de todo gravamen provincial o municipal, creado o a crearse, cualquiera fuere su denominación, con las excepciones siguientes:

- a) Contribución territorial;
- b) Tasas retributivas de servicios de alumbrado, barrido, limpieza, aguas corrientes y servicios sanitarios;
- c) Contribución de mejoras.

Art. 16.— Quedan derogadas las disposiciones que establezcan la prestación gratuita de servicios de radiodifusión, con la excepción de aquellas que determine el pliego de bases y condiciones en virtud del cual se otorguen las licencias.

Art. 17.— Las instalaciones, equipos y demás implementos técnicos afectados directa o indirectamente al servicio de radiodifusión, se declaran relativamente inenajenables en los términos del artículo 2.338 del Código Civil.

Art. 18.— Las obligaciones determinadas por el artículo 342 del Código de Comercio se hacen extensivas a todo aquel que tenga adjudicada licencia para realizar el servicio de radiodifusión, cualquiera que fuese la naturaleza de la sociedad o forma de empresa. Igualmente los permisionarios están obligados a poner a disposición del Poder Ejecutivo todos los

elementos necesarios para hacer efectivas las funciones de contralor, ya sean de carácter técnico, administrativo, económico, cultural o de cualquier otro aspecto del desenvolvimiento, que competen al mismo.

Art. 19. — El Poder Ejecutivo podrá, en los casos previstos por los artículos 34 y 83 inciso 19 de la Constitución Nacional, intervenir, suspender o tomar a su cargo, total o parcialmente, el servicio de radiodifusión que realicen las redes privadas.

TITULO III

Servicio Oficial de Radiodifusión

CAPÍTULO I

Art. 20. — El Servicio Oficial y el Servicio Internacional de Radiodifusión dependerán del Poder Ejecutivo y se realizarán por el o los organismos que éste designe.

El Servicio Oficial de Radiodifusión tendrá por fines principales, sin perjuicio de los que oportunamente se le fijaren, los siguientes:

- a) Contribuir a consolidar la unidad espiritual de la Nación exaltando las genuinas tradiciones y sentimientos patrios y procurar un mejor conocimiento del país;
- b) Jerarquizar los programas radiotelefónicos mediante transmisiones calificadas y servir de vehículo difusor para la acción del Estado.

En cuanto al Servicio Internacional de Radiodifusión, su objetivo principal será cumplir las tareas específicas de difusión en el exterior que por una acción directa, tienda al mejor conocimiento del país.

CAPÍTULO II

Recursos

Art. 21. — Los fondos para el cumplimiento del Servicio Oficial de Radiodifusión se constituirán con los siguientes recursos:

- a) Los créditos que anualmente fija la ley de presupuesto;
- b) La contraprestación a que alude el artículo 29 y la contribución de carácter anual establecida en el artículo 39. Esta última será exigida a partir del 1º de enero del año siguiente al de la fecha en que fuera acordada la licencia.

Los recursos precedentemente enumerados constituirán un fondo para el Servicio Oficial de Radiodifusión. Los saldos anuales se transferirán al ejercicio siguiente en el mismo concepto.

Art. 22. — Quedan derogadas las disposiciones que se opongan a la presente ley.

TITULO IV

Disposiciones transitorias

Art. 23. — A la promulgación de la presente ley quedan sin efecto las licencias de explotación del Servicio de Radiodifusión y mientras no se adjudiquen las nuevas y se establezca el pleno funcionamiento de la estructura técnica del Servicio de Radiodifusión dispuesta por esta ley, los permisionarios actuales continuarán prestando el servicio a título precario.

Art. 24. — Dentro de los noventa días de la promulgación de la presente, el Poder Ejecutivo llamará a licitación pública por el término de 45 días para el otorgamiento de la licencia de explotación de cada una de las redes a que se refiere el artículo 49.

Autorízase al Poder Ejecutivo para convenir directamente con los adjudicatarios de la licitación que menciona el apartado anterior, la enajenación de bienes muebles o inmuebles de propiedad del Estado que fueren necesarios para cumplir las finalidades de esta ley.

Art. 25. — Los ingresos aludidos en el artículo 24 serán destinados a la cancelación de las deudas contraídas ante el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio con motivo de las adquisiciones de los activos físicos de las estaciones de radiodifusión por el Estado, y al pago de las que, por aplicación de las leyes de previsión social, mantengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de esta ley.

El remanente de los ingresos a que se refiere este artículo integrará el Fondo de Recursos para el Servicio Oficial de Radiodifusión, previsto en el artículo 21.

Art. 26. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sala de la comisión, septiembre 15 de 1953.

Juan Ramón Degreef. — Luis Atala. — Hernán S. Fernández. — Otilia Villa Maciel. — Judith Elida Acuña de Giorgetti. — Jesús Pablo Arias. — Dorindo Carballido — Orlando Castro. — Expédito Fernández. — Elena A. Fernicola. — Santos González. — Antonio Hermida. — Adolfo Lanfossi. — Plácido G. López. — Humberto P. Moreschi. — Edvino A. Paz. — Mafalda Piovano de De Castro. — Luis Rinaldi. — Seferina del C. Rodríguez de Copa. — Eduardo I. Rumbo. — Modesto A. E. Spachessi.

ANTECEDENTE

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

TITULO I

Disposición general

Artículo 1º—Es servicio de radiodifusión el que, mediante emisiones sonoras o visuales, transmite directamente al público en general programas culturales, educativos, artísticos, informativos y de entretenimiento que respondan al interés general.

TITULO II

Servicio de explotación privada

CAPÍTULO I

Art. 2º—El servicio de radiodifusión, a los fines de esta ley, es de interés público y el Poder Ejecutivo podrá autorizar a particulares su prestación mediante licencias sujetas a las condiciones establecidas en esta ley y su reglamentación.

La adjudicación se hará previa licitación pública mediante pliego de bases y condiciones aprobado por el Poder Ejecutivo, quien incluirá en ellas las contraprestaciones a favor del Estado por parte de los que resulten adjudicatarios de las licencias de cada una de las redes a que se refiere el artículo siguiente.

Art. 3º—Excluido el servicio oficial que preste el Estado, la instalación, funcionamiento y explotación de estaciones de radiodifusión por particulares se hará sobre la base de tres redes técnicamente orgánicas y aptas para dar servicio útil a todo el territorio de la Nación.

Art. 4º—La organización y el régimen de prestación de los servicios de radiodifusión se basarán en el principio de la subordinación del interés particular al interés social, cultural, económico y político de la Nación.

CAPÍTULO II

Régimen de las licencias

Art. 5º—Las licencias se otorgarán por el término de veinte años y serán adjudicadas a quienes reúnan las condiciones que estableciere la reglamentación de esta ley, y en particular las siguientes:

- 1) Ser argentino nativo;
- 2) Tratándose de personas jurídicas o sociedades, estar constituidas con arreglo a las leyes del país, y el 70 % del capital pertenecer a argentinos nativos;
- 3) El presidente y/o miembros del directorio de la sociedad serán exclusivamente argentinos nativos y el personal superior de la explotación, tanto técnico como administrativo, deberá ser argentino nativo o naturalizado; y todos ellos con domicilio real en la República argentina;

- 4) Tener un plan de acción dentro de las finalidades consagradas para la radiodifusión.

Art. 6º—Los titulares de licencias, los directores, administradores, gerentes y en general los agentes responsables de la gestión del servicio de una red no podrán tener interés directo o indirecto en otra red. Las infracciones a esta prohibición podrán sancionarse hasta con la revocación de la licencia.

Art. 7º—El Poder Ejecutivo, con antelación mínima de seis meses a la fecha de expiración del término de la licencia fijada por el artículo 5º, podrá llamar a una nueva licitación pública de acuerdo con las prescripciones de esta ley. En igualdad de condiciones, serán preferidos para la adjudicación los ex titulares de las respectivas licencias.

Art. 8º—Las licencias otorgadas no podrán ser cedidas o transferidas, total o parcialmente, por ningún título ni acordarse participación en su administración o en su explotación, bajo pena de nulidad.

Art. 9º—Las sanciones a aplicarse por infracciones a la ejecución del servicio se fijarán por el Poder Ejecutivo y no excederán de 30 (treinta) días de suspensión.

Durante ese lapso podrá obligarse al permisionario a continuar la transmisión sin publicidad comercial.

Art. 10.—La revocación de las licencias no dará derecho al permisionario a reclamar indemnización de ningún género.

Si las instalaciones fueran utilizadas por el Estado serán justipreciadas según el costo de origen, deducidas las depreciaciones correspondientes, a los fines de su adquisición o expropiación, con arreglo a las disposiciones vigentes.

Si las instalaciones o parte de ellas no fueran utilizadas por el Estado, el ex titular de la licencia procederá a su remoción en el plazo que se le fije y en su defecto podrá disponerse por su cuenta y riesgo.

CAPÍTULO III

Régimen del servicio

Art. 11.—Los programas de transmisiones se ajustarán a los siguientes principios generales:

- 1º Constituirán un alto exponente de cultura y responderán a un plan de conjunto racional para la elevación del nivel moral e intelectual del pueblo;
- 2º Contribuirán a la formación y consolidación de la unidad espiritual de la Nación, de consuno con la obra que el Estado realiza en materia de educación y cultura pública;
- 3º Asegurarán una adecuada participación de los valores y motivos culturales, artísticos y tradicionales del interior del país.

Art. 12.—Se prohíbe la transmisión de noticias o comentarios contrarios a las leyes, la moral o buenas costumbres; las que inciten a la traición contra el Estado, a la rebeldía o a la sedición contra las autoridades constituidas; las que puedan provocar la alarma pública o perturbar las actividades económicas o financieras internas; las que pudieran dañar o comprometer las relaciones internacionales del país; las que susciten polémicas o contengan expresiones injuriosas o difamatorias o las que tengan por objeto causar perjuicio moral o material a terceros.

Art. 13. — La difusión de publicidad comercial deberá realizarse de modo que por su magnitud, su carácter y la forma de transmisión no afecte la calidad y jerarquía de los programas.

CAPÍTULO IV

Disposiciones especiales

Art. 14. — Los permisionarios de servicios de radio-difusión están exentos de todo gravamen nacional, provincial o municipal creado o a crearse, cualquiera que fuera su denominación, con las excepciones siguientes:

- 1º Impuesto a los réditos;
- 2º Contribución territorial;
- 3º Tasas retributivas de servicios de alumbrado, barrido, limpieza, aguas corrientes y servicios sanitarios;
- 4º Contribución por mejoras.

Art. 15. — Quedan derogadas las disposiciones que establezcan la prestación gratuita de servicios de radiodifusión, con la excepción de aquellas que determine el pliego de bases y condiciones en virtud del cual se otorguen las licencias.

Art. 16. — Las instalaciones, equipos y demás implementos técnicos afectados directa o indirectamente al servicio de radiodifusión se declaran absolutamente inajenables en los términos del artículo 2.337 del Código Civil.

Art. 17. — Créase un fondo de fomento del servicio de televisión, el que se formará con la contribución del diez por ciento (10 %) del valor de venta de los receptores de televisión, que deberán ingresar los importadores y fabricantes.

La reglamentación respectiva determinará los medios de asegurar el ingreso de tales fondos, como así también la administración y distribución de los mismos.

Art. 18. — Las obligaciones determinadas por el artículo 342 del Código de Comercio se hacen extensivas a todo aquel que tenga adjudicada licencia para realizar el servicio de radiodifusión, cualquiera que fuese la naturaleza de la sociedad o forma de empresa. Igualmente los permisionarios están obligados a poner a disposición del Poder Ejecutivo todos los elementos necesarios para hacer efectivas las funciones de contralor, ya sean de carácter técnico, administrativo, económico, cultural o de cualquier otro aspecto del desenvolvimiento, que competen al mismo.

TÍTULO III

Servicio oficial de radiodifusión

CAPÍTULO I

Art. 19. — El servicio oficial de radiodifusión, que dependerá del Poder Ejecutivo y se realizará por el organismo que éste designe, tendrá por fines principales, sin perjuicio de los que ulteriormente se le fijaren:

- 1º Contribuir a consolidar la unidad espiritual de la Nación, exaltando las genuinas tradiciones y sentimientos patrios, y procurar un mejor conocimiento recíproco entre la Capital y el interior del país;

2º Jerarquizar los programas radiotelefónicos mediante transmisiones calificadas y servir de vehículo difusor para la acción del Estado.

Art. 20. — La importación de aparatos, equipos o implementos destinados al Servicio Oficial de Radiodifusión, quedan liberados del pago de derechos de aduana.

CAPÍTULO II

Recursos

Art. 21. — Destinase al Servicio Oficial de Radiodifusión, los siguientes recursos:

- 1º Los créditos que anualmente fije la ley de presupuesto;
- 2º La contribución a que alude el artículo 2º, de carácter anual la que será exigida a partir del 1º de enero del año siguiente al de la fecha en que fuera acordada la licencia;
- 3º Los fondos provenientes de la aplicación del inciso e) del artículo 69 de la ley 11.723;
- 4º Los ingresos provenientes de las adjudicaciones de licencias y enajenaciones dispuestas por los artículos 2º y 24 de la presente ley.

Los recursos precedentemente enumerados constituirán un fondo para el Servicio Oficial de Radiodifusión. Los saldos anuales se transferirán al ejercicio siguiente en el mismo concepto.

Sobre la base de la contraprestación establecida en el inciso 2º del presente artículo, el Poder Ejecutivo queda facultado para incrementar el monto de esa contribución, cuando el estado económico financiero de las explotaciones de las redes así lo aconseje.

Art. 22. — Quedan derogadas las disposiciones contrarias a la presente ley.

TÍTULO IV

Disposiciones transitorias

Art. 23. — A la promulgación de la presente ley quedan sin efecto las licencias de explotación del Servicio de Radiodifusión.

Hasta tanto se adjudiquen las licencias y se establezca el pleno funcionamiento de la estructura técnica del Servicio de Radiodifusión dispuesta por la presente ley, los permisionarios actuales continuarán prestando el servicio a título precario.

Art. 24. — Dentro del plazo de noventa (90) días contados desde la promulgación de la presente, el Poder Ejecutivo llamará a licitación pública por el término de sesenta (60) días para el otorgamiento de las licencias de explotación de cada una de las redes a que se refiere el artículo 3º.

Autorízase al Poder Ejecutivo para convenir directamente con los adjudicatarios de la licitación que menciona el apartado anterior, la enajenación de bienes muebles o inmuebles de propiedad del Estado que fueren necesarios para cumplir las finalidades de esta ley.

Art. 25. — Condónanse las deudas provenientes de los cargos que por aplicación de las leyes de previsión social mantengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de la presente ley.

Art. 26. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Oscar L. M. Nicolini.

Buenos Aires, 2 de junio de 1953.

Al Honorable Congreso de la Nación.

El Poder Ejecutivo tiene el honor de dirigirse a vuestra honorabilidad sometiendo a su consideración el adjunto proyecto de ley sobre los servicios de radiodifusión en el país.

Como es del conocimiento de vuestra excelencia, dichos servicios, surgidos en su etapa inicial como una actividad de experimentación, fueron desarrollándose en forma creciente e inorgánica, ajena a todo plan regulador, bajo una jurisdicción originariamente compartida por los ministerios de Marina y del Interior, hasta que el 21 de noviembre de 1928 pasaron a depender de Correos y Telecomunicaciones.

A falta de una ley específica en la materia, de la que todavía se carece, se han venido aplicando, por analogía, la ley de telégrafo 750 $\frac{1}{2}$ y su ampliación 4.408 y la de servicios radiotelegráficos 9.127. A partir de la fecha expresada se dictaron las primeras reglamentaciones orgánicas, que son las contenidas en el decreto del 10 de abril de 1929, posteriormente substituido por el decreto 21.044 de 3 de mayo de 1933. Instrumentos éstos que si bien proporcionaron las normas aplicables a tan importantes servicios mantuvieron el régimen de explotación existente basado en licencias individuales de carácter precario.

Este sistema de explotación inorgánico y antieconómico decidió al Poder Ejecutivo a encarar la reorganización de los servicios de radiodifusión, dictando a tales efectos el decreto 7.695 de fecha 7 de julio de 1938, por el cual se encomendó a una comisión especial el examen y revisión de los permisos a título precario otorgados hasta esa fecha, y sobre la base de la documentación reunida, dicha comisión urgió una modificación substancial del régimen caótico entonces imperante, propugnando la centralización absoluta de la explotación de los servicios en una entidad privada con intervención del Estado, sin adoptarse solución alguna.

Frente a esa situación y fundado en la extraordinaria influencia que la radiodifusión ejerce en la vida espiritual, social, política y económica del país, el Poder Ejecutivo, por decreto 23.408 de fecha 4 de septiembre de 1944, nuevamente dispuso el estudio de los diversos problemas de orden técnicolegal, artístico-cultural y económico-financiero que la radiodifusión ha ido planteando en nuestro país, y en tal sentido designó otra comisión especial, la cual se expidió formulando un anteproyecto de estructuración integral aplicable orgánicamente a dichos servicios.

Los resultados de este estudio están condensados en los informes producidos, y el proyecto de ley que se acompaña refleja las conclusiones a que se ha arribado.

La eficacia técnica alcanzada por la radioelectricidad en la difusión de la palabra, la imagen y la música confiere a la radiodifusión, de tiempo atrás, un puesto descollante en la vida de la colectividad. La importancia de este poderoso vehículo de difusión ha sido universalmente reconocida y todos los países se esfuerzan por enlazarla entre los medios predilectos de acción.

Una consideración sumaria de los principales aspectos en que la radiodifusión exterioriza su pujanza y

efectividad bastará para abonar las afirmaciones anteriores.

a) En el orden internacional, la radiodifusión se insinúa con efectos cada vez más decisivos. El alcance ilimitado de las emisiones, que no reconocen fronteras territoriales, crea problemas de orden jurídico y político —además de los técnicos— que obligan a la reglamentación en el plano internacional de esta actividad. Sucesivas conferencias internacionales, mundiales y regionales han abordado los distintos aspectos de esta cuestión y procurado soluciones, elaborando un nuevo estatuto legal que, apoyándose en el principio de la soberanía nacional sobre el espacio etéreo, se combina, no obstante, con la obligación de abstenerse de irradiar transmisiones que puedan resultar peligrosas para la seguridad de otro Estado o ser contrarias a sus leyes, el orden público o sea las buenas costumbres imperantes en el mismo. El contenido de las transmisiones de un país, al trascender al orden internacional, contribuye a su prestigio o desprestigio, según sea el índice del valor artístico o cultural que involucra;

b) En el aspecto de las necesidades de la defensa nacional, la radiodifusión se concibe en la actualidad como un poderoso elemento de acción interna y externa de inapreciable utilidad.

Este cometido no puede ser eludido por ninguna organización nacional. Es por ello que la estructura radioeléctrica de un país debe satisfacer determinados requisitos primarios, que se relacionan especialmente con la distribución geográfica de las emisoras, las potencias utilizables y las posibilidades de intercomunicaciones rápidas;

c) Un fértil campo de acción se ofrece a la radio en los aspectos políticosociales de la vida de un país. Es, potencialmente, el medio ideal para mejorar el grado de consolidación política de la Nación y de la cohesión espiritual de sus habitantes.

Esta afirmación, exacta en la generalidad de los casos, lo es en mayor grado en países como el nuestro, de tan dilatada extensión territorial como escasa densidad demográfica, donde la presencia de un agente unificador que actúe en forma instantánea y uniforme sobre todos los habitantes, para dar la fisonomía que mejor cuadre a la nacionalidad, puede reportar considerables beneficios.

Estas consecuencias se apreciarían mejor si se considera la eventualidad de su utilización en todas aquellas determinaciones públicas que requieran, para su mayor eficacia, la acción simultánea y activa de todos sus habitantes o la formación previa de conciencias colectivas con respecto a determinados problemas. Esto se complementará con la acción en lo político y administrativo como medio de divulgar en forma rápida y asequible los actos y propósitos gubernamentales de interés general, con los que el pueblo pueda tener una versión directa de la acción de sus gobernantes; función de gran importancia para el porvenir de la República;

d) Pero mayormente donde se percibe la misión civilizadora que se le reconoce a la radiodifusión es en la faz cultural. Aquí, las cualidades propias de este medio que son una consecuencia de sus características técnicas —capacidad para establecer una relación instantánea con grandes masas de oyentes, la universalidad de su auditorio, la sugestión propia de la palabra hablada—, la convierten, por ineludible gravitación lógica, en un vehículo irremplazable.

El crecimiento inorgánico, no obstante su pujanza y evidente vitalidad, ha conducido paulatinamente a la radiodifusión al estado actual que, contemplado desde el punto de vista de los intereses colectivos, podría definirse como el de un organismo que, debido a una deficiencia constitucional, se ve imposibilitado de rendir todos los beneficios que la sociedad tiene derecho a exigirle.

El mantenimiento indefinido de tal estado de cosas consagraría, pues, un anacronismo más en el conjunto de factores que han ido cayendo poco a poco en la inactualidad, por virtud del proceso creciente de contenido social y político que caracteriza al Estado moderno.

En consecuencia, es llegado el momento de imprimir una organización acorde con la importancia adquirida por estos servicios. Universalmente, el régimen de prestación existente difiere en cuanto a su forma de explotación: el americano, principalmente realizado por particulares, y en países europeos se combinan el sistema de explotación privada y el estatal.

Al decidirse por el sistema que propone el proyecto que se propicia se ha considerado la radiodifusión como servicio de interés público, en concordancia con la doctrina predominante.

En términos generales, puede afirmarse que el proyecto acompañado importa una conciliación, sobre bases evidentemente prácticas, de los diversos factores que actúan en este complejo problema. Tiende primordialmente, a la obtención de los siguientes objetivos, íntimamente vinculados al interés nacional:

- a) La implantación de cuatro grandes redes de emisoras, técnicamente orgánicas para proporcionar un servicio eficiente a todo el territorio de la República;
- b) Como parte integrante de ellas, pero autónoma, la creación de una red oficial, destinada a realizar los fines culturales, sociales y políticos del Estado;
- c) Las tres grandes redes restantes, delegadas en explotación privada, sobre nuevas bases que supriman las serias deficiencias que hoy se observan en nuestro régimen radiotelefónico. Estas bases se refieren, principalmente a la forma de otorgamiento de las nuevas licencias: por redes orgánicas y no por estaciones individuales, a las condiciones técnicas, económicas, culturales y artísticas que deberán cumplimentar; a la duración —plazo fijo— de las licencias.

Una vez en funcionamiento el sistema propuesto, la radiodifusión presentará el siguiente panorama en el país:

- a) En el orden técnico, cuatro redes orgánicas de estaciones, una oficial y tres privadas, que asegurarán permanentemente en todo el país

una recepción buena en onda larga, de por lo menos cuatro programas simultáneos. La distribución adecuada de las emisoras de cada red sobre toda la extensión de la República, por una parte, y la utilización de potencia, frecuencias y sistemas irradiantes eficientes harán que cada red individual llegue por lo menos con el mínimo de intensidad requerido para una buena audición, a todos los habitantes del país. El sistema se complementará con un número conveniente de estaciones de ondas cortas que cumplirán una doble misión: el transporte de los programas cuando no sea factible por línea y la proyección internacional de las audiciones destinadas a hacer conocer en el extranjero los aspectos sobresalientes de la cultura y de la vida nacional. El planeamiento, la normalización y la adecuada instalación de las redes, cuyas especificaciones técnicas están minuciosamente previstas por el Ministerio de Comunicaciones, permitirán obtener una alta eficiencia y una economía general en la explotación;

- b) En el aspecto económico, corresponde señalar que las tres redes delegadas a explotación privada serán concedidas mediante licitación pública a personas o empresas que demuestren fehacientemente tanto su capacidad financiera para montar la red respectiva en un plazo mínimo como para mantenerla en funcionamiento en condiciones de alta eficacia. Subsistirá la publicidad comercial como medio de sostener el servicio, la cual será racionalizada con intervención oficial mediante normas convenientes.

El desenvolvimiento económico de las empresas permisionarias será fiscalizado para asegurar una gestión financiera sana, que les permitirá cumplir los fines sociales y culturales que se asignen al servicio. Teniendo todas las redes, en cantidad de estaciones, magnitudes de potencia y distribución territorial una gran equivalencia, debe esperarse también una paridad en el rendimiento de la explotación de cada una de ellas en las condiciones normales. Las administraciones centralizadas para la ejecución del servicio tendrán por resultado una mejor racionalización de la producción, y por ende, una reducción apreciable de los gastos. Por otra parte, al compensarse los resultados financieros de las distintas zonas que sirva una misma red, se beneficiarán aquellas zonas pobres que hoy carecen de servicios por su insuficiente rendimiento económico;

- c) En el orden cultural y artístico, la autoridad concedente será habilitada para exigir de los permisionarios el estricto cumplimiento y la realización de las finalidades que hoy son la justificación racional de este servicio. Establecida, por una parte, la infraestructura técnica del sistema, con verdadero alcance nacional y asegurada, por la otra, la organización y estabilidad de las economías de las empresas, habrán desaparecido las causas que muy frecuentemente inhiben a las emisoras al cumplimiento pleno de sus deberes.

Las directivas generales a seguirse en las transmisiones están dadas por el principio universalmente

consagrado de que la radio no debe, en forma alguna, contrariar o enervar la obra que el Estado realiza en materia de educación y cultura pública, sino, por el contrario, sumarse a ella con la plenitud de sus medios.

La instauración del régimen auspiciado implica transformar el sistema de los permisos precarios, sin término de duración, otorgados hasta ahora a emisoras individuales, por el de licencias a plazo fijo —veinte años— para la instalación y explotación de redes orgánicas de emisoras. El paso previo es la declaración de la caducidad de todos los permisos precarios y el llamado a licitación pública para el otorgamiento de las nuevas licencias.

Por último resta señalar que con el propósito de asegurar la prosecución de los servicios y facilitar el funcionamiento y la explotación de las redes se prevé en el proyecto de ley la autorización para vender los bienes muebles e inmuebles y demás accesorios de propiedad del Estado que fueren necesarios. Además se establece una contraprestación por cada red, en virtud de la delegación en empresas privadas para la explotación de los servicios a término fijo en períodos de veinte (20) años.

Asimismo se determina que los permisionarios de cada una de las licencias para la explotación de las redes están obligados a una contraprestación que será determinada por el Poder Ejecutivo en los respectivos pliegos de bases y condiciones para el llamado a licitación. Los fondos que en tal concepto se recauden serán invertidos para el mantenimiento y ampliación de las instalaciones emisoras y sostenimiento de los programas de transmisiones de la red oficial de radiodifusión; a cuyo efecto se constituirá un fondo especial.

Desde los albores de la televisión, algunos permisionarios de radiodifusión gestionaron licencia para la instalación y explotación de este moderno servicio, recientemente incorporado al país. Las posibilidades que ofrece la televisión en el mundo moderno son ilimitadas. Y es tal la importancia que universalmente se le asigna, que se considera prudente proporcionarle en su etapa inicial el aporte económico que asegure la continuidad de los servicios y su ulterior desarrollo técnico y cultural, mediante una contribución del diez por ciento (10 %) del valor de venta de los aparatos receptores que deberán ingresar los importadores y fabricantes.

Por último cabe señalar que el segundo Plan Quinquenal de gobierno prevé concretamente los objetivos generales a cumplir por el Servicio Nacional de Radiodifusión. Al respecto establece en el capítulo XXVI.G.4:

El Servicio Nacional de Radiodifusión, conducido por el Estado, será extendido a toda la Nación como expresión de la soberanía del país, en orden a la seguridad y la defensa nacional y para elevar la cultura general de la población, mediante:

- a) La extensión adecuada de la red oficial de radiodifusión;
- b) La instalación de radioemisoras privadas que autorice con asistencia técnica y crediticia del Estado;
- c) La orientación adecuada de las transmisiones internacionales especiales del organismo estatal específico, a fin de hacer

conocer la vida y cultura del pueblo argentino, sus realizaciones como aporte a la cultura universal y su doctrina nacional.

Como no escapará al criterio de vuestra excelencia, el país no puede continuar rezagado en tan importantes servicios, girando en plena renovación institucional alrededor de una legislación que parte del año 1875, aplicada hasta ahora por carecerse de una ley específica sobre la materia.

Por estas consideraciones, ruego a vuestra honorabilidad quiera prestar aprobación al referido proyecto de ley.

Dios guarde a vuestra honorabilidad.

JUAN PERÓN
Oscar L. M. Nicolini.

Sr. Presidente (Benítez).— En consideración en general.

Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Preste.— Antes de comenzar el informe sobre este despacho, debo hacer una aclaración con respecto a la omisión de mi nombre entre los firmantes del mismo.

Sr. Fernández (H. S.)— Si me permite el señor diputado, quiero dejar constancia de que el señor diputado Preste estuvo presente en la Comisión de Presupuesto cuando se trató el despacho que tiene en consideración la Honorable Cámara, y que, efectivamente, por una omisión no figura su firma en él, cuando en realidad ha participado de esa reunión y de todas las que se realizaron en la Comisión de Comunicaciones y Transportes al estudiar este proyecto.

Sr. Presidente (Benítez).— Por Secretaría se salvará la omisión.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Preste.— Señor presidente, señoras y señores diputados: una vez más, el Poder Ejecutivo viene a cumplir con su función tutelar de los intereses de la colectividad para llenar un vacío en la legislación nacional con el proyecto que las comisiones de Comunicaciones y Transportes y de Presupuesto y Hacienda han despachado favorablemente; vacío que el enorme crecimiento de nuestro país y la marcha ascendente de la nueva Argentina de Perón y Eva Perón hace más profundo frente al constante progreso y rápido desarrollo de la Nación que, impulsada por la nueva tónica de la revolución peronista, marcha a pasos agigantados en la moderna concepción de Nación justa, libre y soberana. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

— Ocupa la Presidencia la señora vicepresidenta 1ª de la Honorable Cámara, doña Delia Delfina Degliuomini de Parodi.

Sr. Preste.— Hace treinta y tres años que la radiodifusión comenzó a revolucionar la vida de

la República Argentina, y desde entonces hubo varios intentos de encauzar la legislación, que si bien fueron meritorios no llegaron nunca a dotarla del instrumentación legal necesario para su mejor funcionamiento y organización. Y como siempre, es en la era justicialista que la Legislatura del pueblo tiene que resolver un viejo problema aprobando una ley que el Poder Ejecutivo considera de suma importancia para el ordenamiento orgánico de la radiodifusión en nuestro país.

Ya esta Cámara, en memorables sesiones, sancionó el conjunto de leyes que integran el segundo Plan Quinquenal, el cual coronará la extraordinaria obra de organización, planificación y racionalización que, como lo expresara magistralmente su creador, el general Perón, no es la fría exposición de una serie de hechos o una simple enumeración de intenciones vanas, sino que contiene una doctrina que lo anima, doctrina que es la verdadera alma colectiva del pueblo. Y dentro de su contenido se establecen los objetivos fundamentales, generales y especiales, que constituyen la medula de la legislación de la nueva Argentina, ya que expresa los fines políticos permanentes y definidos de la Nación y las normas y medios que para alcanzar aquéllos se utilizarán.

Estos asertos se comprueban con sólo analizar el capítulo 26 del plan, que expresa la necesidad de disponer de un sistema orgánico y racional de comunicaciones en el orden interno y externo para lograr el mejoramiento del nivel cultural popular, promover su desarrollo económico y dotar de un mejor sistema a la defensa nacional interior y exterior.

Es así que no sólo se han previsto los mejoramientos de orden técnico, sino que se ha procurado, como lo analizaré más adelante, siguiendo las experiencias nacionales y extranjeras, dotar al país de un instrumento legal que asegure la consecución de estos fines, además de permitir la implantación de un sistema armónico y orgánico que aproveche al máximo el potencial existente en esta materia.

El artículo 40 de la Constitución justicialista de 1949 establece en forma harto elocuente la preocupación puesta de manifiesto por el gobierno nacional al contemplar en forma amplia los distintos aspectos de esta situación. Sería obvio insistir, en este informe, sobre la pujanza y efectividad con que la radiodifusión cumple su finalidad, pero con el perdón de la Honorable Cámara recordaré algunos conceptos que abonarán el juicio que tenemos sobre aquélla.

En el orden de las relaciones internacionales, podemos decir que achica el mundo, permitiendo una mayor compenetración espiritual entre los pueblos, cuando se la usa con la buena fe y el sentido de amistad y cooperación con que proceden los hombres y los pueblos de honor; y desde otro punto de vista, sobre el mismo aspecto, crea una serie de problemas de orden

jurídico que requieren en estos tiempos un ordenamiento nuevo de manera orgánica y racional, en especial por la falta de limitación física del medio de aplicación.

En el aspecto político y social constituye el mejor elemento para consolidar los caracteres que hacen a la cohesión espiritual de sus habitantes, máxime en países de características topográficas y demográficas como el nuestro. De ahí que su valor funcional sea prácticamente incalculable, además de constituir un factor imponderable de promoción de riqueza.

Hay también otro aspecto de fundamentalísimo interés para el país: su influencia en la defensa nacional, tanto en lo interior como en lo exterior, y que debe incidir en la distribución geográfica, potencia de los transmisores y las posibilidades de intercomunicaciones rápidas.

Por último, no debemos descartar el aspecto que sobre la cultura del pueblo hace sentir su influencia, tratándose de un medio que permite establecer contacto inmediato y simultáneo con toda la Nación, pero que hasta el presente, por falta de un elemento coordinador y racionalizador, cual es este proyecto, no ha rendido el máximo de su eficacia. Y es evidente que mantener una situación tal implica una dispersión de esfuerzos que esteriliza cualquier acción en pro del mejoramiento de las condiciones culturales colectivas, y que el Estado tiene la imperiosa obligación de cumplir con esos fines. De ahí que el gobierno peronista, fiel cumplidor de sus deberes para con el pueblo, envíe al Congreso Nacional el proyecto que consideramos.

Me permitirá la Honorable Cámara que para una mejor interpretación de este asunto, haga una breve síntesis de los antecedentes legales y reglamentarios vigentes hasta la fecha, además de las iniciativas parlamentarias presentadas por legisladores pertenecientes a distintos sectores.

Podemos observar que al comenzar nuestro país las primeras emisiones radiotelefónicas en el año 1920, ya se había legislado sobre las telecomunicaciones, dividiéndolas en telégrafos, teléfonos y radiotelegrafía, y los instrumentos legales eran los siguientes: ley 750½, de 1875, que establecía de manera general el régimen de los telégrafos del país, determinando cuáles de ellos serían nacionales; la ley 4.408, de 1904, que declaraba comprendidas en el régimen de la ley anterior al servicio de teléfonos y radiotelegrafía; la ley 9.127, de 1913, de organización del servicio radiotelegráfico, que establece que este servicio dentro de la Nación y para comunicaciones internacionales hasta una distancia mínima de mil kilómetros será hecho exclusivamente por el Estado, y dispone la creación de estaciones radiotelegráficas dentro del territorio de la Nación.

Posteriormente el Poder Ejecutivo, el 12 de julio de 1917 dictó un decreto estableciendo que

el territorio de la República Argentina se dividiría en dos zonas a los efectos de la jurisdicción sobre las estaciones y el servicio radiotelegráfico: a) zona marítima, dependiente del Ministerio de Marina, y b) zona terrestre, dependiente del Ministerio del Interior.

En 1921 es cuando vemos que por primera vez se considera expresamente el servicio radiotelefónico, ya que por decreto del 27 de mayo del mismo año se establecen normas para «regularizar el funcionamiento de las estaciones radioeléctricas de *broadcastings*, instaladas con el propósito de difundir noticias de interés general, conferencias, conciertos, etcétera, y otras manifestaciones culturales, así como también las destinadas a fines experimentales o de estudio.

Observamos que ésta es la época en que comienzan a instalarse nuevas estaciones, que en 1928 llegan a 20 en la Capital Federal, y a 16 en el interior del país.

En el año 1928 pasaron a depender del Ministerio del Interior todas las estaciones radioeléctricas de cualquier índole, públicas o privadas, colocándolas bajo la supervisión de la ex Dirección General de Correos y Telégrafos, creándose la Dirección General de Radiodifusión, y en 1929 el Poder Ejecutivo por decreto estableció una nueva reglamentación para el funcionamiento de aquéllas, que incluye las de radiodifusión.

El reglamento de radiocomunicaciones de 1933, con las modificaciones introducidas posteriormente, rige en lo fundamental la radiodifusión; de ahí que a pesar de su valor sea necesaria —por la complejidad que ha adquirido, por las modalidades técnicas modernas, por la incorporación de nuevos servicios—, no digamos sólo necesaria, sino imprescindible, la sanción de una ley que rija este sistema.

Pero en 1927 tuvo lugar la conferencia radiotelegráfica internacional de Washington, ratificada por la ley 11.620, aprobatoria de la convención radiotelegráfica internacional y reglamentos general y adicional, anexos a la misma, que estableció la libertad para cada país de asignar frecuencias dentro de cada territorio, con la única limitación de evitar interferencias con otras estaciones de radio. Llegamos así al decreto del 14 de febrero de 1931, convalidado por la ley 11.581, de mayo de 1932, que fija los derechos y multas que abonarán la estaciones de radio.

Posteriormente, en el Convenio Internacional de las Telecomunicaciones, de Madrid, de 1932, cuyas disposiciones fueron análogas a las de Washington, se estableció la facultad de celebrar en los distintos países acuerdos regionales, en virtud de los cuales tuvieron lugar los que se mencionan a continuación: a) el acuerdo (regional) sudamericano de radiocomunicaciones, de Buenos Aires, del año 1935, y sus revisiones de Río de Janeiro en 1937 y de Santiago de Chi-

le en 1940, cuya vigencia administrativa autorizó el Poder Ejecutivo; b) en 1938 tuvo lugar en El Cairo otra conferencia internacional de comunicaciones, y por último llegamos al convenio internacional de telecomunicaciones suscrito en Atlantic City en 1947, ratificado por ley 13.528, y que constituye, con el congreso internacional celebrado en esta ciudad en 1952, el instrumento básico al que deben ajustarse estas normas y que analizaremos con más atención al tratar el articulado en particular.

Puede apreciarse, a lo largo de esta apretadísima síntesis, que al llegar a 1953 nos encontramos frente a una situación legal de poca estabilidad, que es menester equilibrar, para evitar el sistema analógico imperante y darle al poder administrador la potestad legal específica, que, por otra parte, ya la tienen otras leyes orgánicas, por ejemplo la ley de ministerios y en este caso particular, el artículo 18 de la misma.

Además, haré una breve mención de los antecedentes legislativos a partir del año 1923, citando los siguientes proyectos: del diputado Rodolfo Moreno, en 1923, sobre reglamentación de las radiocomunicaciones; el proyecto de una comisión especial designada por el Poder Ejecutivo y presentado al Honorable Congreso en el mismo año; el del diputado nacional Adrián Escobar, sobre servicio de radiocomunicaciones, en 1934; proyecto de ley de telecomunicaciones preparado por la Dirección General de Correos y Telégrafos y enviado por el Poder Ejecutivo al Congreso en 1937; proyecto de ley del diputado Francisco Scarabino, en el año 1940, creando la Dirección de Radiodifusión del Estado, bajo la dependencia del Ministerio del Interior, como organismo autónomo, integrado por las estaciones radiodifusoras del Estado que no se hallen arrendadas para su explotación comercial.

En ese mismo año también se presentó un proyecto de ley del Poder Ejecutivo sobre mejoramiento de los servicios públicos de telecomunicaciones, por el cual se abría un crédito destinado a la adquisición e instalación de un transmisor de onda corta para Radio del Estado.

Asimismo, en junio de 1941 el Poder Ejecutivo elevó al Congreso otro proyecto de ley de telecomunicaciones.

Puede apreciarse, sin lugar a dudas, a través de esta enunciación, la inquietud de los poderes públicos por asegurar el régimen legal de estos servicios; más aún, observemos que en 1938 designó una comisión «para que procediera al examen y revisión de los permisos acordados hasta la fecha a título precario para explotación de los servicios de radiodifusión en el territorio de la República, a fin de estatuir en forma definitiva, y de acuerdo con el interés público en general, su organización integral».

Esa comisión elevó en el año 1939 su informe, que fué propiciado por la Dirección General de

Correos y Telégrafos. Es interesantísimo remarcar que las conclusiones a que arribaba eran las siguientes: a) explotación directa de los servicios radiotelefónicos por el Estado, o sea su nacionalización; b) explotación de los servicios radiotelefónicos por una entidad particular centralizada, a la cual el Estado concede contractualmente la facultad de realizar aquéllos, bajo un régimen similar a cualquier otro, pero con la dirección del Estado.

De ambas soluciones, la comisión prefería esta última, resultando evidente la intención netamente monopolista que animaba a aquélla, en contraposición con el criterio que sustenta en el presente proyecto el Poder Ejecutivo. Al analizar su contenido, observaremos que establece un sistema sui generis, acorde con las características imperantes en el país dentro de la doctrina nacional, invariablemente dirigida hacia el bien del pueblo.

Llegamos así a 1944. Si bien era notable la influencia que este medio de expresión ejercía sobre la vida espiritual, social, política y económica de la Nación, su progreso técnico trajo aparejado un aumento de aquella influencia, por lo cual se hizo imprescindible la reestructuración integral de la radiodifusión. En razón de esto, el Poder Ejecutivo designó una nueva comisión, la cual se expidió formulando un proyecto de ley que forma parte también de los precedentes que ha tenido en cuenta el Poder Ejecutivo de la revolución peronista para elaborar la ley que la Honorable Cámara considera.

Para terminar con la síntesis de los antecedentes, reseñaremos brevemente los principales sistemas de organización de estos servicios en los distintos países de características definidas, a fin de poder apreciar las ventajas del régimen proyectado en esta ley con respecto a aquellos otros.

En Francia coexisten dos redes: la oficial y la privada. Se observa una marcada tendencia a que la primera absorba a la segunda. La financiación de la red oficial es por tasa a los receptores de uso privado y de lugares públicos, e impuesto a las válvulas. En lo que se refiere a la red particular, la financiación proviene de la publicidad comercial.

Existen en Francia organizaciones, oficialmente reconocidas, de radioescuchas, que hacen sentir su influencia en la preparación de los programas. Hay que hacer notar que ya en 1938 existía un funcionario jefe del servicio de control de la radiodifusión, que tenía por misión fiscalizar todas las informaciones y audiciones relativas a la política interior y exterior y a las cuestiones económicas y sociales en ambas redes. Por ello, se ha establecido un mecanismo de coordinación y fiscalización de estas emisiones, que equivale al contralor previo por el Estado.

En Holanda existe un organismo central que coordina la acción de cinco asociaciones —de carácter religioso o político— de auditores, que difunden su programa alternativamente desde dos puestos emisores. Dicho organismo está integrado, en su mayoría, por representantes del Estado, quien se reserva la función de contralor preventivo y represivo, a través del Consejo de la Radio, comisión de contralor y correos y telégrafos. Los programas son examinados previamente.

No hay publicidad comercial, y la financiación es por contribución voluntaria de los asociados a cada una de las mencionadas asociaciones y por venta de publicaciones. Hay que hacer notar que se llega a cifras de gran consideración que permitieron el desarrollo de la red en el alto nivel en que se mantiene.

En Alemania, juntamente con Italia hasta el año 1945, su sistema era absolutamente estatal, bajo la dirección del Ministerio de Instrucción Pública y Propaganda. No existía la publicidad comercial por radio, y su financiación provenía de la tasa anual percibida mensualmente de cada propietario de receptor, que en el año 1938 llegaba aproximadamente a los 200.000.000 de marcos, a pesar de que los receptores pertenecientes a instituciones de caridad, hogares pobres, etcétera, no pagaban la tasa. Su desenvolvimiento era extraordinario y de gran calidad cultural y artística.

En Italia existía un grupo central con un plan de programas que debía ser aprobado por un consejo superior de vigilancia, formado por personalidades de la política, artes, literatura y ciencias. En los estatutos figuraban expresamente las materias que integraban los programas; y cualquier otro tema, o informaciones políticas, económicas y financieras, lo mismo que el uso del micrófono por cualquier orador, requería autorización gubernamental previa. En este país se admitía publicidad hasta el 10 por ciento del tiempo de transmisión, y la financiación provenía de las tasas a los poseedores de receptores, sobre precios de los receptores vendidos y sobre el producto de la publicidad transmitida.

En Gran Bretaña existe la Corporación Británica de Radiodifusión —BBC—, que es una entidad dirigida por un consejo de siete miembros designados por el gobierno y que actúa en base a un acuerdo entre ella y el director general de Correos y Telégrafos, acuerdo que contiene las normas generales relativas a la prestación del servicio. Se financia por tasa a los receptores, cuyo producido va a la organización, y parte al Tesoro. Hay que hacer notar que su superintendencia por parte de la administración de Correos y Telégrafos es muy amplia, incluso en materia de programas artísticos: tiene la facultad de prohibir la difusión de cualquier programa de carácter general o particular, e

inclusivo puede imponer en cualquier caso la transmisión gratuita de cualquier audición. Es voz común que la corporación es una entidad que procede con toda responsabilidad, lo que hace que la intervención de las autoridades de supervisión se realice con toda mesura. No irradia publicidad de ninguna especie, y se trata de una entidad de situación financiera muy sólida y de solvencia técnica, y de alto grado de eficiencia para la metrópoli y las colonias. Cualquier persona que desee hablar por su red deberá ser invitada por la mencionada institución.

En Estados Unidos, en contraposición con el sistema anterior, nos encontramos con una organización que es, aparentemente, la de mayor parecido con la nuestra. Podríamos decir que es absolutamente comercial, ya que su financiación se realiza exclusivamente en base a la publicidad mercantil. Pero hay que recordar que para llegar a la perfección actual debió pasar por un largo período experimental, seguido de un lapso de total anarquía, hasta que a partir de 1927 se polariza, por iniciativa privada, la actividad radial en dos grandes grupos: la Compañía Nacional de Broadcasting —NBC— y el Sistema de Broadcasting Columbia —CBS— y, simultáneamente, el Congreso sanciona la ley de radio que crea la Comisión Federal destinada a ejercer la autoridad y control sobre los servicios radiotelefónicos.

Estos dos grandes sistemas tienen organizaciones de gran envergadura y complejidad en razón de la cantidad de intereses que están en juego, al mismo tiempo que se gobiernan por medio de estatutos de reglamentación interna de extraordinaria severidad y rigidez. Transcribiré a título de ejemplo algunas «restricciones» que se imponían al Sistema de Broadcasting Columbia (CBS).

«No habrá —dice— ningún requerimiento de fondos; ninguna demanda o denuncia injustificada, exagerada o dudosa; ninguna manifestación o declaración que pueda ser engañosa; ninguna infracción a los derechos de otro avisador valiéndose de plagios, imitaciones o cualquier idea de programa o copia indirecta; ninguna advertencia médica dudosa; ningún programa o anuncio que sea calumnioso, obsceno, irrespetuoso, ordinario o repulsivo.»

Análogas restricciones rigen para la Compañía Nacional de Broadcasting (NBC).

Existe, además, la Asociación Nacional de Broadcasters (NAB), que agrupa a todas las empresas y les dicta normas bajo el nombre de Códigos de Principios, cuya adopción unánime les da fuerza ejecutiva, y que en 1939 preparó el Código de Ética actualmente en vigor.

Paralelamente existe una gran cantidad de pequeñas estaciones de reducida potencia, con horarios limitados, para públicos restringidos, ya que generalmente pertenecen a iglesias, universidades, entidades culturales y científicas, et-

cétera, o a gobiernos comunales. Algunas de ellas tienen la función exclusiva de informar de grandes acontecimientos, vale decir que son estaciones destinadas a cumplir misiones particulares y no de interés general, lo que está en desacuerdo con el propósito que anima a nuestro proyecto, que especialmente subordina los intereses particulares al interés general.

Puede apreciarse a través de esta esquematización, que en ese país el problema es tan complejo que entre empresarios y público se adelantan a los acontecimientos para no vulnerar sus propios intereses, ya que la Comisión Federal citada procede en los casos necesarios con todo rigor, conociéndose muchos casos de retiro de licencias por no haberse cumplido con los compromisos contractuales.

La Honorable Cámara observará, a través de estas palabras, el interés que los gobiernos han tomado por esta materia, y es de notar que cualesquiera sean las diferencias entre los distintos sistemas, los servicios de radiodifusión tienden a centralizarse en todas partes del mundo. La doctrina y la práctica universal enseñan que la emisión de ondas, por lo mismo que supone el medio más amplio de difusión de ideas, por el extraordinario ámbito de aplicación y simultaneidad y profundidad con que llegan a sus destinatarios, no puede ser equiparada a otras actividades de carácter puramente industrial o comercial, sino que se trata de una fuerza vital de gran potencia tanto material como espiritual, y es lógico suponer que todo gobierno, en cualquier país civilizado, trate de alcanzarla en provecho de su pueblo. Y volviendo a lo que podríamos llamar la ley básica de nuestra organización —me estoy refiriendo al segundo Plan Quinquenal— sus objetivos generales sobre esta materia expresan: «El servicio nacional de radiodifusión, conducido por el Estado, será extendido a toda la Nación como expresión de la soberanía del país en orden a la seguridad y a la defensa nacional y para elevar la cultura general de la población mediante: a) la extensión adecuada de la red oficial de radiodifusión; b) la instalación de radioemisoras privadas que se autoricen con asistencia técnica crediticia del Estado; c) la orientación adecuada de las transmisiones internacionales especiales del organismo estatal específico, a fin de hacer conocer la vida y cultura del pueblo argentino, sus realizaciones como aporte a la cultura universal y su doctrina nacional.»

Apreciamos, entonces, que mundialmente existen dos tendencias matrices: la monopolista, sea estatal o particular, y la comercial.

Cada una de ellas tiene sus razones de ser, según las características particulares de cada país, pero es evidente que ninguno de los dos sistemas sería aplicable con éxito en nuestra Nación, justamente por esas mismas características.

Mantener el sistema de la libre competencia de manera absoluta, implica la falta de un plan orgánico de conjunto, llegando a permitir la proliferación de pequeñas unidades que ni responden a las necesidades locales o generales, ni garantizan de modo alguno la prestación del servicio de manera siquiera aceptable.

Las empresas privadas concentradas en la Capital Federal o sitio donde su instalación tenga mayor valor lucrativo, y animadas por móviles respetables pero pequeños frente a los grandes intereses generales, no podrán, por eficaz que sea el control y la intervención de ellas por el Estado —ya que no sería nada más que control y no organización—, realizar el esfuerzo que corresponde a la radiodifusión en el gran objetivo de la revolución nacional peronista: «Consolidar la independencia económica para asegurar la justicia social, y mantener la soberanía política.»

En cuanto a imponer la estatización completa del sistema, no se ha considerado conveniente, ya que la implantación de esa modalidad traerá aparejado el montaje de un nuevo aparato financiero, técnico y funcional, que las autoridades no han conceptuado oportuno aplicar; de ahí que se haya adoptado el sistema que podríamos llamar paralelo y que analizaremos en algunos párrafos siguientes.

Es así, señor presidente, que observamos en el proyecto que al definir y calificar el servicio de radiodifusión, a los fines de esta ley de interés público, también es necesario que el instrumento legal que la regirá esté adecuado a esa definición, y por consecuencia el establecimiento del sistema esté mejor adaptado tanto a las exigencias del servicio como a las necesidades nacionales, sean culturales, educativas, artísticas, informativas o de simple entretenimiento, mirando siempre hacia el interés general sobre el particular.

De ahí que esta ley prevea la coexistencia de la red oficial con el establecimiento de las tres redes particulares que serán adjudicadas sobre la base de la licitación pública; de manera tal que el régimen adoptado —de características particulares— armoniza los dos sistemas extremos, aprovechando la experiencia y los antecedentes nacionales y extranjeros, y cumple su finalidad múltiple: lograr los objetivos fundamentales y especiales de la doctrina nacional, contemplando la unidad social y mejorando su nivel cultural, mediante una adecuada planificación posterior. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

También abonan este aserto de que este sistema de explotación sea el más conveniente, las circunstancias propias del país, su geografía, su historia, su composición étnica, el grado de cultura actual, la evolución de sus costumbres, relaciones con los pueblos vecinos, y la posición de la República ante los acontecimientos internacionales, circunstancias de tal mag-

nitud que, como lo he dicho recién, empujan cualquier otro interés personal o de grupo.

Por eso, señor presidente, es menester considerar que en este problema se deben tener en cuenta tres tipos de relaciones: primero, la radiodifusión y el individuo; segundo, la radiodifusión y el pueblo; tercero, la radiodifusión y el Estado.

Del análisis de estas relaciones surgirá claramente, que al resolver los problemas planteados por ellas, las funciones sociales y políticas de la radiodifusión cumplirán su verdadero objetivo.

En el primer caso, es un medio de información inmediata e instantánea de los hechos notables, locales o extranjeros; fuente de entretenimiento, cultura, educación, etcétera, vale decir que su doble papel informativo o agradable debe ser cuidadosamente vigilado por razones obvias: evitar la falsedad de la información y la transmisión de programas de mala calidad o atentatorios a la moral y a las buenas costumbres, que pueden ser factores disgregantes de la nacionalidad o del espíritu de los ciudadanos, y excelentes armas para minar su moral, al tiempo que rebajan considerablemente el nivel de la cultura popular.

No debemos olvidar que en este medio de expresión la elección del programa generalmente no está en manos del escucha, al revés que en el caso del espectador teatral o cinematográfico, que escoge libremente el espectáculo que desea.

En cuanto a las relaciones con el pueblo, si el efecto sobre cada uno de los individuos pudiera aparecer como de escasa importancia, al integrar esos efectos, la radiodifusión pasa a adquirir imponderable magnitud, porque ya he dicho antes que por la instantaneidad y alcance como medio transmisor de ideas, sincroniza la vida mundial, acerca a los pueblos, facilita el conocimiento recíproco de los distintos grupos sociales, coadyuva a que el progreso resultante sea uniforme, y es uno de los más efectivos vínculos de solidaridad humana.

Además, en las relaciones con el pueblo, debe recordarse la acción de la radio en los procesos económicos de la producción: el cambio, la distribución y el consumo. Es un eficaz medio de comunicación y propaganda, y en este carácter intensifica aquellos procesos, ampliando las zonas de influencia de los mercados, lo que puede llegar a producir desplazamientos de las corrientes comerciales y las consiguientes repercusiones en la promoción y distribución de la riqueza.

En lo referente a las relaciones entre la radiodifusión y el Estado, debo repetir, aunque abuse de la paciencia de la Honorable Cámara, que por constituir un medio sin limitación de fronteras que cubre desde los objetivos colectivos hasta la intimidad de los hogares, puede llegar a ser vehículo de graves perjuicios. Pero

al mismo tiempo, debemos reconocer que puede también aportar grandes beneficios.

Un autor inglés, Robinson, en su obra *La radiodifusión y una civilización cambiante*, observa que la política de los gobiernos respecto de la radiodifusión está determinada por la política de los mismos respecto de los pueblos.

De ahí que el futuro de la radiodifusión esté ampliamente ligado con las estructuraciones sociales, y su naturaleza e importancia están condicionadas a la prestación de los servicios y a su organización legal, técnica y funcional, pero siempre manteniendo inalterable el principio fundamentalísimo, de que cualquier organismo que la lleve a cabo, y sea cual fuere su naturaleza, actúa por medio de delegación del Estado, que aunque no la desempeñe directamente —ya hemos visto que eso ocurre en toda la legislación extranjera, aun en las de carácter más liberal— se reserva el lógico derecho de contralor, inspección, vigilancia y policía.

Considerando, pues, la influencia que la radiodifusión tiene en las distintas manifestaciones de la vida nacional, aquélla debe contribuir a la unificación política (gobierno, instituciones, seguridad, cultura, idioma, etcétera). Esa unidad se hace sentir para asegurar la paz interna, y, en el orden internacional, para contribuir al acercamiento de los estados, además de constituir un factor de unificación económica y política del país.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Antonio J. Benítez.

Sr. Preste. — Es así que, yendo de lo general a lo particular, este proyecto de ley de radiodifusión expresa las normas sobre política, legislación y policía necesarias en este medio de comunicación, normas que deben referirse, en primer término, a las transmisiones que, captadas en el exterior del país, pueden tener en las relaciones internacionales el efecto de contribuir al prestigio o al desprestigio de la Nación; luego, a las transmisiones de significación política para el orden interno; después a los aspectos cultural, económico y comercial; y, finalmente, al valor de las transmisiones en orden a la amenidad y pasatiempo.

Al cumplir esos fines con este proyecto, es obvio que el gobierno del general Perón es consciente de que sus férreos lineamientos, están orientados al bien del pueblo, organizando aquellos aspectos de la vida nacional que se hallaban, hasta su advenimiento, en estado de total anarquía, para probar lo cual me remitiré a las palabras del mismo general Perón en su exposición de motivos al tratar el segundo Plan Quinquenal. Dijo el general Perón: «Es indudable que la organización avanza con la,

misma celeridad con que estamos realizando nuestros trabajos. Hoy podemos ofrecer al país un gobierno orgánico; podemos también ofrecer un gobierno organizado, y mediante ello realizar la tarea gubernamental con unidad de concepción y con descentralización en la ejecución de la tarea concebida por el gobierno.»

Me disculpará la Honorable Cámara si estoy abusando de su paciencia, pero creo que la importancia del asunto justifica el haber analizado, aunque muy brevemente, la situación imperante hasta la fecha, caracterizada por la falta de los instrumentos legales necesarios para el aprovechamiento racional, orgánico e integral de la radiodifusión, como lo hemos visto en las palabras que anteceden, ya que sólo se contaba con leyes aplicables por vía analógica y con las únicas normas de carácter reglamentario fijadas por el poder administrador y que ya es hora de planificar.

Esta ley, señor presidente, puede definirse por algunas características de orden general que luego analizaremos en particular.

En primer término, el proyecto —como ya lo adelantaba hace algunos instantes— armoniza sobre fundamentos de orden experimental los distintos elementos que influyen y actúan en este problema, y tiende a conseguir: primero, la implantación de un servicio eficiente y económicamente sano en todo el territorio de la República, organizando también los servicios al exterior; segundo, la creación de la red oficial, que como lo expresan los considerandos del mensaje, cumplirá con los fines políticos, sociales y culturales del Estado, llevando a aquellos lugares donde el esfuerzo particular no puede llegar, no ya sólo la orientación de orden político o administrativo, sino las informaciones de interés general que puedan ser útiles a esas zonas donde falta o es muy difícil la vinculación con otros centros; tercero, el establecimiento de tres redes particulares, otorgadas por delegación del Estado, sobre nuevas bases de orden técnico y financiero, que, al mismo tiempo que se asegura la prestación del servicio en las mejores condiciones de funcionamiento, de acuerdo con los adelantos científicos y las condiciones en que deben desenvolver sus actividades, de manera que las bases económicas y financieras que se exijan a los adjudicatarios, garanticen, mediante la capacidad financiera que demuestren, una gestión acorde con los objetivos fundamentales y especiales que se persiguen por medio de esta ley.

El Poder Ejecutivo, por parte de sus organismos técnicoadministrativos, proyectará la estructuración de las redes, distribuyendo convenientemente las estaciones, tomando en cuenta las potencias y frecuencias utilizables, además de completar en los casos que sea necesario este sistema con una red complementaria de ondas cortas que, al mismo tiempo que transportará los programas en los casos que no sea posible

hacerlo por línea, le dará proyección internacional al sistema.

La rigidez en las exigencias financieras permitirá, entonces, el desenvolvimiento económico sano, sin el cual se resentirá fundamentalmente el cumplimiento de los fines de esta ley.

Es necesario tener en cuenta también que se ha previsto la financiación del sistema mediante un régimen de contraprestaciones a favor del Estado, que formará un «fondo para el Servicio Oficial de Radiodifusión», que no podrá ser destinado a otro uso y que permitirá no recargar las entradas del Estado a ese efecto.

En cuanto a las exigencias, plazos y demás condiciones que fija esta ley en su título II, «Régimen de las licencias», en la discusión en particular observaremos que no constituye nada más que el mínimo de los requisitos que los tratadistas internacionales fijan para este tipo de autorizaciones.

Es, pues, bien evidente que establecidas las bases técnicas del sistema por una parte, y por la otra la organización y firmeza de las economías de las empresas, tendremos las consecuencias que buscamos: seguridad en el cumplimiento del servicio; calidad del mismo y cumplimiento de la planificación proyectada, de manera que la radio en sus dos modalidades, el servicio oficial y las redes particulares, no dispersen sus esfuerzos y concentren su potencial para realizar, juntamente con el Estado, la obra educativa y cultural que se auspicia.

Existe en esta ley, señor presidente, un elemento que hay que hacer notar con muy especial atención.

Ya en los proyectos e informes anteriores era evidente una tendencia monopolista muy marcada; pero en el presente el Poder Ejecutivo ha cuidado con toda minuciosidad que tal evento no suceda, ya que, si bien es cierto que se limita el número de las redes —y en los tiempos actuales debe ser así por tratarse de servicios que requieren grandes inversiones de capital para su eficaz cumplimiento—, se ha especificado la prohibición de las vinculaciones de cualquier orden entre los integrantes de organismos de una u otra red, de modo que se eviten las combinaciones que tiendan al monopolio o faciliten la formación de bloques de intereses ajenos a los principios de la ley, penando estos intentos, de producirse, con todo rigor.

Más adelante se expresan las condiciones a que deben sujetarse los adjudicatarios de las licencias, el fin de los bienes en caso de caducidad o revocación de las mismas, y expresa también la inalienabilidad de las licencias, vale decir que éstas no podrán ser comerciadas, cedidas o transferidas parcial o totalmente bajo ningún aspecto.

Es lógico que esto sea así, ya que si la adjudicación se efectúa teniendo en cuenta la solvencia técnica y financiera de las personas o

entidades que se presenten, esa solvencia forma parte también de la garantía de ejecución correcta y eficiente del servicio.

En cuanto al «régimen del servicio», la ley establece los principios generales a que se deben ajustar las transmisiones, siempre dentro de los lineamientos generales que animan los actos del Poder Ejecutivo, tendientes a proporcionar mediante las irradiaciones radiodifundidas un índice de la cultura, de la moral y de la unidad nacional, propósitos éstos que nadie puede dejar de apoyar, aplaudir y consolidar, además de que se aspira a que este medio de expresión estreche los vínculos entre la Capital Federal y el resto del país.

También debo recordar a la Honorable Cámara que este aspecto está contemplado en las resoluciones de las conferencias y congresos internacionales, cuyas adhesiones fueron ratificadas por leyes nacionales, como ya lo he mencionado al comienzo de mi exposición, de modo que forman parte integrante de la legislación sobre esta materia.

Por último, y como es por otra parte lógico e imprescindible, se establecen las normas a que debe ajustarse la publicidad comercial, que si bien es cierto será la forma de financiación de las redes particulares, es necesario que sea canalizada para evitar los excesos en que puede incurrirse.

En cuanto al título de «Disposiciones Especiales», éstas serán consideradas al tratar el proyecto en particular, para precisar mejor algunos conceptos sobre las imposiciones que incidirán sobre los permisionarios y las aplicaciones de lo preceptuado por los códigos Civil y de Comercio a este tipo de organizaciones, y lo atinente con la defensa nacional que va de suyo que este sistema constituye uno de los elementos más importantes de ese extraordinario aspecto de la vida nacional.

El título siguiente establece el Servicio Oficial de Radiodifusión, con las características que ya hemos apuntado, para que según el espíritu de esta ley complete la acción de las redes privadas, lleve el servicio a un alto nivel cultural, sirva de vínculo entre los distintos grupos del país y coopere a una total difusión de los propósitos del Estado.

En cuanto a las «disposiciones transitorias» establecen el régimen que se seguirá durante el lapso comprendido entre la caducidad de las licencias actuales y el otorgamiento de las que se ajusten al régimen de la ley, al mismo tiempo que se asegura la continuidad del servicio y se autoriza al Poder Ejecutivo para prestar la ayuda necesaria mediante la enajenación de los bienes actualmente de propiedad del Estado para el mejor cumplimiento de aquélla.

Señor presidente: éstas son las razones que ha tomado en cuenta la comisión para despachar favorablemente el proyecto de ley, pero

tenga también la seguridad la Honorable Cámara de que esta aprobación la damos con la más íntima convicción de que dotamos a la República de un instrumento legal de absoluta e imperiosa necesidad para el logro de los fines que animan al excelentísimo señor presidente de la Nación, general Juan Perón, con quien somos férrea, rígida y absolutamente solidarios por el íntimo convencimiento de que está en la verdad, convencimiento que no es fruto de la obsecuencia o de la adulación —como se nos ha dicho frecuentemente, con total desaprensión desde las bancas opositoras—, sino del libre albedrío de hombres de honor, de hombres libres, de hombres argentinos, de hombres peronistas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Es así, señor presidente, que la sanción de este proyecto que considera la Honorable Cámara, sobre los objetivos del segundo Plan Quinquenal, es una reafirmación más de esa solidaridad: es plantar otro jalón en la ruta de la felicidad del pueblo, como lo quiere el general Perón, y como lo quiso aquella alma exquisita, que reconocimos como la Jefa Espiritual de la Nación, Eva Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Finalmente, es poner en práctica la orientación que expresara el general Perón con toda autoridad e ilustración, en la exposición en que manifestara los fundamentos del plan y que dicen: «Por eso el gobierno en pleno se encuentra en este recinto, amparado por esa colaboración y cooperación, sin la cual la única que saldrá perdiendo es la Nación.» (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Ferrer Zanchi. — Señor presidente: podemos considerar que a fines del año 1918 la radiodifusión comenzaba a desarrollarse, pero ya en 1906 Reginald A. Fosseden, de la Forest Co., irradió, con motivo de las fiestas de Navidad, un programa musical. Luego, en 1913, en Nueva York fué captada música transmitida desde un yate anclado frente a la bahía del mismo nombre. En 1918 se irradió por primera vez un discurso con carácter oficial: el presidente de los Estados Unidos de América, Woodrow Wilson, desde el barco «George Washington», a su regreso de Francia, pronunció su célebre discurso «Memorial Day.»

En nuestro país, la primera transmisión radial se efectuó el día 26 de agosto de 1920, siendo irradiada desde el teatro Coliseo la ópera *Parsifal*.

Entiendo que, en consecuencia, corresponde que mis primeras palabras sean de justiciero recuerdo para aquellos pioneros entusiastas de la radiodifusión que pusieron tan noble esfuerzo al servicio de la cultura del pueblo, realizando las primeras emisiones radiales: Enrique Susini, Miguel Mujica, Luis Romero e Ignacio

Gómez. A ellos dedico este recuerdo. Esta primera emisión fué efectuada por la estación que se llamó Radio Argentina. Su potencial fué de muy escaso alcance, pues apenas llegaba a tener 5 vatios, y durante dos años las irradiaciones se hicieron con ese potencial.

A partir de aquellos instantes incipientes de esa maravilla de la técnica moderna, Radio Argentina elevó su potencial de transmisión a 50 vatios, señalándose para tal circunstancia el destacado tesón de aquella emisora que se desenvolvía en sus actividades sin efectuar propaganda comercial alguna.

Pero más tarde, y dentro del tiempo en que los primeros impulsos mantenían ya la curiosidad popular, a fines de ese año de 1922 se incorpora a la radiodifusión la segunda estación, Radio Sudamérica, que entra a desenvolver sus actividades con la instalación de un equipo transmisor de 500 vatios. Si bien es cierto que esta estación radial no llega a los aspectos comerciales como primaria especulación de sus fundadores en sus transmisiones, estaba sostenida por un grupo de comerciantes que habían llevado a la plaza para su venta los primitivos aparatos y accesorios de radiotelefonía.

Es de destacar que ambas estaciones funcionaban sin permiso alguno, siendo la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, con participación del Concejo Deliberante, quien concedió el primer permiso por ordenanza del 6 de octubre de 1922. El permiso en cuestión fué otorgado por el término de 20 años, estableciéndose entre otras disposiciones que la publicidad comercial a irradiarse no podía exceder del 30 por ciento del tiempo que durara la irradiación. Fijándose para tal caso una retribución a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires del 6 por ciento de las entradas en concepto de propaganda comercial, este permiso fué concedido para la estación que se llamó Radio Cultura y que entró a funcionar en el mes de mayo del año 1923, con un potencial en equipos de 500 vatios. Para el mismo año se pudo escuchar una nueva estación, Radio Splendid, de propiedad del ingeniero Antonio Devoto, con potencial en equipos de 250 vatios, y Radio Brusa. Esta última estación fué montada por un aficionado, don Francisco Brusa. La mencionada estación tuvo un potencial de 100 vatios. No obstante que las referidas cinco estaciones funcionaban entonces sin licencia oficial, el Poder Ejecutivo demostró de inmediato una seria preocupación por tan importante asunto, y en ese sentido se puede advertir ya el envío al Honorable Congreso de la Nación —en septiembre de 1923— de un proyecto de ley sobre radiocomunicaciones, que no llegó a ser considerado. Más tarde, por decreto de fecha 27 de mayo de 1924, se modificó la reglamentación de la ley 9.127, por la cual se incorporó el servicio de radiodifusión, reconociéndose como nuevo servicio.

Desde esa fecha el número de estaciones de radiodifusión fué aumentado y la propaganda comercial asumió el aspecto fundamental de toda su organización y sistema de financiación, llegando en el año 1924 a siete las estaciones que funcionaban en la Capital Federal y a tres en el interior de la República, habiendo quedado a cargo del Ministerio de Marina la reglamentación de horarios alternados en sus programas de difusión para evitar las frecuentes interferencias que habían entre las estaciones.

El rápido impulso comercial lleva en el año 1928 a veinte las estaciones radiodifusoras que tienen instalados sus estudios en la capital de la República, y a dieciséis en el interior. Se acrecienta la mejor técnica en la instalación y construcción de las nuevas emisoras, especialmente en su equipo transmisor, al mismo tiempo que los equipos de recepción se perfeccionan.

Mientras tanto, el 21 de noviembre de 1928, por decreto del Poder Ejecutivo, se dispone que todos los servicios de radiodifusión, salvo los de las fuerzas armadas, pasen a depender de la superintendencia exclusiva del Ministerio del Interior, que la ejerce por vía de la administración de la entonces Dirección de Correos y Telégrafos.

Para el año 1930 las plantas emisoras son obligadas a instalarse fuera de los límites de la Capital Federal. Con el progreso y éxito de la radiotelefonía, se efectúa la instalación de nuevas estaciones, llegando en el año 1939 a 42 en total, 21 en la Capital e igual cantidad en el interior del país. Consecuentemente, al establecerse una intensa competencia entre las diversas emisoras, las mismas elevan la potencia de los equipos. Desde los escasos 5 vatios de potencial de aquella modestísima estación que irradió por primera vez el 26 de agosto de 1920, llega a 14 kilovatios en 1925, en que funcionaban 22 estaciones; en el año 1930, la potencia de emisión llega a 32 kilovatios, para 34 emisoras; en 1936, la potencia es de 246 kilovatios, con 37 estaciones, y en 1939 el potencial llega a 366 kilovatios, con 42 estaciones. En el año 1946 la potencia se refleja en 400 kilovatios, con un total de 55 estaciones. La potencia de las estaciones aumenta. Radio Belgrano tiene una potencia de 90 kilovatios; Radio Splendid y El Mundo, de 50 kilovatios; Excelsior y Mitre, de 25 kilovatios, y el resto de las radiodifusoras de la Capital tiene una potencia que oscila entre 4 y 12 kilovatios; en cambio, en el interior del país las estaciones son de escasa potencia: Radio Litoral llega a 5 kilovatios; Radio Chaco, 1,5 kilovatios; Radio Comodoro Rivadavia, 1 kilovatio; Radio San Rafael de Mendoza, 1 kilovatio; Radio Norte, Santiago del Estero, 0,6 kilovatio, etcétera.

La importancia de la radiodifusión se muestra en nuestro país en el número de estaciones —55—, pero con un grado de potencia que no

llena las exigencias que debería tener para la vastedad de nuestro territorio, pues el total de potencia es de 400 kilovatios. El número de aparatos receptores se puede estimar en 1.600.000, lo que da casi un aparato por cada diez habitantes.

Efectuemos una comparación entre el número de estaciones radiodifusoras, potencia y aparatos receptores, entre nuestro país y otros países. En primer lugar, el Estado que cuenta con mayor número de estaciones radiodifusoras es Estados Unidos de América, con 747, con una potencia de 3.700 kilovatios; muchas de estas estaciones pertenecen a universidades, etcétera. Pero cuenta con estaciones muy poderosas, algunas de más de 90 kilovatios. Las estaciones de las fuerzas armadas, en especial las de aeronáutica y las navales, se pueden considerar las más poderosas del mundo. El número de aparatos receptores pasa de los 26 millones.

Chile tiene en la actualidad 70 estaciones radiodifusoras, pero la potencia de las mismas se puede considerar escasa, pues el total de kilovatios de potencia alcanza a los 80. El número de aparatos receptores es de 250.000. Cuba, con 60 estaciones y un potencial de 65 kilovatios, indica la poca potencia de sus emisoras. El número de los aparatos receptores llega a los 250.000.

Brasil cuenta con más de 80 emisoras, muchas de ellas instaladas en los últimos años, y la potencia llega con las nuevas instalaciones a los 400 kilovatios. El número de los receptores llega a los 800.000. Las nuevas emisoras, colocadas de manera estratégica y con buena potencia, cubren el territorio habitado de Brasil, y las ondas se propagan en buena parte del territorio argentino, especialmente en los límites de Corrientes, Misiones, etcétera.

Uruguay cuenta con 36 estaciones, pero la potencia es escasa. Salvo Radio Carve, Radio El Espectador, Radio Oriental y la estación del Servicio Oficial, las demás estaciones son de mediana y escasa potencia, en especial en el interior del país, en que hay radiodifusoras, como Radio Charrúa, de una potencia de 60 vatios, y Radio Dolores, del departamento Soriano, cuya potencia es apenas de 50 vatios. El Uruguay cuenta con una cantidad aproximada de 180.000 receptores.

Méjico cuenta con casi 100 estaciones, con una potencia de 750 kilovatios y una cantidad de 400.000 receptores. El Paraguay, con 10 transmisores, con una potencia total de 3 kilovatios y una cantidad de receptores que se aproxima a los 20.000. Bolivia tiene 5 estaciones radiodifusoras, con 15 kilovatios de potencia y alrededor de 20.000 receptores. La radiodifusión del Perú tiene una potencia equivalente a 45 kilovatios, con 20 estaciones transmisoras y 50.000 receptores. Ecuador tiene un potencial de 7 kilovatios, con 10 estaciones radiodifusoras y 14.000 aparatos receptores.

De los países centroamericanos, Guatemala —país que marcha a una democracia real y práctica, y que cada día afianza más sus conquistas sociales— es el más adelantado en radiotelefonía: cuenta con 5 estaciones transmisoras, con una potencia total de 15 kilovatios, siendo el número de aparatos receptores superior a 50.000.

La Unión Soviética tiene 70 estaciones, con un potencial de 2.000 kilovatios y un total de 12 millones de receptores.

Esta breve síntesis que acabo de efectuar sobre la radiodifusión demuestra que nuestro país es, después de Estados Unidos, el que cuenta con más aparatos receptores —uno cada diez habitantes— y una mayor potencia de irradiación, 400 kilovatios —no incluyo en este total las estaciones radiotelefónicas del Estado, ni el potencial de irradiación de las mismas—; y si bien el número de estaciones no es elevado, la potencia de las mismas es de tenerse en cuenta, pues alguna de ellas —Radio Belgrano, con 90 kilovatios— puede competir con las de Estados Unidos. En cambio, la potencia de L R A, Radio del Estado, es escasa: 10 kilovatios.

En la actualidad, las emisoras radiotelefónicas no llegan a cubrir todo el territorio argentino. Tengo aquí varios planos publicados por la Dirección General de Correos y Telégrafos referentes a los servicios de radiodifusión. Esta publicación fué hecha en el año 1939 en un volumen titulado «Reorganización de los servicios de radiodifusión», siendo este trabajo muy útil, completo y de sumo interés. Están en blanco las partes del territorio argentino que no alcanzan a ser cubiertas por ondas radiotelefónicas. (Páginas 206 y 207. Planos 2 y 3.) En cambio, hay partes de la provincia de Buenos Aires, de Córdoba, de Santa Fe, etcétera, en que están superpuestas las ondas radiotelefónicas. (Páginas 208 y 209. Planos 4 y 5.)

Es de esperar que con las tres redes particulares y, en especial con la cuarta red, se recubra todo el territorio argentino, pero tengo la certeza que será una realidad, pues el gobierno desea evitar que entren en el país ondas extranjeras, en especial los boletines informativos en los cuales se detallan hechos que ocurren en el país y que, dada la falta absoluta de libertad de prensa y de radio, el pueblo argentino ignora o sabe de acuerdo a lo que conviene al gobierno.

Efectuaré a continuación algunas muy breves consideraciones sobre la legislación que se relaciona con la radiodifusión.

No existe en nuestro país una ley especial de radiodifusión. La ley que se aplica es la 750 ½, en vigencia desde el 7 de diciembre del año 1875; la ley 4.408, ampliatoria de la anterior, y la ley 9.127 de servicios radioeléctricos. El decreto básico sobre radiodifusión es el 21.044, del 3 de mayo de 1933.

Referente a los derechos a pagar por las radiodifusoras, debemos citar la ley 11.581 (sobre tarifas telegráficas), pero esta ley fué suplantada en el año 1949 por el decreto 1.864.

Relacionado con los empleados de las radioemisoras, en general, se aplica la ley 11.544 de jornada legal del trabajo. Para los técnicos y radiooperadores se aplican los decretos 14.954/46, 11.797/44 y el 8.986/45. En la actualidad las radiodifusoras efectúan la explotación del servicio a «título precario». La única concesión fué la de LR1, Radio El Mundo, que fué concedida mediante licitación pública. La concesión fué por 15 años, y a cambio de dicha concesión LR1 entregó a LRA Radio del Estado una estación de radiodifusión de onda media completamente equipada y la cantidad de un mil pesos anuales, además de los derechos comunes.

En nuestro país, en la actualidad, las empresas de radiodifusión funcionan en virtud de licencias administrativas acordadas por la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones (artículo 5º del decreto 21.044/33).

Por las licencias, según el artículo 12 del decreto que acabo de mencionar, no puede el titular de la misma transferirla o cederla, ni permitir participar en la misma a otra persona, sin previo consentimiento de la autoridad competente, y el artículo 107 del mismo decreto establece que a toda estación que suspendiera sus irradiaciones por más de 8 días, o que no las efectuara en el horario fijado, le será retirada la licencia.

Comenzamos ahora a analizar el proyecto de ley enviado con el mensaje del Poder Ejecutivo sobre legislación de radiodifusión.

El artículo 2º del capítulo I, sobre «Servicio de explotación privada», dice que el servicio radiotelefónico, a los fines de esta ley, se considera de «interés público».

En la Conferencia Interamericana de Radiodifusión efectuada en Buenos Aires en el año 1948, los delegados argentinos a dicha conferencia sostuvieron que la radiotelefonía debía ser considerada un «servicio público». Sin embargo, la mayoría de dicha asamblea, integrada por 22 naciones americanas, en las bases aprobadas consideró a la radiodifusión como de «interés público». La segunda de las bases aprobadas dice: «La radiodifusión se considera de interés público y de finalidad cultural, informativa y recreativa. Ella es una actividad privada, y libre en los límites establecidos por las leyes nacionales y las normas internacionales recibidas por el derecho interno de los Estados. No constituye un servicio público ni puede ser monopolizado por el Estado o por otras personas jurídicas de derecho público o privado.»

Y en el proyecto de ley que estamos considerando en el artículo 2º se establece que el servicio es de «interés público», de modo que parecería a primera vista de que el cambio se

debiera a lo resuelto por la Asamblea Interamericana de Radiodifusión. Pero no es así; el artículo 40 de la Constitución Nacional es claro y terminante, y su antepenúltimo párrafo dice así: «Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine.»

Es decir que, si se hubiera mantenido el término «servicio público», la explotación radiotelefónica no se hubiera podido conceder a particulares. De ahí el cambio por el de «interés público».

Este mismo artículo dice más adelante: «La adjudicación se hará previa licitación pública mediante pliego de bases y condiciones aprobadas por el Poder Ejecutivo.» Es decir que los puntos básicos de las condiciones de adjudicación, en lugar de establecerse de manera general en esta ley, quedan libradas a las que el Poder Ejecutivo crea convenientes.

El artículo 39 dice: «Cuando así ocurra, sin perjuicio de lo exigido por el artículo anterior, los adjudicatarios de cada una de las licencias pagarán, además, en concepto de retribución al Estado, por la explotación de las mismas, una contribución anual a determinar por el Poder Ejecutivo, el que queda facultado para incrementar su monto cuando el estado económico-financiero de las empresas así lo aconseje.»

Es decir, que al Poder Ejecutivo se le otorgan atribuciones excesivamente amplias, pues no sólo determina la contribución anual a pagar, sino que se le autoriza a incrementar su monto en forma discrecional, pues es el mismo Poder Ejecutivo quien apreciará el estado económico-financiero de las empresas. Por lo tanto, si lo cree pertinente aumentará o no esa misteriosa contribución anual que debería haberse fijado por esta ley.

Por el artículo 49 se establece que la explotación de la radiodifusión por particulares se efectuará sobre la base de redes que deberán dar servicio apto a toda la República. Pero, con el sistema de tres redes particulares, el número de estaciones de radiodifusión es posible que disminuya. En la Capital Federal existen en la actualidad once estaciones, pero con el sistema de las tres redes cada una de ella contará en la Capital con dos o tres estaciones como máximo: una como cabeza de red y dos o tres como filiales; sin duda Radio El Mundo, Radio Splendid y Radio Belgrano serán las cabeceras de red.

En el año 1938 los broadcasters nombraron una comisión especial para estudiar la reorganización de los servicios de radiodifusión que encaraba en ese momento el gobierno nacional. En la página 5 del dictamen especial de dicha comisión se extrae lo siguiente: «Dicha red

estaría integrada, salvo modificaciones que surjan del estudio técnico del sistema, por seis estaciones en la Capital Federal y un número no menor de veinticinco estaciones en el interior del país. Las transmisiones se organizarían en tres categorías.»

Más adelante dice: «De las seis estaciones de la Capital Federal, cuatro tendrían una potencia en antena de 50 kilowatios y dos trabajarían con una potencia de 10 kilowatios. La potencia de las emisoras del interior sería determinada con criterio rigurosamente científico, de acuerdo con un plan destinado a asegurar la recepción perfecta de los programas nacionales y locales, en todos los puntos del territorio argentino.»

Es decir, que este proyecto de ley de establecimiento de tres redes radiotelefónicas que cubran el área comercial del país es un viejo anhelo de los grandes broadcasters, como lo demuestra el mencionado estudio de la comisión especial a que acabo de referirme, con la diferencia de que ahora establecen tres redes en vez de una, como se pretendía en 1938.

Al instalarse tres redes, las estaciones chicas, las que no representan grandes capitales, en especial las del interior del país, deberán amoldarse a la nueva situación cerrando sus estudios, trasladando o desmantelando sus instalaciones, y, en definitiva, pueden llegar a desaparecer avasalladas por este nuevo tipo de monopolio encubierto.

Al mismo tiempo, con el sistema de irradiación en cadena, los artistas radiotelefónicos verán disminuidas sus posibilidades de trabajo, en especial los artistas del interior del país, pues las irradiaciones locales se reducirán al mínimo, y la mayor parte de los programas se cubrirán con los que tengan origen en la Capital Federal. En la actualidad existen tres cadenas radiotelefónicas: LR1, Radio El Mundo, con 14 estaciones; la primera cadena argentina de broadcasts, con Radio Belgrano y 18 estaciones, y la red argentina de emisoras Splendid, con 9 estaciones; pero las estaciones del interior conservan su independencia, cumplen preferentemente con sus programas locales, que ocupan el mayor tiempo de sus irradiaciones, y las transmisiones en cadena ocupan un tiempo limitado de sus programas con los boletines informativos, programas de jerarquía y transmisiones deportivas importantes.

El artículo 59 está de más, pues permite al gobierno regular el interés general.

Lo del interés económico, social y cultural, se presta sólo a la propaganda y vacuidad. Actualmente la radiotelefonía está al servicio de una alabanza y propaganda que gira constante en torno del presidente de la República, propaganda que ignora o pretende empequeñecer a los hombres que en una lucha titánica hicieron de manera evidente la grandeza de nuestra patria. Se pretende olvidar a la vieja Argentina, a sus

gestas y a sus hombres: Moreno, Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Alem, Roque Sáenz Peña, Hipólito Yrigoyen y otros grandes argentinos se los quiere esfumar en el olvido. Se pretende hacer creer que la Argentina nació en 1946 con Perón, y a toda hora y en todos los programas se insiste con la nueva Argentina y las maravillas del segundo Plan Quinquenal. Hasta las audiciones infantiles de preguntas y respuestas se relacionan directamente con el peronismo, y nunca existe un recuerdo, una frase para aquellos hombres que hicieron de verdad nuestra patria, que la construyeron llena de dignidad, humanidad y libertad.

El artículo 6º se refiere al régimen de las licencias. Gran parte de este artículo está basado en el decreto 1.095, del 31 de enero de 1944, rubricado por Ramírez y Perlinger. Este decreto establece que las concesiones, los permisos o las licencias para la explotación o funcionamiento de las estaciones radiotelefónicas serán solamente otorgados a argentinos nativos o extranjeros naturalizados con diez años de ejercicio de la ciudadanía. Al referirse al capital, establecía que debía pertenecer igualmente a argentinos nativos o extranjeros con diez años por lo menos de ejercicio de la ciudadanía, y si se tratara de sociedades anónimas, las acciones debían ser nominativas e intransferibles, sin la autorización previa y expresa de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones; esas acciones deberán pertenecer a personas de existencia visible, de nacionalidad argentina por origen o naturalizada con diez años en el ejercicio de la ciudadanía. En este artículo yo creo que deben efectuarse los siguientes agregados:

«Demostrar la propiedad del capital con que se proponga asegurar el servicio, garantías técnicas y posibilidad de realizarlo.»

Creo que el inciso 4º del proyecto del Poder Ejecutivo debería eliminarse, pues el requisito de tener un plan es infundado. Sólo puede servir de pretexto para revocar un permiso o rechazar proponentes; lo que interesa, lo que importa, es la licitud.

Insisto en que es fundamental demostrar la propiedad del capital con que se instalarán las estaciones radiotelefónicas.

Además, en este artículo deberá especificarse de manera clara: «Conocimiento y experiencia práctica en el campo de la radiotelefonía.»

Creo que es justo el artículo 7º, en lo que tiende a impedir combinaciones o trusts, pero es absurdo el prohibir tener intereses indirectos, que podrían ser científicos, técnicos, de perfeccionamiento, etcétera, y que servirían, sin perjuicio de índole alguna, al mejor servicio de la radiodifusión, y en especial de la televisión, que podemos considerar aún en la faz experimental en nuestro país.

En cuanto al artículo 8º, creo que debería haberse establecido que las personas o socie-

dades acogidas a la presente ley, en igualdad de condiciones, tendrán preferencia en la adjudicación de licencias para la explotación de servicios de televisión.

Artículo 9º. Por este artículo, al no permitir que sean cedidas o transferidas total o parcialmente las licencias, se mantienen trabados a los poseedores de las mismas. Es un principio general y honesto en materia de concesiones el permitir la transferencia de las licencias, si el nuevo permisionario ofrece las mismas garantías que el originario; debo destacar que el decreto 21.044/33, en su artículo 12, y sobre el cual me referí anteriormente, permite ceder o transferir la licencia, con permiso de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones. Lo que se debe prohibir es dependencia de *holding* o *trust*.

Artículo 10. Es arbitrario, pues las sanciones deben fijarse por la ley, especificando la clase de infracciones que la motivan. Además, debe especificarse el derecho de apelar de la sanción. Se deberá tener en cuenta, además, las resoluciones aprobadas en la Asamblea Americana de Radiodifusión del año 1948.

El artículo 11 habla de la revocación de las licencias, pero no especifica las causas por las cuales pueden revocarse. Este artículo debe determinar de manera precisa las causas por las cuales se puedan revocar las licencias. Antes de llegarse a tan graves determinaciones debería recorrerse varias instancias que la ley debería detallar de manera clara y minuciosa.

La revocación sin causa de las licencias no tiene razón de ser.

Además, los artículos 10 y 11 no tienen en cuenta las resoluciones aprobadas en la Asamblea Americana de Radiodifusión del año 1948. La base XI dice lo siguiente: «De toda decisión administrativa que importe suspensión o clausura (total o parcial) de una radioemisora, o suspensión o cancelación de una adjudicación o sustitución por otra de la frecuencia en la que una radioemisora ha estado operando legítimamente, así como de toda sanción administrativa que afecta la utilización de la radio como vehículo del pensamiento libre, habrá recurso para ante órganos del Poder Judicial, con efecto suspensivo sobre la sanción, salvo en los casos en los que la aplicación inmediata de la misma sea indispensable para la preservación o para el restablecimiento del orden público.» La Argentina firmó este despacho.

Este artículo 11 contiene también una norma sobre la forma en que deben justipreciarse las instalaciones, si fueren utilizadas por el Estado. El artículo 10 del proyecto enviado por el Poder Ejecutivo decía: «Si las instalaciones fueren utilizadas por el Estado, serán justipreciadas según el costo de origen, deducidas las depreciaciones correspondientes, a los fines de

su adquisición o expropiación con arreglo a las disposiciones vigentes.»

La mayoría de la comisión estaba dispuesta a aceptar este principio, pero luego en el despacho que estamos considerando se adoptó una norma distinta de la primitiva, al establecerse que si las instalaciones fueran utilizadas por el Estado serán justipreciadas, a los fines de su adquisición o expropiación, de conformidad con las leyes generales de la materia.

Este cambio tiene una importancia práctica y doctrinaria fundamental, pues demuestra una vez más que el peronismo abandona el principio del costo de origen como método de valuación que aparece consagrado en el artículo 40 de la Constitución Nacional para los servicios públicos. Este artículo dice en su parte final: «El precio por la expropiación de empresas concesionarias de servicios públicos será el del costo de origen de los bienes afectados a la explotación, menos las sumas que se hubieren amortizado durante el lapso cumplido desde el otorgamiento de la concesión, y los excedentes sobre una ganancia razonable, que serán considerados también como reintegración del capital invertido».

Por mi parte, sostengo, basándome en valiosos precedentes nacionales, entre los cuales puedo citar la tesis sostenida por el anterior bloque parlamentario de la Unión Cívica Radical en un proyecto presentado por el diputado Arturo Frondizi relacionado con el justo valor de la red ferroviaria privada, a efectos de su nacionalización, que consta en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación del 28 y 29 de agosto de 1946, tomo III, página 653. Creo que el criterio nacional y popular debe ser el de costo de origen.

Al establecer el artículo 12 que los programas radiales se ajustarán a tres órdenes de requisitos, de manera arbitraria se omite la difusión de las ideas cívicas y políticas, la exteriorización de la opinión pública sobre la legislación y medidas de gobierno, todo lo cual es la esencia de un verdadero gobierno republicano, representativo y democrático.

El artículo 13 es totalmente arbitrario cuando dice: «Se prohíbe la transmisión de noticias o comentarios contrarios a las leyes». Yo considero lógico y razonable que si una ley es errónea, antieconómica o anticonstitucional, los comentarios y críticas servirán para contribuir a su modificación y facilitarán una correcta y adecuada legislación.

Estamos de acuerdo en que debe prohibirse de manera categórica y terminante todo lo que sea contrario a la moral y a las buenas costumbres.

La prédica contra la seguridad de la Nación, traición, etcétera, ya está prohibida y castigada por el Código Penal y cae dentro de los resortes del Poder Judicial. Incluir la sedición contra las autoridades también está de más, ya que el Código Penal la condena.

El artículo 15 establece los gravámenes que deberán abonar los permisionarios. Desearía saber si queda en vigencia o no el decreto 7.983 del 4 de abril de 1949, el cual establece los derechos que debían abonarse por inspección, estadística, contralor, etcétera. Las estaciones radiotelefónicas debían abonar por dichos derechos: las de la categoría «A» 20.000 pesos en la Capital, y las de la categoría «B» 10.000 pesos, etcétera.

El artículo 17 al establecer la inalienabilidad de las instalaciones no tiene explicación satisfactoria. Vender los bienes no es ceder la autorización o permiso; lo importante es que no se desafecten esos bienes del servicio.

Artículo 18. — El artículo 342 del Código de Comercio es claro. Este artículo sólo debe ser aplicado en el caso de las sociedades anónimas; si no hay directorio, solamente se puede ejercer contralor fiscal. Sin embargo, por el contenido de este artículo, «todo aquel que tenga adjudicada una licencia para realizar el servicio de radiodifusión, cualquiera que fuese la naturaleza de la sociedad o forma de empresa», está sujeto por las obligaciones determinadas por el artículo 342 del Código de Comercio.

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 2º de la Honorable Cámara, don José V. Tesorieri.

Sr. Ferrer Zanchi. — El párrafo final del artículo 18 dice: «Igualmente los permisionarios están obligados a poner a disposición del Poder Ejecutivo todos los elementos necesarios para hacer efectivas las funciones de contralor, ya sean de carácter técnico, administrativo, económico, cultural o de cualquier otro aspecto del desenvolvimiento, que competen al mismo.» Es decir que el Poder Ejecutivo controla totalmente y en todos los campos al servicio privado de radiodifusión, disposición que está en contra de la base VIII aprobada en el Congreso Interamericano de Radiodifusión de 1948; dicha base dice: «El contralor del Estado sobre la radiodifusión privada tiene por finalidades exclusivas: 1º evitar o sancionar las interferencias de las transmisiones; 2º fiscalizar los casos de delitos cometidos por medio de la emisión del pensamiento; 3º verificar la efectiva utilización de las frecuencias por los adjudicatarios, pudiendo cancelar las adjudicaciones en injustificado caso de no uso, de injustificada disminución del uso o de grave o reiterado incumplimiento de las obligaciones asumidas por el adjudicatario en cuanto a la instalación o mantenimiento de sus equipos, que resulten de normas generales aplicadas con criterio uniforme y equitativo. En todo caso, tal contralor se ejercerá por órganos de la administración civil, integrados con participación de las asociaciones nacionales de radiodifusión.»

El artículo 20 se refiere al servicio oficial de radiodifusión, pero en él no se aclara que la radiodifusión oficial debe ser sólo de carácter informativo y no como medio de propaganda política del partido oficialista. Los partidos políticos reconocidos deberían tener acceso a la red oficial de radiodifusión para hacer llegar al pueblo sus inquietudes, como ocurre en otros países. Sin embargo, en nuestra patria desde 1946 las radios privadas y la oficial han sido utilizadas como si se tratara de un gobierno personal y no de un gobierno que dice ser constitucional.

El artículo 21 se relaciona con los recursos destinados al servicio oficial de radiodifusión. Entre los recursos que se mencionan están los del artículo 20, que son objetables, pues deben establecerse por la ley y no por su reglamentación, y en el proyecto que estamos estudiando ni siquiera son fijados por su reglamentación, pues serán fijados en los pliegos de bases y condiciones.

El párrafo final del artículo 39 faculta al Poder Ejecutivo para aumentar el monto de la contribución cuando lo crea conveniente, es decir, que se le autoriza a hacer lo que se le ocurra en ese sentido. Esto es verdaderamente dictatorial.

Además, el presupuesto del servicio oficial de radiodifusión debe ser aprobado por el Congreso y hacerse público, y no dejarlo librado a la voluntad del Poder Ejecutivo.

En el artículo 24 encontramos algo que no considero lógico, como es la autorización al Poder Ejecutivo para convenir directamente con los adjudicatarios de la licitación que menciona el artículo anterior la enajenación de bienes muebles o inmuebles de propiedad del Estado que fueren necesarios para cumplir las finalidades de esta ley.

Con la autorización que confiere el artículo, el Poder Ejecutivo puede favorecer indebidamente al adjudicatario que desee, vendiéndole los bienes a precios inferiores a su costo real. El criterio que debe mantenerse es que los bienes del Estado se enajenen sobre la base de tasaciones que aseguren el pago de su justo valor.

El artículo 25, en el proyecto primitivo enviado por el Poder Ejecutivo, decía lo siguiente: «Condónanse las deudas provenientes de los cargos que por aplicación de leyes de previsión social mantengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de la presente ley.»

Este artículo era inadmisibile; con él se afectaba directamente el patrimonio del Instituto Nacional de Previsión Social, cuyos fondos deben ser sagrados, pues están destinados a hacer efectivas las pensiones y jubilaciones a las que tienen derecho los que han trabajado. Además,

se sentaba un precedente funesto, pues cualquiera otra empresa podría creerse con idéntico derecho a que por una ley se le eximiera del cumplimiento de esta obligación.

Pero lo grave es que el Instituto Nacional de Previsión Social no toma medida alguna contra los *broadcasters* que no depositan los aportes jubilatorios; en cambio, con modestos comerciantes el Instituto de Previsión Social no vaciló en entablar juicio por defraudación. Últimamente en los diarios aparecieron publicaciones relacionadas con este tema. Por ejemplo, en «La Nación» del 15 de junio de 1953 se dice: «Ante los juzgados a cargo de los doctores Vignola y Rivas Argüello el Instituto Nacional de Previsión Social ha entablado juicio por defraudación en perjuicio de las cajas de Industria y Comercio contra las siguientes firmas comerciales, por retención indebida de aportes jubilatorios de sus empleados, por una suma que asciende en total a 102.675,92 pesos.» A continuación se daba el nombre de 12 comerciantes procesados, en esa oportunidad, en los juzgados antes mencionados.

Las sumas no depositadas por las *broadcastings* al Instituto Nacional de Previsión Social alcanzan cifras elevadas. Una estación radiodifusora de primera categoría, entre personal técnico, administrativo, elenco estable, etcétera, representa aproximadamente unos \$ 400.000 mensuales de sueldos, siendo los aportes mensuales al Instituto de Previsión Social de 100.000 pesos, calculándose que los aportes jubilatorios que las *broadcastings* deben al Instituto Nacional de Previsión Social llegan a los 25.000.000 de pesos, suma que abonaría el Estado y no los *broadcasters*.

El 1º de julio de 1953 presenté a la Honorable Cámara de Diputados un pedido de informes sobre este tema, que lleva el N° 111 del boletín de proyectos de declaración y resolución, solicitando que el Poder Ejecutivo informara sobre las cantidades que las *broadcastings* deben al Instituto de Previsión Social. La gravedad de este problema reside no sólo en la falta del depósito del aporte patronal, sino en si se han depositado o no los aportes descontados a los obreros o empleados. El subsecretario de Comunicaciones, señor Pedro Gagliardo, en la reunión conjunta de las comisiones de Comunicaciones y Transportes y de Presupuesto y Hacienda, efectuada recientemente, prometió enviar los detalles relacionados con las deudas que las *broadcastings* mantienen con el Instituto de Previsión Social, y además prometió enviar balances de las estaciones difusoras, tiempo que los partidos políticos habían ocupado las estaciones radiotelefónicas desde el año 1946, etcétera. Estamos considerando la ley, y la promesa del señor Pedro Gagliardo, que había comprometido su palabra en representación del Poder Ejecutivo, no se ha cumplido hasta la fecha, y dudo que llegue a cumplirse...

El artículo 25 del proyecto de ley que estamos considerando, en una de sus partes establece que se pagarán con fondos públicos provenientes de los ingresos fijados en el artículo 24 las deudas que por aplicación de las leyes de previsión social tengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social.

Con un principio tan general ocurrirá que deudas de radioemisoras particulares se abonarán con fondos del Estado. En parte, esto demuestra que las radioemisoras no van a abonar su contribución al Instituto de Previsión Social. Lo hará el Estado por ellas. Mi compañero de representación el diputado Alende, que hará uso de la palabra en el momento oportuno, se referirá con más amplitud a este punto, que tiene tanta importancia y encierra tanta gravedad.

Entre las modificaciones efectuadas a este proyecto de ley, existe la supresión del artículo 17, que establecía una contribución del 10 por ciento del valor de venta de los receptores de televisión. Se procedió de manera atinada al suprimirse este artículo, pues se encarecía más aún el precio de los receptores de televisión, los cuales no guardan relación con los que rigen en los Estados Unidos. Allí un televisor con pantalla de 17 pulgadas, de una marca conocida como Silvania, Víctor, etcétera, cuesta al comerciante 140 dólares y éste lo vende al público a 200 dólares. Las mismas marcas con pantallas de 20 pulgadas se venden a 160 dólares al comerciante y éste al público en 270 dólares.

En cambio, en nuestro país un televisor de 17 pulgadas de las marcas antes mencionadas cuestan al comerciante 11.000 pesos y al público 14.000. Los televisores con pantallas de 20 pulgadas son entregados a los comerciantes al precio de 12.000 pesos y éstos los venden al público en 15.800 pesos.

Sería sumamente interesante saber a qué persona el Banco Central autorizó la importación de aparatos de televisión, cantidad de aparatos importados y si todos los permisos fueron sin uso de divisas. Las ganancias son fabulosas, pues un aparato de 17 pulgadas, de las marcas mencionadas, que le cuesta a los importadores 140 dólares en fábrica de Estados Unidos, con los gastos de fletes, seguros, aduana, etcétera, eleva su precio a 220 dólares puesto en Buenos Aires. Si consideramos el valor del dólar en la bolsa negra a 22 pesos, un televisor de esas características costará al importador menos de 5.000 pesos argentinos, vendiéndoselo a los comerciantes en 11.000 pesos, es decir que se ganan más de 6.000 pesos en los televisores de 17 pulgadas, suma que se eleva a 6.500 pesos en los de 20 pulgadas. Al importador argentino cada aparato le cuesta 5.800 pesos, vendiéndose al comerciante en 12.500 pesos y éste al público en 15.000 pesos.

La ganancia es mucho mayor cuanto más elevado es el precio del televisor. Por ejemplo los muebles de combinados, radiofonotelevisores, cuyo precio en Estados Unidos es de 750 dólares, se venden en Buenos Aires entre 33.000 y 35.000 pesos.

Se calcula que Argentina importó 22.000 televisores. Sería interesante averiguar quiénes explotan el negocio, quiénes son los que los protegen, con qué fines lo hacen y a cuánto alcanza la ganancia de los importadores, aunque éstos deben abonar un 10 por ciento sobre cada televisor como aporte para sostener los programas de televisión. Esta resolución continúa en pie.

Además, en el proyecto de ley que estamos estudiando no se contempla la posibilidad de que los partidos políticos puedan utilizar la radio. En cambio, en otros países se contempla esa situación, como en Cuba, en la que el artículo 63 del Código Electoral otorga esa autorización a los partidos legalmente constituidos.

El reglamento del servicio de radiodifusión de la España republicana establecía también de manera clara la utilización de la radio por los partidos políticos.

En los Estados Unidos la ley de radiocomunicaciones sancionada en 1934 establece en el artículo 315, al referirse a la propaganda política, lo siguiente: «Si cualquier concesionario permitiera a cualquier persona habilitada legalmente como candidato a un cargo público usar una estación radiodifusora, deberá proporcionar igual oportunidad a todo otro candidato al mismo cargo público para usar tal estación de radiodifusión»; y el artículo 326 establece que no se puede impedir el derecho de libertad de palabra por medio de la radiocomunicación.

Por eso debería establecerse que para garantizar la neutralidad ideológica del servicio radiotelefónico se autorizará, previo pago de la tarifa correspondiente, la propaganda política a todos los candidatos de los partidos reconocidos. Los discursos políticos se harían por riguroso orden y por período de tiempo establecido. El agregado de un artículo que se refiera a este tema lo considero justo y razonable.

Desde el año 1946, ni la Unión Cívica Radical, ni ningún partido opositor, puede conseguir que una estación radiodifusora le permita hacer uso del micrófono. Aun en la última campaña presidencial todas las gestiones tuvieron resultado negativo, con pretextos pequeños y ridículos, mientras que el presidente de la República habla todas las veces que lo desea, en su doble condición de presidente de la Nación y del Partido Peronista.

¿Qué diferencia con otros países en que la libertad es un hecho real y efectivo, en que los derechos ciudadanos son respetados, como ocurre en Inglaterra, Estados Unidos, Uruguay y otros, en que en las campañas electorales todos

los partidos disponen del micrófono, y apenas termina de hablar un representante del gobierno, por la misma onda, con la misma libertad y por un tiempo igual, habla un representante de la oposición.

El gobierno debe recordar un pensamiento de lord Acton, citado por Francis Biddle en su interesante libro titulado *La mejor esperanza del mundo* y editado por el Círculo Militar (publicación número 377 - 1949), donde dice: «La prueba más concluyente para juzgar si un país es realmente libre, reside en el grado de seguridad y libertad de que gozan las minorías. La actividad esencial de la minoría en una democracia reside en probar, en discutir y en desafiar toda pretensión de que una voz individual sea el vocero de la mayoría.»

En nuestro país eso no ocurre, ya que la libertad de prensa y de radio no existe; las minorías son perseguidas...

Sr. Otero. — No es exacto. No diga que no hay libertad en el país.

Sr. Miel Asquía. — No es cierto. La forma en que está exponiendo el señor diputado lo desmiente.

Sr. Presidente (Tesorieri). — Sírvanse los señores diputados no interrumpir al orador que está en el uso de la palabra.

Sr. Otero. — Ustedes no pagaban las transmisiones radiales.

Sr. Ravignani. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado por la Capital?

Sr. Ferrer Zanchi. — Con mucho gusto.

Sr. Ravignani. — Como miembro del Comité de la Capital de la Unión Cívica Radical envíe cartas certificadas a todas las radios para que dijeran cuáles eran las cuentas que debía el partido. Hasta la fecha no he obtenido respuesta alguna.

Sr. Presidente (Tesorieri). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Ferrer Zanchi. — Además, en este proyecto de ley no se contemplan hechos importantes cuales son las perturbaciones que determinan las interferencias y los ruidos parásitos, entendiéndose por interferencias las perturbaciones originadas por una emisora de frecuencia muy cercana a la onda que se trata de recibir, y por ruidos parásitos las perturbaciones de causa eléctrica que determinan ruidos que se superponen a la onda que se escucha, que son determinados por motores eléctricos, letreros luminosos, tubos fluorescentes, etcétera.

La legislación de muchos países contempla esta situación, y la primera que la estableció fué Dinamarca en 1931, y posteriormente lo hicieron Alemania, Bélgica, Francia, España, Checoslovaquia, Colombia, Cuba, Perú, Ecuador y Costa Rica.

En la radiotelefonía la libertad de trabajo no debe estar restringida: los locutores, animado-

res, actores, músicos, etcétera, deben obtener un permiso que los habilite para actuar, el que debe ser renovado anualmente, pero que también puede ser cancelado en cualquier momento, y sin permiso habilitado es imposible actuar.

Cuando se discutió en la Cámara la inclusión de números vivos en los espectáculos cinematográficos, los diputados de la Unión Cívica Radical Perette, Belnicoff y el diputado que habla citaron casos concretos de artistas y locutores que no podían actuar. Recuerdo entre los muchos que citamos a los locutores Cecilio de Vega, Bernabé Ferreyra, y a los actores Francisco Petrone, Arturo García Buhr, Orestes Cavaglia, Libertad Lamarque, Nini Marshall, Norma Castillo y otros que escapan a mi memoria.

Señor presidente: este proyecto de ley que estamos considerando es un nuevo cercenamiento a las libertades públicas; la libertad radial queda totalmente abolida, es un paso más para llegar al absolutismo total; ya no existe libertad de prensa ni de palabra; los partidos políticos son perseguidos sin piedad, como acaba de ocurrir con el verdadero Partido Socialista, que hace pocas horas virtualmente fué disuelto por resolución del juez Rivas Argüelles; los dirigentes políticos de los partidos opositores son encarcelados y permanecen meses y años en las cárceles del Estado. Pero hemos de seguir sin vacilaciones ni temores en esta lucha sin igual, desde esta banca, desde estas bancas, para las que fuimos elegidos por la voluntad del pueblo democrático y libre de la Argentina, ese mismo pueblo que desde 1810 sabe luchar y sabe morir defendiendo sus derechos contra todos los tiranos. A ese pueblo, a todos los argentinos que desde el exilio o desde la cárcel bregan para que en su patria la libertad sea una realidad, a todos esos hombres les rendimos nuestro homenaje emocionado y sincero, y hemos de seguir luchando sin cesar hasta que las tinieblas grises de la opresión desaparezcan y sean disipadas por la luz rutilante de la libertad, de la democracia y de la justicia. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Arias. — Señor presidente: este importante proyecto que estamos considerando viene a llenar un vacío de nuestra legislación sobre una materia que ha estado adquiriendo creciente relieve en la vida de los pueblos civilizados.

En poco más de un cuarto de siglo de explotación efectiva, la radiotelefonía ha conquistado una posición destacada en las costumbres de los individuos y de las sociedades, y como en la historia de los demás portentos de la técnica que han impreso nuevos rasgos a la fisonomía de la vida moderna, ha llegado el momento, y reconocamos que estamos en retardo en someter a un régimen jurídico adecuado las múltiples re-

laciones e intereses vinculados a su existencia y desarrollo.

Este es un problema que ningún gobierno puede descuidar, porque, como dice un distinguido autor, con el crecimiento de la radiotelefonía estamos soportando una revolución. El hombre está viviendo en una nueva dimensión; lo que estamos presenciando es el comienzo de una transformación de las relaciones humanas. La vida privada hace más y más concesiones a la vida comunal en el sentido de que a través de la radio y en apenas menor grado a través de las películas cinematográficas, de los diarios, de las revistas y de los libros, la mayoría de nosotros estamos sujetos diariamente a influencias comunes simultáneas. ¿Significa esto, acaso, que como individuos obtenemos cada vez menos de nuestra intimidad y dependemos cada vez más de los estímulos externos? En tanto la radiotelefonía y la televisión han capturado la imaginación popular y se han convertido en dominantes pasatiempos de nuestras vidas, ¿qué es lo que nosotros, el pueblo, hacemos para controlar y dirigir a esta corriente de comunicaciones? Por supuesto que cada gobierno da a este interrogante una respuesta que está de acuerdo con la peculiar filosofía que inspira su propia interpretación de los hechos sociales. No se puede esperar una coincidencia en esta materia entre la legislación rusa, por ejemplo, y la legislación norteamericana, y por la misma razón no puede esperarse que la Argentina justicialista, ubicada en su tercera posición, encare el problema con el mismo criterio con que lo han hecho los gobiernos de esas naciones colocados en las antípodas de la ideología política.

Debemos adecuar nuestra legislación antigua a los principios de la doctrina nacional siguiendo una norma clara y terminante, la del artículo 3º de la ley aprobatoria del segundo Plan Quinquenal, que nos señala como finalidad suprema la de alcanzar la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación, armonizando los valores materiales con los valores espirituales, y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad.

Es por ello que en este proyecto se establece como principio inspirador de todas sus disposiciones que la organización y el régimen de prestación de los servicios de radiodifusión se basará en el principio de la subordinación del interés particular al interés social, cultural, económico y político de la Nación.

En los amplios fundamentos del mensaje con que el Poder Ejecutivo nos envía este proyecto, se han señalado con acierto los distintos aspectos que han atribuido a la radiotelefonía una importancia que nadie puede desconocer como elemento de cohesión social. Pero de todos los aspectos, ninguno interesa más al gobierno justicialista que el que lo destaca como un extraordinario factor de cultura popular. Sobre este

tópico, el pensamiento peronista tiene una expresión perfectamente clara y definida.

«Nosotros hemos establecido —ha dicho el general Perón— que no queremos una cultura que solamente sature pequeños sectores de la población. Para nosotros eso no es cultura, la cultura es la que satura integralmente todas las esferas y todos los sectores de la población. La cultura es popular o no es cultura.»

La radiotelefonía ha pasado a ser, tal vez, el más grade instrumento difusor de cultura en nuestra época y, por ello, se explica que todos los gobiernos hayan puesto de manifiesto un gran interés en someterla a su control.

Se pueden distinguir, en términos generales, cuatro sistemas regulatorios de la radiodifusión. En primer lugar, mencionaremos el sistema de propiedad y funcionamiento estatal de las estaciones radiales, que no se encuentra solamente, como pudiera creerse, en las naciones totalitarias como Rusia y la Alemania nazi, sino también en países tan democráticos como Francia, Bélgica y Holanda.

El sistema norteamericano se caracteriza por el manejo privado de las radioestaciones, sujeto a la reglamentación gubernativa. Gran Bretaña, Italia, Austria y Luxemburgo, ofrecen el ejemplo del sistema característico de la propiedad y manejo de las estaciones por sociedades públicas, semipúblicas o privadas, bajo una forma de monopolio, y sujetas asimismo a la supervisión gubernativa.

Por último, en otros países, como en Canadá y en México, existen algunas estaciones radiofónicas de entidades no comerciales autorizadas y sostenidas por el gobierno, siendo las demás estaciones comerciales.

Hay un concepto que es común a todos los sistemas y es el de que la radiodifusión debe estar sometida a cierto grado de fiscalización estatal, aunque no existe acuerdo sobre la medida de ésta. También puede sostenerse que es común a todos los sistemas la idea de que las ondas son de propiedad colectiva, y que es apenas en cuanto al régimen de su explotación que puede pensarse en la conveniencia o inconveniencia de su entrega a particulares en calidad de permisos o licencias precarias, otorgadas por autoridad pública, o bien de su explotación, directa o indirecta, por el propio Estado.

El monopolio estatal de la radio ha dado lugar a muchas discusiones. No deja de llamar la atención que la idea haya merecido la aprobación de personas muy calificadas en países como Estados Unidos y Gran Bretaña.

Así, puede recordarse que en 1932 se presentó en el Senado norteamericano un proyecto en el que se requería información sobre la posibilidad de que el gobierno se hiciera cargo de las broadcastings. El ejemplo más notable del monopolio radial es el ejercido por la famosa BBC, British Broadcasting Corporation, de Lon-

dres. Esta notable institución, creada en 1927 por una carta real, renovable cada diez años, con el carácter de persona pública no lucrativa, ejerce el monopolio bajo la autoridad de una junta de gobierno designada por el rey en consejo de ministros, que reconoce la superintendencia del ministro de Correos y, sobre todo, del Parlamento.

La base financiera de este sistema no es la publicidad comercial, sino un impuesto anual de una libra esterlina, que pagan los oyentes en las oficinas de correos y que para los televisores se eleva a 2 libras esterlinas, mientras que los servicios de radiodifusión al exterior son costeados por asignaciones del tesoro.

Un crítico norteamericano del sistema monopolista reconoce, sin embargo, que en este caso no puede señalarse la existencia de los defectos típicos de todo monopolio, a saber la ineficacia y la falta de iniciativa, señalando, en cambio, que en muchos aspectos, la BBC, ha estado a la cabeza de la radiotelefonía mundial y que, hasta el comienzo de la última guerra, superaba notablemente a todos los países, incluso a los Estados Unidos, en el uso experimental de la televisión.

El Partido Laborista, al subir al poder en 1945, afirmó terminantemente que esa institución es la que mejor se adapta a las circunstancias del Reino Unido y que, tomada en su conjunto, «los merecimientos de la radiodifusión británica desde 1926, resisten la comparación con los de cualquier otro país».

También Francia, Italia y Luxemburgo, conocen o han conocido el sistema monopolista. Debe recordarse especialmente el prestigio que la radiodifusión del pequeño país luxemburgués adquirió en todo el mundo bajo su égida.

Canadá tiene en la CBC, Canadian Broadcasting Corporation, una organización que en muchos aspectos se asemeja a la BBC, pero realiza publicidad comercial y no disfruta de monopolio sobre toda la radiodifusión, ya que también funcionan estaciones privadas con licencia del Ministerio de Transportes.

Al traer a colación estos ejemplos de gestión monopolista no lo hago con la intención de prestigiar este proyecto, que no crea un sistema de ese tipo, sino de destacar que el grado de intervención estatal puede llegar en esta materia a ser completo, sin que se resienta por ello la eficiencia del servicio. El ejemplo de Estados Unidos, por otra parte, es revelador de que la radiodifusión no puede estar regida por las normas de amplia libertad individual que la filosofía dominante en el gobierno de ese país pretende imponer en la solución de los problemas en que choca el interés privado con el interés público. La historia de la radiotelefonía norteamericana empieza aproximadamente en 1920 y por varios años se desarrolla libremente, estando limitados los poderes del gobierno a los que mencionaba una ley dictada

en 1912 sobre radiotelegrafía. Bien pronto sobrevino un verdadero caos, a tal punto que la propia industria radiotelefónica fué la que urgió al gobierno para que dictara una reglamentación. La Radio Act de 1927 inicia un nuevo período, que se caracterizó por la iniciación del contralor federal efectivo y por el desarrollo de las cadenas de «broadcastings». Esa ley creó la Comisión Federal de Radio, con facultades para otorgar las licencias y supervisar los programas. Tres cadenas de «broadcastings», la NBC (National Broadcasting Company), la CBS (Columbia Broadcasting System) y la MBS (Mutual Broadcasting System) cobraron gran vuelo en ese período. Así se llegó hasta 1934, en que se dictó la Ley de Comunicaciones, en un momento muy peculiar de la historia de esa nación, ya que la tremenda crisis había creado serias dudas acerca de las declamadas virtudes de la economía liberal y el pueblo norteamericano se mostraba dispuesto a confiar al gobierno poderes que hasta entonces había juzgado incompatibles con esos principios. «Fué en tal atmósfera —dice Siepmann— que se sancionó la Ley de Comunicaciones, una ley única en el sentido de que por primera vez en la historia norteamericana, un poderoso medio de comunicación fué deliberadamente reservado para ser usado solamente en función del interés público.» Esa ley creó la Comisión Federal de Comunicaciones, con poderes de regulación y declaró su propósito de mantener el contralor del Estado nacional «sobre todos los canales de transmisión radial interestatales y con el exterior, y de establecer el uso de tales canales —pero no su propiedad— por personas durante limitados períodos de tiempo, en virtud de licencias concedidas por la autoridad federal, debiendo entenderse que tales licencias no crean ningún derecho que no esté comprendido en los términos, condiciones y períodos de las mismas». Según el autor antes citado, «esta redacción algo complicada significa que las longitudes de onda del aire están dadas a perpetuidad al pueblo norteamericano. Ellas constituyen un dominio público al que se da acceso condicional y temporario al radiodifusor, pudiendo obtener beneficios para sí una vez que es admitido en ese dominio». Además de otorgar las licencias la comisión puede suspenderlas y aun revocarlas, poder de que ha hecho uso en cuatro ocasiones, habiendo además efectuado importantes investigaciones, la primera en 1941, sobre las maniobras monopolistas de las cadenas de broadcastings y la última en 1946, sobre los programas radiales.

Como puede apreciarse, los elementos esenciales del sistema norteamericano son los que rigen también el contenido de este proyecto: primero, el concepto de dominio público de las ondas radiales; segundo, el otorgamiento de su uso mediante licencias de la autoridad pública,

y tercero, el principio de la fiscalización oficial.

La historia de la legislación argentina sobre la materia se encuentra reseñada en el mensaje. Cuando la radiotelefonía hace su aparición en nuestro medio, después de la primera guerra mundial, en los primeros años de la segunda década de nuestro siglo, acontece lo que siempre ha sucedido en el orden jurídico frente al de comunicación: la inexistencia de una legislación específica obliga a acudir a las leyes análogas, en virtud del principio previsto para cubrir las lagunas del derecho. En materia de comunicaciones teníamos la ley 750½, sancionada en 1875, referente a los telégrafos nacionales, que en 1905, por la ley 4.408, se había hecho extensiva a los servicios telefónicos y radiotelegráficos, nuevos medios de transmisión que se ajustaron así al sistema legal vigente.

Hemos afirmado desde un comienzo que la vieja legislación no es adecuada a las características actuales de la radiotelefonía, pero es interesante señalar que ella ya contiene los principios fundamentales que también se encuentran en este proyecto y que resultan dominantes en la legislación sobre todos los medios de telecomunicaciones creados o a crearse, a saber: primero, que los servicios de esta naturaleza son de interés público y por ello sólo pueden ser ejercidos en virtud de autorización de autoridad competente y bajo su fiscalización; y, segundo, que el Estado nacional tiene jurisdicción sobre los medios de comunicación de propiedad de la Nación, de los que fuesen garantizados, subvencionados o autorizados por ella, y de los que ligan un territorio federal con una o más provincias, o a éstas entre sí, o con territorios extranjeros.

Es así como la ley 750½ disponía que ningún telégrafo nacional podría establecerse en la República sin autorización previa del Poder Ejecutivo o del Congreso, en el caso de que debiese gozar de algún privilegio; que en caso de guerra interior o exterior el Poder Ejecutivo podría suspender, intervenir o tomar por su cuenta el servicio; que las empresas autorizadas no podrían transferir sus concesiones sin permiso previo; que los reglamentos deberían ser sometidos a la aprobación de la autoridad otorgante, y que ésta, por medio del órgano administrativo competente, debería vigilar el servicio de las líneas particulares, dando cuenta al gobierno de las deficiencias e irregularidades que notase.

La jurisdicción nacional sobre la radiodifusión se halla establecida en términos intergubernables por la Constitución Nacional, que en el artículo 68 otorga al Congreso facultad para «reglar el comercio con las naciones extranjeras y de las provincias entre sí» (inciso 12), y para «ejercer una legislación exclusiva sobre los servicios públicos de propiedad de la Nación, o explotados por los órganos industriales del Estado nacional, o que ligan la Capital Federal

o un territorio federal con una provincia o dos provincias entre sí, o un punto cualquiera del territorio de la Nación con un Estado extranjero» (inciso 13). Esta última cláusula, incluida en la reforma de 1949, que amplió la anterior facultad de «arreglar las postas y correos generales de la Nación», elimina toda duda al respecto, no obstante que anteriormente el Congreso y el Poder Judicial, interpretando acertadamente la cláusula comercial, ya habían establecido la jurisdicción nacional. La Corte Suprema de Estados Unidos, ante un problema semejante, luego de fijar con gran amplitud el significado de la palabra «comercio» en la cláusula constitucional, dijo específicamente con relación a la radiotelefonía, que «por su propia naturaleza, la radiodifusión trasciende las líneas estatales y es nacional en su objeto e importancia, características que la colocan dentro del propósito de la protección y la sujeción al contralor de la cláusula comercial» (Fisher's Blend Station vs. State Tax Commission, 1936). Por su parte, nuestro Superior Tribunal ha admitido que la palabra «comercio» comprende además del tráfico mercantil y de la circulación de los efectos visibles y tangibles por todo el territorio de la Nación, la conducción de personas y la transmisión por telégrafo, teléfono y otro medio, de ideas, órdenes y convenios (Fallos, 154-104).

El 1º de abril de 1929 se dictó un decreto reglamentario del establecimiento, funcionamiento y explotación de las estaciones radioeléctricas, que contempló expresamente el caso de las estaciones de radiodifusión, sometiéndolas al régimen de licencias de carácter precario, cuya caducidad podría ser declarada en cualquier tiempo. Además de la inspección permanente ejercida por la Dirección General de Correos y Telégrafos, se estableció que la autoridad concedente de la licencia podría suspender o intervenir, por razones de orden público, a cualquier estación, y aun retirarle la licencia. En esa temprana reglamentación ya se encuentran normas protectoras del público radioescucha, como la que disponía que las transmisiones deberían tener como principal objeto ofrecerle audiciones altamente artísticas y culturales, y que la propaganda comercial sólo se admitiría en forma mesurada, sin disminuir la calidad de los programas.

Ese decreto declaró la caducidad de todas las estaciones de radiodifusión, y dos años después, el 14 de febrero de 1931, el Gobierno Provisional decretó nuevamente la caducidad de las licencias, disposición que fué ratificada por la ley 11.581. Al poco tiempo, por el decreto 21.041, del 3 de mayo de 1933, se aprobó el reglamento de comunicaciones, que derogó al decreto de 1929, y por el que se fijaron normas más detalladas. El nuevo ordenamiento mantuvo el régimen de licencias y de fiscalización, señalándose

como novedosas exigencias la de que los solicitantes deberían estar radicados en el país y, si se tratare de sociedades o corporaciones, la de que la mayoría de sus componentes deberían ser argentinos nativos. Se encuentra en ese documento una reglamentación más prolija del concurso para proveer las licencias y la fijación de algunas condiciones técnicas elementales para mejorar el servicio. Tanto en ese decreto como en el anterior se prohibía la retransmisión, o transmisión simultánea de un mismo programa por dos o más estaciones, pero en el último se admitieron algunas excepciones, como la de que aquéllas emplearan frecuencias en distintas bandas o que estuvieran establecidas en distintas zonas, con lo que se hizo posible el desarrollo de las cadenas de «broadcastings».

A partir de esa reglamentación se registran los estudios hechos en 1938 y en 1944 por las comisiones designadas por el Poder Ejecutivo, en momentos en que la radiotelefonía había adquirido en nuestro país un gran desarrollo y en que las normas vigentes habían perdido contacto con la nueva situación. Esa inadecuación se ha hecho más patente en estos momentos, en que el país vive un período de maravillosa transformación en todos los órdenes, habiendo adoptado una doctrina nacional y un plan de realizaciones que debe contar entre sus instrumentos de ejecución con este vehículo de difusión de ideas y de cultura, aglutinador de la voluntad nacional, al que no puede concebirse al margen de esta gran empresa de la nueva Argentina.

El estudio del proyecto nos revela que se mantiene el concepto originario acerca de la propiedad estatal de las ondas y de su otorgamiento precario. Se pone especial cuidado en asegurar que los titulares de las licencias sean argentinos nativos o sociedades dominadas por argentinos nativos, precaución que otras legislaciones como la norteamericana consagran en favor de sus respectivos ciudadanos, por razones que son de fácil comprensión.

La principal novedad radica en la organización del servicio radiotelefónico nacional en cuatro redes, tres privadas y una oficial. Si se observa el panorama de la organización radiotelefónica en los diversos países, se advierte que estas actividades siguen una tendencia natural hacia la concentración. Ya hemos visto que mientras en algunos se ha consagrado el monopolio estatal, en los sistemas de tipo individualista se ha operado el fenómeno de una organización de carácter y espíritu monopolista, bajo la forma de las llamadas «cadenas de broadcastings». Lo mismo ha ocurrido en nuestro país en que Radio Belgrano, Radio El Mundo y Radio Splendid, principalmente, realizan extendidas transmisiones en cadena.

La transmisión en cadena tiene algunas virtudes que no es posible ignorar. Por sobre las ventajas de orden técnico que puedan enume-

rarse, me parece que debe destacarse primordialmente en su favor la de constituir un valioso elemento unificador del espíritu nacional en un país de extensión tan dilatada como el nuestro. Lleva, además, a todos los ámbitos de la patria las palpitaciones de la Nación en sus momentos culminantes y permite gozar a todos las expresiones culturales que hasta no hace mucho eran privilegio exclusivo de los habitantes de la gran metrópoli porteña. Pero a esas ventajas se oponen inconvenientes y peligros que sólo pueden ser conjurados si se somete la organización y desarrollo de esas redes a una reglamentación que les imponga las graves responsabilidades que ellas deben contraer con el pueblo al asumir la prestación de un servicio de tanta importancia.

En el mensaje se enumeran con claridad cuáles han de ser las características de la radiodifusión argentina en la etapa que inaugurará la aprobación de este proyecto y que pueden sintetizarse así: 1º, perfeccionamiento técnico del servicio, asegurándose una buena recepción de los programas radiales a todos los habitantes del país; 2º, responsabilidad económica de las empresas permisionarias bajo la fiscalización estatal; y, 3º, mejoramiento de los programas desde el punto de vista artístico y cultural.

Las licencias se otorgarán por veinte años, con lo que se desea asegurar el éxito de las licitaciones, ya que el gran esfuerzo financiero que demandará la instalación y funcionamiento de cada red, sólo podría ser promovido mediante la garantía de que la explotación de la licencia se extenderá por un período de tiempo razonable. Por otra parte, la fijación de un término de duración de la licencia no significa en absoluto que el Estado declina su potestad de fiscalizar el permisionario y de hacerlo objeto de sanciones que podrán llegar hasta la revocación del permiso. El proyecto establece que serán aplicables a los permisionarios las obligaciones que el artículo 342 del Código de Comercio dispone para las sociedades anónimas, lo que importa someterlos a la fiscalización permanente de la autoridad concedente, y agrega la obligación de poner a disposición del Poder Ejecutivo todos los elementos necesarios para hacer efectivas sus funciones de contralor.

No he de examinar cada una de las otras disposiciones del proyecto que han sido objeto de meditada consideración por el señor miembro informante y que motivará un examen más detallado en la discusión en particular.

Señor presidente: por imperativos que en seguida haré manifiestos, considero de mi deber, para finalizar esta exposición sobre el proyecto de ley que nos ocupa como modesto aporte a la ilustre acción sobre esta materia de la Honorable Cámara, fijar algunos conceptos personales destinados a replicar las expresiones que en aras de las tan declamadas libertades de prensa y expresión, acaba de pronunciar el señor miembro informante de la oposición.

Sin perjuicio de la representación que me cabe en esta banca de todo el pueblo argentino, soy también, por extracción y por origen, un auténtico vocero de los trabajadores, de cuyas filas he salido, y a quienes creo —perdonadme la jactancia— interpretar cabalmente, pues en los entresijos de su entraña abnegada y generosa, aprendí algo más que a luchar por él y a dedicarle mi esfuerzo. Aprendí a vivir con él sus prolongadas jornadas fatigosas, a experimentar como propio el estallido emocional de sus verdaderas rebeldías y de sus auténticos amores, a compartir con él la comunidad de un solo destino indiferenciado y a sentir con él la genuina pasión de la libertad, de todas las libertades, pero de esa libertad que no es una palabra bonita destinada a cobijar empresas feas, que no es lujo o privilegio de los usufructuarios de la licencia, que no es banderín taimado de los gerentes y factor de todas las formas de explotación humana, que no es pasaporte de rectorados foráneos, sino que es recaudo y garantía de paz para la Nación y de felicidad para su pueblo.

Lo digo así, y de entrada ostensiblemente lo proclamo, porque hiere mi sentir de argentino y —¿por qué no decirlo?— despierta algún rencor dormido y casi olvidado, la circunstancia de que estamos ante uno de esos proyectos que brindan muy propicia ocasión a los viejos turiferarios de la servidumbre para martillarnos los oídos nada menos que a nosotros, que recién en tiempos de Perón la conocimos y gustamos, con declamaciones puramente verbalistas sobre la vetusta y artera libertad de las infames décadas que pasaron, que no consistió en otra cosa que en suprimir la tutoría providente del Estado, celosa de la dignidad de sus hijos, a fin de dar piedra libre a la dictadura oprobiosa de los gerentes extranjeros y de sus lucidos asesores pseudo argentinos, genuflexos y venales.

Me refiero a esa libertad circunscrita a los discursos especiosos, sin más enjundia que la puramente retórica, bajo cuya oriflama, cegados por el relumbrón de las hueras enunciaciones —libertad de palabra, libertad de prensa, libertad radial—, durante largos años no nos contrabandearon otra cosa que una sola libertad auténtica, genuina, verdadera y aciaga: la libertad de empresa, sólo accesible a quienes poseyeran capital, maña, egoísmo o capacidad suficiente para constituirse en empresarios; libertad que de hecho anuló toda otra, no sin disfrazarse malamente con los ropajes respectivos; libertad que sirvió para lograr la explotación humana so pretexto de economía liberal, y para silenciar con la terrible mordaza de la impotencia pecuniaria toda vocación de auténtica libertad, ya emanare de un puntilloso literato excomulgado por el círculo de los empresarios, ya de un obrero que esbozare gesto alguno de reivindicación.

Porque sobre este particular no creo que nadie se engañe, y al menos téngase por cierto que no nos engañamos los hombres del sindicalismo argentino. Fué bajo la férula de una misma libertad de empresa, asfixiante de toda otra libertad y titular de la más cerrada y odiosa tiranía, que los llamados instrumentos de libre información, radiales y periodísticos, apoyaron todas las confabulaciones lesivas de las aspiraciones nacionales, pactaron hasta el hecho de silenciar sistemáticamente los nombres de quienes enfrentaban sus infames intereses, negaron todo eco a las actividades gremiales, pusieron en ridículo todo intento de rever cualquier arbitrario endiosamiento nacido de sus veredictos inapelables, y terminaron suicidándose ante la opinión pública el día en que, reñidos con toda objetividad, aseguraron de consuno y a simultáneo, al país y al mundo entero, que nosotros, la inmensa mayoría del pueblo de la patria, reunidos en torno del conductor indiscutible, posesionados ya de las forjas de nuestra historia, no éramos más que algunos grupos dispersos de muchachones descamisados.

Esa fué la libertad puramente comercial de la radio y de la prensa, esa fué la auténtica obra con que se ganó su epitafio definitivo; porque mientras las radios lanzaban a los cuatro vientos la certidumbre de nuestro fracaso, y los diarios a grandes titulares la distribuían, confirmándola, por todos los rumbos, ya a nosotros, a los pequeños grupos de muchachones descamisados, nos era dado decir, parafraseando el vaticinio irigoyeniano, que no sin bordear precipicios, apenas si entrevistados al pasar, forjábamos historia que los siglos futuros reconocerían gloriosa.

A mí ver, el proyecto sometido a la consideración de esta Honorable Cámara garantiza, en los límites de una estricta ortodoxia, la verdadera libertad de información radial, proscribiendo la licencia inverecunda y el atentado liberticida, custodiando el decoro de las transmisiones, y circunscribiendo a una cauta esfera transaccional los límites de la libertad de empresa, tradicionalmente enemiga de todas las libertades humanas. Tanto vigilar y controlar el servicio de radiodifusión privado, cuanto mantener un servicio oficial paralelo, es algo más que un derecho del Estado: es un deber suyo, indeclinable, que ha de ser celosamente cumplido; lo primero, para que en ningún caso puedan privar móviles económicos y, menos aún, menguados y subalternos, sobre los altos intereses comprometidos; y lo segundo, para que no se repita la infamia de que en la Nación tengan voz todos los gerentes y empresarios, mientras el Estado sea el único condenado a inexplicable silencio. Este convencimiento decide nuestro voto en favor del proyecto, que una vez convertido en ley, confiamos ha de inaugurar una etapa venturosa en la historia

de la radiodifusión argentina y constituirá, a no dudarlo, un recaudo más de que, a partir de Perón, bajo todos los respectos nada habrá en la Nación superior a la Nación misma. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Belnicoff. — Señor presidente: la importancia de la radiodifusión en los tiempos que corren puede equipararse a la que, en su momento, tuvo el hallazgo de Gutenberg. El universo está frente a un hecho portentoso, que contribuye no solamente al acercamiento de los hombres al acortar todas las distancias, sino que también se transforma en un formidable recurso de penetración en todos los pueblos y en todos los espíritus.

Arno Huth, autor del primer libro orgánico sobre radiodifusión, la consideró una potencia mundial y en sus primeras páginas trae el recuerdo de un gran estudioso y filósofo checoslovaco —Comenio—, que atisbó en la opaca cortina de los tiempos futuros el alto grado de progreso que iba a alcanzar la humanidad cuando pudiera descubrir lo que hoy conocemos como radiodifusión.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Antonio J. Benítez.

Sr. Belnicoff. — Es tan decisivo este alarde del progreso, que ya, a través de la historia, se vienen sucediendo anticipos acerca de lo que ocurriría en la época que nos toca la felicidad de vivir, en que el hombre, perfeccionando genialmente su técnica, va encontrando día a día los elementos necesarios para mejorar su standard de vida social, físico y cultural.

Marcel Brion en su obra sobre Lorenzo el Magnífico, destaca que el gran florentino «presentía que un gran misterio se develaba ante él, cuando la voz de un hombre, que no veía a causa de la noche, profundamente obscura, proclamaba a través de las tinieblas verdades luminosas».

Y muy posteriormente, en las jornadas actuales, un escritor francés, Jean Cocteau, asombrado ante la influencia de la radiodifusión, expresaba lo siguiente: «La familiaridad de la radio me espanta. Entra en las habitaciones, en los *boudoirs*, hasta en los lechos. Acompaña las disputas y los crímenes. Es indiferente al dolor.»

Otro hombre, pero en distinto plano del acontecer contemporáneo —me refiero a Lenin—, advirtiéndome también la gravitación definitiva que su manejo significaba, afirmó con rotundidad estremecedora: «La radio es un mitin de millones de hombres, un diario que no exige papel y no teme las distancias.»

Estas opiniones, señor presidente, que pertenecen a esclarecidos representantes del pensamiento humano, demuestran bien a las claras que lo que estamos tratando en estos momentos

es, como se ha dicho a través de las opiniones de los señores diputados, un problema de fundamental trascendencia para la República Argentina.

La radiodifusión, señor presidente, participó también en la gran contienda que tuvo por escenario a todo el mundo en la endiablada lucha que sostuvo el totalitarismo contra las democracias. Junto con la gran guerra que se desató sobre la tierra, sobre los mares y en el aire, se desató también la llamada guerra de ondas con que cada uno de los beligerantes trató de penetrar en el país adversario, a efectos de llevar a la convicción de los pueblos sus ideas, sus inspiraciones, sus orientaciones, sus promesas de estructuración de una nueva sociedad.

El debate se encuentra planteado entre quienes aspiran a la libertad de pensamiento y a la libre expresión de las ideas, y los que piensan que la libre expresión de éstas es una etapa superada por formas totalitarias, que son a las que debe acomodarse el mundo que sueñan quienes entienden que el ser humano debe ser un dócil y descolorido instrumento del Estado.

En 1946, en la asamblea realizada en Ginebra bajo el patrocinio de la UNESCO, la polémica vibró ardorosamente. Dos bloques sostuvieron con tenacidad sus concepciones. Las Naciones Unidas estaban por la libre expresión de las ideas y por la libertad de información; el representante de la Rusia comunista desarrolló un concepto según el cual, estando las fuentes de informaciones en poder de clases privilegiadas —se refería a las agencias, a los diarios y a las radios—, ellas resultaban del privilegio de una clase y no la libre expresión de las ideas.

Los señores diputados Preste y Arias dieron una información adecuada sobre el proceso legislativo de esta cuestión en la República Argentina, de manera que voy a dispensar al cuerpo de algunas repeticiones, a estas horas de la madrugada, y acerca de las cuales los señores diputados tienen noticia precisa y concreta.

Yo voy a referirme a la política radial que se ha seguido en nuestro país desde 1944, en que se inicia una política de ataque y conquista de las radios para servir propósitos exclusivamente políticos, tras la difusión de audiciones de carácter cultural.

En agosto de 1944 se da a conocer el decreto 21.418, cuyo artículo 1º dispone: «Todos los poderes, facultades y atribuciones para la intervención, orientación, reglamentación y fiscalización que las leyes, reglamentos y resoluciones en vigencia acuerdan a la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones en materia de servicios de radiodifusión, serán ejercidas por la Subsecretaría de Informaciones, Prensa y Propaganda, dependiente del Ministerio del Interior, por intermedio de la Dirección General de Radiodifusión.» Además,

quedan a su cargo las medidas disciplinarias, la modificación de reglamentos, aprobación de modificaciones, ampliación y renovación de equipos, estudios y transmisiones.

Comienza, señor presidente, a configurarse la actividad tentacular de la Subsecretaría de Informaciones y Prensa en lo que respecta a las actividades radiales y —¿por qué no agregarlo?— también en lo que se refiere a las actividades periodísticas, actividad tentacular que define un verdadero y angustioso retroceso en la historia cultural de la República.

El 5 de febrero de 1945 se publica el decreto 2.373 por el que se declara que «el otorgamiento de concesiones, permisos o licencias para la instalación, funcionamiento y explotación de las estaciones de radiodifusión, sus alteraciones y caducidades, así como todo acto inherente a la regulación y policía del servicio de radiodifusión, es de la competencia de la Subsecretaría de Informaciones del Ministerio del Interior, por intermedio de la Dirección General de Radiodifusión».

El cerco se va estrechando poco a poco a efectos de ir produciendo un lento estrangulamiento en la libertad de expresión, tanto radial como periodística, dirigido a anular totalmente el derecho de expresar libremente las ideas.

En mayo de 1946 se publica el decreto 13.474 que aprueba, de acuerdo con lo informado por «una comisión especial, un manual de instrucciones para el servicio de radiodifusión que consta de 307 artículos, y cuyos capítulos se refieren a contenido oral, radioteatro y sketches afines, canciones o letra cantada, oratoria general, oratoria política, noticiosos e informaciones, pronósticos del tiempo, charlas, audiciones de preguntas y respuestas, transmisiones deportivas, publicidad, revisión previa, contenido musical, orientación literaria, orientación musical, habilitación de artistas musicales, autores de radioteatro, retransmisiones, penalidades», etcétera.

Los artículos 49 y 53 se refieren a oratoria política. Es ésta una expresión que se ha perdido en la noche de los tiempos. La única oratoria política que se escucha por las radios argentinas es la del peronismo; voz total que no ha logrado todavía volcar la conciencia de los argentinos.

Sr. Miel Asquía. — Eso es inexacto.

Sr. Belnicoff. — Mi afirmación es exacta. Las audiciones de los otros partidos políticos han sido excluidas de las radiodifusoras argentinas, porque sólo se transmiten las que exteriorizan el pensamiento peronista, como si fuese el único pensamiento político del pueblo argentino, cuando todo el mundo sabe que en este país, frente al oficialismo, hay pensamientos políticos de otros partidos, que no pueden ser transmitidos por las radios ni difundidos en las plazas y calles de la República. (*Aplausos.*)

Las transmisiones deportivas tampoco cumplen su finalidad. Debiendo ser impersonales, debiendo transmitir únicamente todo lo que se desarrolla en un campo o local deportivo, traducen un acentuado tinte político que configura el acento totalitario que se pone cuando se trata de la libre expresión del pensamiento.

Sr. Gago. — Extraña, en verdad, que el señor diputado, que defiende el principio de la libertad de expresión, ahora quiera coartarlo.

Sr. Belnicoff. — Respondo al señor diputado diciendo que entendemos que la libertad es auténtica y real cuando se reparte por igual entre todos los ciudadanos; pero cuando la libertad se otorga a un solo grupo es un acto totalitario que repudiamos, censuramos y rechazamos con todas las fuerzas de nuestro espíritu.

Continúo. En julio de 1946 se da a conocer un nuevo decreto en el que se dice que, considerando que con el fin de que «la Subsecretaría de Informaciones cumpla integralmente su función de atender todo lo relativo a información y publicidad general del Estado», se dispuso por decreto 18.406/43 que varias dependencias de Correos y Telecomunicaciones pasaran a depender de aquel organismo para organizar sobre su base la Dirección General de Radiodifusión. Agrega que las cuestiones técnicas quedarán en manos de Correos, y como se trata de «un elemento fundamental de la red de telecomunicaciones, debe pasar nuevamente a aquella dependencia».

El asedio había terminado y la conquista quedaba definitivamente consumada.

La radio iba a responder a orientaciones oficiales, mientras que desde la Subsecretaría de Informaciones y Prensa la prensa argentina también iba a obedecer en general a orientaciones oficiales.

No obstante todo esto, y a pesar de todo esto, en la asamblea interamericana celebrada en esta Capital en junio-julio de 1948, el general Perón pronunció un discurso diciendo, entre otras cosas: «Tengo la plena seguridad de que en las convenciones que se adopten se sabrá hacer compatible el imprescriptible derecho individual para la libre emisión del pensamiento y el derecho igualmente sagrado de la paz internacional y de la tranquilidad de los pueblos», agregando: «La falta de libertad de expresión del pensamiento no se justifica ni siquiera como medio de mantener el bienestar o el supuesto bienestar de una clase determinada.»

Seguramente el general Perón no estaba informado en esa oportunidad de que a la mesa directiva de esa asamblea internacional había llegado una nota firmada por el doctor Jorge Walter Perkins, presidente del Comité de la Capital de la Unión Cívica Radical, en la que decía: «Miembro de un partido cuyos órganos de publicidad han sido clausurados por decretos

que firma el propio presidente de la Nación, puedo expresar y probar, además, que la Unión Cívica Radical de la Capital de Argentina no ha podido en la última campaña electoral del mes de marzo de este año, para la renovación del Congreso Nacional, ni en ninguna otra oportunidad, utilizar una sola estación radial, pues ellas se negaron en masa, entonces y hoy, obedeciendo órdenes oficiales, al requerimiento de las autoridades partidarias del distrito.»

Por su parte, el doctor Ricardo Rojas, el insigne autor de *El Santo de la Espada*, presidente en aquella oportunidad de la convención nacional, al dirigirse a la misma asamblea expresaba: «Sobre la falta de libertad para las transmisiones radiotelefónicas en Argentina, sólo cabe decir que no existe tal libertad.»

Las palabras del presidente de la República pertenecían a una realidad extinguida. Las radios argentinas no pertenecían a empresas privadas, sino al Estado, que había comprado todas las instalaciones, por intermedio del IAPI, con créditos otorgados por el Banco de la Nación. Es una operación que el pueblo desconoce.

Voy a leer algunos párrafos de decretos referentes al asunto que se considera y del que se ocupó en esta misma Cámara el ex diputado Silvano Santander.

«Visto el contrato firmado en la fecha entre este instituto (el IAPI) en representación de la Administración General de Correos y Telecomunicaciones y los integrantes de la Sociedad de Responsabilidad Limitada LV12, Radio Aconquija, por el cual se adquiere para dicha administración general todo el activo físico de propiedad de la referida sociedad», etcétera.

El 17 de noviembre de 1947, el director de Correos y Telecomunicaciones, señor Nicolini, por nota reservada número 7.768 se dirige al IAPI, en los siguientes términos: «Tengo el agrado de dirigirme al señor presidente con referencia a los contratos celebrados con fechas 14 de octubre próximo pasado y 3 del actual, entre ese instituto, en representación de esta administración general, y las empresas Radio Belgrano y Primera Cadena Argentina de Broadcastings SACI, La Voz del Aire, Sociedad Anónima Radio Argentina, Sociedad Publicitaria Responsabilidad Limitada LV4, Radio San Rafael, de Mendoza, y LV12, Radio Aconquija, de Tucumán, por los cuales se adquieren los activos físicos de las mismas, con destino a la realización del plan de extensión de su red de radiodifusión. Dicho plan, destinado a satisfacer perentorias necesidades del Estado, debe completarse con la máxima celeridad posible, a cuyo efecto en la fecha nos dirigimos a su excelencia el señor ministro de Hacienda solicitando que con imputación a la ley 13.011 se deposite a la orden de esta administración la suma de 12 millones de pesos, con destino a la financiación y amor-

tización de las inversiones patrimoniales del mismo.»

Posteriormente, se destina la cantidad de 20 millones de pesos para seguir realizando las adquisiciones, con lo que queda perfectamente demostrado que la red de radiodifusoras había pasado a ser propiedad del Estado.

Esto fué tratado también en la Asociación Interamericana de Radiodifusión, de cuyo nomenclador fué separada la República Argentina en razón, precisamente, de que su red de radiodifusión se había convertido en una red exclusivamente oficial. Cuando los propietarios de las *broadcastings* argentinas protestaron contra esa medida se les hizo saber que no era una medida contra ellos, sino simplemente el cumplimiento de lo estatuido por la carta orgánica de la entidad, que establece, como acabo de decirlo clara y terminantemente, que sólo pueden formar parte de ella las radiodifusoras no oficiales.

El gobierno argentino entendió llegado el momento de entablar una polémica a través de toda América, desmintiendo la compra del activo físico, instalaciones, etcétera, de distintas empresas de radiodifusión. Con tal motivo, por intermedio de la Subsecretaría de Informaciones y Prensa y por declaraciones suscritas por distintos embajadores, trató de desvirtuar esa situación, pero la verdad es que el gobierno argentino —está perfectamente demostrado— ha destinado \$ 31.000.000 para adquirir los equipos correspondientes a las redes privadas.

En una conferencia de divulgación del Plan Quinquenal, el director de Radiodifusión habló de la adaptación que debía hacerse de las actividades radiotelefónicas para cumplir el Plan Quinquenal que puede leerse en el capítulo XXVI, cuyo inciso c) dice: «Orientación adecuada de las transmisiones internacionales especiales del organismo estatal específico, a fin de hacer conocer la vida y cultura del pueblo argentino, sus realizaciones como aporte a la cultura universal y su doctrina nacional.» Ya hemos dicho más de una vez en este recinto que no hay más doctrina nacional que la de la Constitución de los argentinos; no hay más doctrina nacional que la que está en las cláusulas del estatuto magno de la Nación; no hay más doctrina nacional que la que establecen los postulados de la Constitución. Lo demás es una construcción política parcial que no puede imponerse a todos los argentinos ni puede transmitirse al exterior como exponente del pensamiento del pueblo argentino.

Sr. Miel Asquía. — La Constitución Nacional es una construcción política, señor diputado.

Sr. Belnicoff. — El director de Radiodifusión expuso su plan con lujo de detalles e incurrió en lo que los franceses llamarían *trop de zèle*, porque mientras el Plan Quinquenal explicado por el presidente de la República enuncia que al cabo del quinquenio la red oficial tendría

16 estaciones, el director de Radiodifusión dice —y hay un gráfico en el boletín respectivo— que van a llegar a 21. Ya hay una carrera a ver quién hace más con respecto a la propia letra registrada en el propio Plan Quinquenal.

El actual proyecto, a mi entender, se basa técnicamente en el que preparó el doctor Adrián Escobar, que luego fué modificado y perfeccionado por el ex director de Correos y Telégrafos capitán de navío Gallegos Luque.

Yo formulo al despacho de la comisión objeciones fundamentales relacionadas incluso con la defensa nacional.

El artículo 69, al establecer las condiciones requeridas para otorgar las licencias, no se refiere al carácter de las acciones que podrán emitir las sociedades que se constituyan para explotar una red. Las acciones al portador no son recomendables en manera alguna, puesto que permitirían en cualquier momento el traslado del contralor de la empresa a intereses que podrían ser contrarios o lesivos para la Nación. Las acciones deben ser nominativas. Debe saberse quiénes las tienen; a nombre de quiénes están. Con este arbitrio se evitaría el grave inconveniente apuntado, por una parte, y en cualquier momento podría demostrarse si hay o no interferencias de otra índole, como, por ejemplo, la intervención del Estado por intermedio de sus funcionarios, como ocurre hoy con las radiodifusoras.

El proyecto se refiere también a la contraprestación, sin decirse —yo creo que eso será materia de reglamentación— de qué naturaleza va a ser y cómo se impondrá. En círculos afines a la radiodifusión se estima que cada uno de los que se presenten a la licitación deberá pagar alrededor de \$ 3.000.000, y también expresan el temor de que se imponga un porcentaje sobre las entradas brutas que podría oscilar entre el 8 y el 15 por ciento.

Nosotros deberíamos conocer en la Cámara estos importantísimos detalles que hacen a la factura de la ley que regirá las actividades radiodifusoras del país.

Además, puede establecerse una competencia entre la red oficial y la privada, sucediendo que la primera cuente para el desarrollo de sus programas con números de importancia que actuarán gratis, lo que colocaría en situación de desventaja a las empresas privadas y a los artistas.

Yo pregunto qué sucederá con emisoras como Radio Mitre, por ejemplo, con motivo de la sanción de esta ley; si se reputarán las estaciones pequeñas como subsidiarias de las tres grandes redes que se van a licitar, o si se harán licitaciones individuales. La cuestión tiene gran importancia porque en el primero de los casos se favorecerá a grandes concentraciones de capital en una mano o en varias, y en el segundo supuesto se favorecerá a gentes con menos recursos pero que pondrán toda su vocación, activi-

dad y empeño en sacar adelante la pequeña empresa.

Además, el acaparamiento por una gran red de las pequeñas estaciones conspira contra el estímulo que deben tener los valores que se van formando para ir ocupando, con el tiempo, los primeros puestos de la cartelera radial, porque la estación pequeña es a la estación grande lo que en otro tiempo era el teatro de barrio al teatro del centro. Directores artísticos de prestigio —como don Joaquín de Vedia, por ejemplo— recorrían los teatros de extramuros para encontrar, en elencos modestos y humildes, las figuras masculinas o femeninas útiles para integrar las compañías de grandes temporadas. ¿Qué emisora importante sacrificaría dinero y tiempo —salvo alguna excepción— para exhibir las condiciones de un astro o de una estrella radial? Ninguna. Esas ocasiones sólo se presentan en las estaciones de reducido presupuesto, en las que los directores están casi obligatoriamente dedicados a la búsqueda de nuevos valores, para lanzarlos al mercado. Una gran estación no puede correr esos riesgos.

Quiero dejar bien establecido esto, para que se sepa cómo los hombres de la Unión Cívica Radical consideramos este problema en todos sus aspectos, tanto en lo que hace a la gran construcción que significa la licitación de tres grandes redes de emisoras privadas, como a los aspectos más modestos que hacen al estímulo de quienes pueden llegar a ser en algún momento figuras prestigiosas del escenario cultural de la República.

Además, debo confesar que cuando en esta Cámara se debatió el despacho respecto a las modificaciones al Instituto Nacional de Previsión Social, cometí la tremenda ingenuidad de pensar que, por haber denunciado desde esta banca que por el proyecto del Poder Ejecutivo se condonaban las sumas adeudadas —se ha llegado a hablar de quince, veinte y aun cincuenta millones de pesos—, eso sería rectificado en el despacho que firman los miembros de las comisiones de Presupuesto y Hacienda y de Comunicaciones y Transportes. Confieso mi error, porque no ha sido así.

No hay condonación, pero el Estado pagará las deudas de las empresas privadas de broadcasting.

Sr. Gago. — Lo interesante es que el instituto recupere las sumas que se le adeudan.

Sr. Belnicoff. — El procedimiento no es correcto. Ese dinero debe salir de los bolsillos de los *broadcasters*, y no puede tolerarse que los fondos salgan de las arcas del Estado.

Sr. Gago. — Lo real es que el señor diputado se rectifica ahora, porque había manifestado que el Instituto de Previsión Social iba a perder cincuenta millones de pesos.

Sr. Belnicoff. — No me rectifico.

Sr. Gago. — El señor diputado se cura en salud.

Sr. Belnicoff. — Es ésta una irregularidad que quedará marcada en el articulado de esta ley.

Sr. Gago. — No hay tal irregularidad.

Sr. Belnicoff. — Es una irregularidad. Lo sabe bien el señor diputado. Además, quisiera saber qué actitud ha tomado en este asunto en su momento el Ministerio de Trabajo y Previsión, qué intervención ha tenido. Quisiera saber si es cierto que en ese ministerio se han realizado reuniones de patronos y artistas, hombres y mujeres, a efectos de llegar a un acuerdo, y que después, en el mismo ministerio, se les dijo que dejaran las cosas como estaban. Yo quisiera saber si esto es cierto, para denunciar cómo se tutelan los intereses de modestos trabajadores, que tanto alardean defender los diputados de la mayoría.

Sr. Miel Asquía. — Es labor permanente del Ministerio de Trabajo y Previsión reunir a los patronos y a los obreros.

Sr. Belnicoff. — Pero debe resolver las cuestiones, no aplazarlas. Si el Estado ha de vender las instalaciones que ha comprado en su momento a las actuales estaciones, ¿cuál va a ser el precio de venta? El Estado ¿realizará un negocio con la venta de esas instalaciones? ¿Aprovechará la desvalorización del peso para aumentarlas? Nada de eso se conoce ni se sabe. Lo único auténtico y verdadero que se desprende de este despacho es que esa deuda de más de \$ 50.000.000 al Instituto Nacional de Previsión Social la va a pagar el Estado, y no las empresas privadas; que no se sabe cuáles van a ser las contraprestaciones; que se difundirá esa abstracción que se denominará «doctrina peronista»; que se ignoran las condiciones que deberán cumplir las sociedades que exploten las redes privadas; que no se aclara la suerte de las estaciones chicas ni del activo personal dependiente de ellas, ni qué requisitos se cumplieron oportunamente para adquirir los equipos que graciosamente han estado hasta ahora en manos particulares.

Es necesario, señor presidente, la investigación de todo lo actuado en primer término. La ley vendrá después; debe venir después.

Sr. Degreef. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. Belnicoff. — Sí, señor diputado.

Sr. Degreef. — Posiblemente, el señor diputado está equivocado de buena fe, con respecto al monto de la deuda que tienen los *broadcasters* con respecto al Instituto de Previsión Social. Lógicamente, hemos tenido que informarnos en la fuente directa, que es el Ministerio de Trabajo y Previsión, y se nos ha hecho saber que la deuda patronal y de personal asciende nada más que a 16 millones de pesos. Creo que nos debe merecer fe la palabra oficial, que está defendiendo los intereses patronales y obreros.

Sr. Belnicoff. — La aclaración que acaba de hacer el señor diputado Degreef no hace más que reforzar mi punto de vista. No tenemos cifras oficiales para poder exhibirlas, pero lo cierto es que por el señor presidente de la Comisión de Presupuesto de la Cámara acaba de saber hoy el país que el Estado —es decir el pueblo— va a pagar 16 millones de pesos que deben las empresas particulares.

Sr. Gago. — No ha dicho eso. Ha puesto de relieve que el señor diputado ha hecho una afirmación temeraria cuando habló de 50 millones de pesos y sólo son 16. El señor diputado altera los hechos para hacer impresión en la opinión pública.

Sr. Belnicoff. — Los hechos acusan al oficialismo. El señor diputado Alende va a demostrar, cuando le corresponda hacer uso de la palabra, cómo no ha podido, siendo miembro de la Comisión de Presupuesto, conseguir ciertas informaciones. De modo, entonces, que no es que los diputados de la oposición hagamos afirmaciones temerarias: es que nos están cerradas todas las fuentes de información. El Poder Ejecutivo no ha contestado un solo pedido de informes de la diputación radical. Mientras tanto, mi afirmación sigue en pie. La deuda existe. El despacho que se considera no soluciona el problema de la radiodifusión desde el punto de vista que nosotros lo planteamos. Este despacho deja en pie todos los manejos denunciados en materia de radiodifusión desde el año 1946 y consagra la misma obstrucción a la libertad de pensamiento que viene existiendo desde 1946 a la fecha.

Nosotros exigimos, como hombres que pertenecemos a una comunidad política que ha dado gobernantes y estadistas al país, que le ha dado instituciones, leyes y cuerpos legislativos que honran la historia de la República, que cuando se estructura una ley, en la que existe aspectos que hacen a la libertad de expresión, a la libertad de pensamiento, a la libre emisión de las ideas, que esa ley contemple tales aspectos y los demás en el sentido de que todo ciudadano puede emitir sus ideas con libertad, y puede hacerlas circular por el territorio de la República, porque de esa manera el gobierno cumple no solamente con una honrosa tradición argentina, sino también con los convenios internacionales libremente contraídos por la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Degreef. — Señor presidente: voy a ser muy breve. He de tocar, posiblemente, el punto más difícil, cual es la financiación de las radio-emisoras.

No he seguido en toda su extensión el discurso del señor diputado preopinante por haber estado ausente, pero por sus últimas manifestaciones

lógicamente se advierte que ha estado mal informado. Si el señor diputado Alende ha de decir que no se ha tenido la correspondiente información, a nosotros los diputados peronistas no es que nos haya costado conseguirla, pero sí hemos ido a las fuentes correspondientes para obtener los datos fidedignos. De ahí la pequeña interrupción que le hice al señor diputado corrigiéndole cifras.

Fundamentalmente discrepamos con el señor diputado en las razones que ha dado para fundamentar su voto en contra. Nosotros creemos que con esta ley vamos a dar a las radiodifusoras del país —y posiblemente sea el único país en el mundo— la libertad absoluta que le corresponde a cada una, con el control y la supervisión que corresponde al Estado, en cuanto este servicio público tiene que estar supervisado por aquél porque de hecho resguarda la dignidad, la cultura y la integridad de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Voy a referirme a los recursos. En primer lugar, los recursos fundamentales serán los que le dé por esta ley el presupuesto de la Nación; en segundo lugar, por contraprestación de servicios; y en tercer lugar por la anualidad que le fije el Poder Ejecutivo a cada permisionario.

Se ha establecido en principio que esa cuota a cada permisionario será de un millón de pesos, y no de tres millones como ha dicho el señor diputado por la Capital.

En cuanto a las compras efectuadas por intermedio del IAPI a solicitud de Correos y Telecomunicaciones, han significado un gasto total, en octubre de 1947, de 18.475.000 de pesos, que están discriminados de la siguiente manera: para Radio Belgrano y sus filiales, 4.640.000 pesos. Fecha de contrato de compra, 14 de octubre de 1947; fecha de toma de posesión de la misma por el IAPI, o sea el Estado, el 16 de octubre del mismo año.

Con respecto a Radio Splendid y sus filiales se pagaron por ellas 4.500.000 de pesos. El contrato de compra se llevó a cabo el 15 de marzo de 1948, y la fecha de posesión fué el 19 de abril del mismo año.

Quiero significar que la compra de estas emisoras fué por voluntad de los vendedores. El Estado se ha hecho cargo de ellas porque la situación en general de esas emisoras y de otras que voy a citar —que son de menor jerarquía económica—, era sumamente precaria, pues la individualidad en su manejo no les permitía desarrollar un programa cultural y de trabajo eficiente porque tenían que manejarse con medios financieros propios y exigüos.

Las radioemisoras que no quisieron entrar en negociaciones para su venta siguen hoy todavía su régimen personal e individual, y se manejan a sí mismas con el control correspondiente del Estado. Las otras radioemisoras que por disposición propia pasaron al

Estado, son las siguientes: LR2 Radio Argentina, cuyo contrato de venta se realizó el 14 de octubre de 1947 por un valor de 800.000 pesos; LT14 Radio General Urquiza de Paraná, cuyo contrato de compra se hizo el mismo día, pagándose por ella 500.000 pesos; LV4 Radio San Rafael, de Mendoza, que se compró el mismo día por la suma de 60.000 pesos; LV2 Radio Aconquija de Tucumán, se compró el 3 de noviembre de 1947 y se pagó 550.000 pesos; LT7 Radio Provincia de Corrientes, que se compró el 28 de noviembre de 1947 y se pagó 150.000 pesos; LV11 Radio Santiago del Estero, se compró el 23 de diciembre de 1947 y se pagó 230.000 pesos; LS5 Radio Rivadavia, se compró el 15 de marzo de 1948 y se pagó 400.000 pesos; Radio Fénix, se compró el 24 de abril de 1948 y se pagó 100.000 pesos; LT1 Radio El Litoral, Rosario, se compró el 28 de agosto de 1948 y se pagó 2.600.000 pesos; Radio Córdoba, LV3, se compró el 13 de agosto de 1948 y se pagó 1.100.000 pesos; Radio Aconquagua, Mendoza, LW2, se compró el 27 de noviembre de 1948 y se pagó 1.900.000 pesos; LR2 Radio Central de Córdoba, se compró el 19 de marzo de 1948 y se pagó 725.000 pesos.

Todo esto hace un total de 18.475.000 pesos, que en su oportunidad pagó el IAPI a pedido de la Dirección General de Correos y Radiotelecomunicaciones. Con ello se compró el activo físico de todas las radioemisoras nombradas y, lógicamente, con el transcurso del tiempo, y por una buena administración que hasta ahora ha ejercido radio Belgrano y la primera cadena Argentina de Broadcastingn Sociedad Anónima, por cuyo servicio se paga cinco por ciento hasta 500.000 pesos; un 6 por ciento de 500.000 a 700.000 pesos; un 8 por ciento de 700.000 a 1.000.000 de pesos, y un 10 por ciento de 1.000.000 de pesos en adelante.

Sr. Alende. — Pago, ¿a quién?

Sr. Degreef. — Los porcentajes que he mencionado fueron los que se abonaron a la Sociedad Radio Belgrano, administradora de radioemisoras, en concepto de trabajo administrativo, técnico y cultural. ¿Me ha entendido el señor diputado?

Sr. Alende. — Es ininteligible.

Sr. Degreef. — Yo me expreso en castellano, y manifesté que esos porcentajes fueron pagados por servicios contratados.

Sr. Alende. — ¿Podría dar lectura al contrato?

Sr. Degreef. — No lo tengo en mi 'anca.

Sr. Fassi. — Lo había prometido el señor subsecretario; pero, lamentablemente, no ha cumplido su promesa.

Sr. Rumbo. — Nosotros tampoco conocemos esa información.

Sr. Degreef. — La compra de todas estas radioemisoras en la suma de 18.475.000 pesos ha significado la compra total e integral de las mismas en su activo físico.

El manejo correcto que ha hecho la Sociedad Anónima Radio Belgrano ha posibilitado la creación de varias radioemisoras más en el territorio del país, las que hacían falta para complementar el uso de ondas asignadas, dado que había regiones a las que no alcanzaban las mismas.

El activo físico al 31 de marzo de 1953 alcanza a la suma de 58.046.158 pesos, lo que significa que el incremento del activo físico ha sido de 40.000.000 de pesos.

Con esto queda demostrado que el Estado ha sabido administrar sabia y honestamente lo que adquirió en su oportunidad, en beneficio del país y de su economía. Por disposición de la ley, con la venta de su activo físico, que superará indiscutiblemente esta cantidad, se ha de pagar en primer lugar la deuda que el Estado tiene con el IAPI, que asciende a 20.000.000 de pesos y, a su vez, la suma de 16.000.000 que el Estado adeuda al Instituto de Previsión Social.

Con estas pocas palabras y con estos datos fidedignos, dejo informada a la Honorable Cámara de la forma en que ha sido realizada la compra a que he aludido, y de las posibilidades de la venta de las radioemisoras. Los señores diputados de la oposición tienen, pues, conocimiento exacto de lo que se ha realizado en el aspecto financiero. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alende. — Señor presidente: en una innecesaria sesión de traspasada, trata la Honorable Cámara este proyecto de ley, digno de mejor suerte. Digo que es innecesaria, porque ello transparenta la casi seguridad de que este cuerpo no ha de realizar sesión en el día de la fecha como no lo ha de hacer el sábado ni el domingo próximos, a pocos días de la clausura del período parlamentario, teniendo en carpeta importantes asuntos para resolver, que hacen, incluso, a sus propios fueros y esencia, como es la orden del día número 83, vinculada a este debate.

Sr. Gago. — El señor diputado no se ajusta al asunto en discusión.

Sr. Alende. — Este es un asunto muy serio, y advierto que no voy a autorizar interrupciones.

La orden del día a que he hecho referencia trata del registro de bienes de funcionarios públicos y está íntimamente relacionada con este asunto.

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Alende. — Tan conectada está aquella orden del día, que afirmo que este proyecto de ley significa un *bill* de indemnidad a funcionarios públicos, y que si en la provincia de Buenos Aires tuvieran vigencia las leyes 5.579 —un

proyecto radical sancionado por la unanimidad de ambas Cámaras— y la 5.622, la Honorable Cámara no tendría necesidad de realizar tan grandes esfuerzos para conocer las finanzas de las estaciones de radiodifusión.

Este proyecto no sólo tiene la anormalidad de esta sesión traspasada, sino que también ella está ligada a su propia medula. Cuando entró a esta Honorable Cámara el proyecto de ley, en los considerandos del mensaje se afirmaba que las tres redes a concederse en definitiva serían acordadas mediante licitación pública a personas o empresas que demostraran fehacientemente tanto su capacidad financiera para montar la red respectiva en un plazo mínimo, como para mantenerla en funcionamiento en condiciones de alta eficacia.

Me pregunté entonces: ¿qué empresas están en condiciones de demostrar fehacientemente su capacidad financiera y de poder colocar las redes respectivas en un plazo mínimo? Era claro y evidente que las únicas que podían hacerlo eran las destinatarias de esta ley, las actuales cadenas de radiodifusoras, con las cabezas de Radio El Mundo, Radio Splendid y Radio Belgrano.

Y como se ha mantenido silencio alrededor de eso que el país no ha conocido y que sólo en esbozo, y al pasar, ha informado el diputado Degreaf —las adquisiciones del IAPI—, a poco de entrado el proyecto y de estar a estudio de la Comisión de Presupuesto, solicitamos, por intermedio del secretario administrativo, informes a los señores ministros de Finanzas y de Comunicaciones y a la Inspección General de Justicia, para saber qué sociedades anónimas explotan en la actualidad esas tres cadenas de radiodifusoras, el nombre de sus propietarios o integrantes de directorios, el origen de los capitales, las fuentes de ingresos, los balances, las informaciones suministradas a las asambleas efectuadas en los últimos años, el número y el monto de las acciones que poseía cada asociado, y las vinculaciones existentes entre las distintas redes.

Con esos antecedentes —lo dijimos en la Comisión de Presupuesto— queríamos sentar la existencia real del monopolio o de cadenas y grupos asociados, el monto de las deudas con el IAPI y la evolución de tales deudas. Deseábamos también conocer el monto de las deudas de esas sociedades con el Instituto Nacional de Previsión Social.

El señor Gagliardo, que representaba al Ministerio de Comunicaciones por imposibilidad física de su titular, nos contestó textualmente: «Con el mayor gusto se harán llegar los informes a ambas comisiones.» Hace un rato fui a la Comisión de Presupuesto a averiguar si era exacto que las informaciones prometidas no habían llegado. Las palabras del señor diputado Degreaf confirman que ha sido su propio traslado a las fuentes respectivas lo que ha permi-

tido que el sector de la mayoría esté informado y que el señor diputado haya podido suministrar esa información en este sumario.

Dejo con ello establecido que no sólo el Ministerio de Comunicaciones, es decir el Poder Ejecutivo, no ha cumplido su palabra, sino que ha estado regateando información al Congreso en vísperas de la consideración de este importante proyecto.

Sr. Miel Asquía. — No es así, porque la acaba de dar el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Fassi. — No es suficiente. Además, la enjuiciamos por inexacta, sin que ello implique poner en duda la buena fe del señor diputado por Santa Fe.

Sr. Alende. — El señor diputado Degreef acaba de confirmarnos que las afirmaciones de los proyectos de resolución presentados por diputados de la oposición, en momentos en que se hablaba de una adquisición directa por el IAPI del activo físico de las estaciones de radiodifusión, eran exactas; que se compraban en \$ 18.000.000; y que, además de Radio Belgrano y Radio Splendid se compraron otras radios como Radio Argentina, Urquiza, San Rafael, Provincia del Norte, Rivadavia, Litoral, Córdoba, Aconcagua y Central de Córdoba. Pero no nos explica por qué misterioso proceso esas radios se constituyeron en cadenas de radiodifusión, cuáles son esos contratos, qué obligaciones tomaron los *broadcasters* que tuvieron a su cargo la administración y no el Estado, porque el Estado nada administró. Han administrado las sociedades anónimas y el manejo no ha sido correcto porque han embolsado millonadas de ganancias con aquello que era de propiedad del Estado, que el Estado había adquirido y que, por lo visto, según las manifestaciones del señor diputado Degreef, no sólo las había adquirido y prestado para que con bienes de la Nación se llenaran de oro individuos que no sabemos quiénes son, sino que aparte se les asignaba un tanto por ciento y partidas especiales para gastos de administración.

Sr. Degreef. — No he manifestado eso, señor diputado.

Sr. Alende. — Era necesario que tuviéramos esa información y, como un argumento más para demostrar que antes de que esta ley sea sancionada, ya los negociadores de este jugoso asunto de la radiodifusión se encuentran especulando con esta ley, digo que hace pocos días, en territorio chileno ha estado el señor Chas Madariaga, con el gerente de la Standard Electric, importadora de aparatos televisores visitando los estudios de C. B. 114 en Chile, con el señor Ricardo Vivado, presidente de las radioemisoras chilenas. Esto no puede ser ni siquiera admitido en vísperas de que la Cámara de Diputados de la Nación trate algo que podría significar una modificación substancial del régimen de la televisión y la radiodifusión, pero que no significa otra cosa en definitiva que dar un es-

tado legal a lo que ha sido un estado de seudo legalidad que hasta el momento se mantuvo en las sombras, sin una sola información ni un solo anuncio del Poder Ejecutivo.

Es claro que nosotros tenemos que hacer nuestras propias investigaciones dentro de los dificultosos medios con que contamos. Pero de lo expuesto por el señor diputado Degreef se desprende que actualmente existen dos regímenes dentro de las radiodifusoras argentinas: uno el de Radio Belgrano y Radio Splendid; otro el de Radio El Mundo que tiene una concesión que consiguió con el pago de la modesta suma de \$ 1.000 anuales y el pase a Radio del Estado de una estación transmisora de onda corta.

Está el otro equipo, la otra cadena, que corresponde a la empresa Haynes, con Radio El Mundo, Radio Libertad, Radio Cerealista, Chaco, Santa Fe, Atlántida, General San Martín, Los Andes, Tucumán y Libertador. En suplencia de la información que debió haber traído el Poder Ejecutivo y de la que debió disponer la Cámara o en su defecto el sector de la mayoría, voy a hacer un comentario basado en la última memoria de la empresa editorial Haynes al 30 de junio de 1952, presentada a los accionistas el 30 de octubre, según memoria del mismo mes y año. Quiero decir a la Cámara que después de formular las reservas y amortizaciones —estas son las palabras de los miembros del directorio— las utilidades líquidas del ejercicio al 30 de junio de 1952 ascienden a la suma de \$ 9.618.251,30. Debemos destacar que en el curso del año, terminado el 30 de junio de 1952, se creó una partida de \$ 2.000.000 titulada «provisión para beneficios extraordinarios», de manera que la ganancia real debe fijarse en 11.618.251,30 pesos.

El capital suscrito y realizado de esta empresa alcanza a \$ 8.000.000, por lo que las utilidades realizadas redondean el suculeto producido de 150 % sobre el capital invertido, verdadera expresión de supercapitalismo.

En cuanto a distribución de utilidades quiero mencionar estas cifras elocuentes. Se destinan a honorarios del presidente \$ 192.300; del directorio, \$ 384.700; del síndico, \$ 96.100; en total a los miembros del directorio \$ 673.200; 40 % a 35.000 acciones ordinarias, \$ 1.400.000; 40 % a 40.000 acciones diferidas, \$ 1.600.000; 8 % a 5.000 acciones preferidas, \$ 40.000, y a reserva para mejoramiento de radioemisoras, pesos 2.500.000, lo que hace un total de 6.213.000 pesos.

Parte de las utilidades es llevada al fondo de reserva legal, se hacen deducciones para pagar el impuesto a los réditos sobre el total de las ganancias y aun se mantiene un superávit de \$ 490.700 que pasan a ganancias y pérdidas del nuevo ejercicio.

Ante esta substanciosa distribución de utilidades de una empresa de neto corte justicialista, tenemos la obligación de preguntar qué razo-

nes han existido para que no participara de estas exorbitantes ganancias el personal obrero de la empresa, los empleados técnicos y el personal superior, sobre todo cuando afirmo que en una importante rama de explotación de esta misma empresa, la relacionada con la parte gráfica, se mantiene al personal con sueldos de los más inferiores, aunque siempre dentro del convenio de los gráficos, pero en su límite mínimo, inferiores a «La Prensa», «La Nación», «Editorial Atlántida», a tal punto que hay obreros argentinos en esa empresa que sin deducciones ganan sólo \$ 590 mensuales mientras estos nuevos oligarcas justicialistas embolsan tremendas millonadas con el dinero y la ayuda que el propio Estado le hace con estas concesiones, que por la ley que consideramos han de monopolizar.

Acciones que reciben el 40 por ciento, directores que cobran honorarios apetecibles, reservas para mejoramiento de emisoras, provisión para beneficios extraordinarios y el personal con sueldos mínimos. Yo pregunto qué era al lado de esto «La Prensa» de los Paz, que ha merecido tan severas y duras expresiones del sector de la mayoría.

Respecto de las ganancias líquidas y gastos generales voy a dar estos datos extraídos de la Bolsa de Comercio. Son interesantes para establecer la evolución de la empresa, porque ha de ser seguramente la misma evolución de las restantes empresas consagradas a la explotación del negocio de la radiodifusión. Anoten los señores diputados: el ejercicio al 30 de junio de 1948 arroja una ganancia de \$ 751.000; en 1949, alcanza a \$ 4.093.000; en 1950, a \$ 4.721.000; en 1951, a \$ 5.064.000; en 1952, a \$ 9.618.000 a cuya suma hay que agregar los dos millones de pesos a que me referí con anterioridad, destinados a provisión para beneficios extraordinarios, de tal modo que la suma es superior a la consignada.

Analicemos el balance de este monopolio, el más grande monopolio de información de toda Sudamérica, porque abarca diarios y estaciones de radiodifusión. En 1948 gana 755.000 pesos, y en 1952, cuatro años después, siempre con el mismo capital, obtiene un beneficio de \$ 11.618.000. En cuatro años las ganancias se han multiplicado por quince, es decir, un 1.500 %. Ha superado con creces el proceso inflatorio.

Como quedaran dudas sobre la evolución que han sufrido los grandes sueldos, he buscado las cifras de estos rubros, y he encontrado en la memoria la sorpresa de que, en el debe de la cuenta Ganancias y Pérdidas del ejercicio que expiró el 30 de junio de 1952, figura una cuenta general con el rubro «Gastos Generales, sueldos, honorarios, gastos explotación, gastos administración, gastos conservación, sección avisos, consultorio médico, propaganda y varios», con una cifra global que incluye a todas estas cuentas y que es de \$ 13.989.229. Llama real-

mente la atención que la Inspección de Sociedades Anónimas no haya exigido una mayor discriminación en estas cifras en la memoria, para que la interpretación del balance de un servicio de esta índole esté al alcance y pueda ser comprendido por sus asociados, y por aquellos a quienes interese tal información.

Siguiendo ahora con estos datos generales, recordaré que los sueldos figuran como subcuenta de este rubro principal. En tal sentido figuran, al 30 de junio de 1948, 3.337.000 pesos; en 1949, 3.865.000; en 1950, 7.197.000. En este último ejercicio habría de incluir 1.259.000 pesos, que aparecen separados del rubro general y que tienen la denominación especial de «Sueldo convenio gráfico». Ello significaría que en aquel entonces esta empresa voraz pagaba por debajo de lo normal a sus obreros, empleados, técnicos y personal superior. La enumeración sigue así: en 1951, 10.164.000; en 1952, 13.792.000.

Comparando el importe de 3.337.000 pesos de 1948 con el de 13.792.000 de 1952, advertimos que se experimenta un aumento del 400 por ciento, mientras las ganancias líquidas llegan al 1.500 por ciento.

Si verificamos el balance de los primeros nueve meses de este año, que también aparece en el boletín de marras, observamos que el ritmo de este pulpo supercapitalista sigue ascendiendo: 8.777.000 pesos es la utilidad en este período, de manera que se mantienen los ascensos a pesar de la situación incierta de la plaza.

Podemos agregar otro dato ilustrativo. El señor Gagliardo, en representación del Ministerio de Comunicaciones, y refiriéndose a la financiación de esta ley, enunciaba como una de las dificultades de las radiodifusoras y de las broadcastings para cumplir con el Instituto Nacional de Previsión Social, que ellas habían tenido origen en distintas circunstancias. Señalo que ésa es la información del Poder Ejecutivo, que pone de manifiesto la forma caótica en que se explotaban las radioemisoras, generalmente faltas de recursos y particularmente en diferentes lugares del país, como en las provincias del Norte e inclusive en la Patagonia. Quiere decir, señor presidente, que casi cerca del 30 por ciento de la ganancia total de esta empresa Haynes —que tiene diarios y radiodifusoras— estaba constituida, según el haber de su balance, por las emisoras del interior, que en utilidades líquidas sólo dejaron 3.141.231 pesos.

Sr. Otero. — Están bien administradas.

Sr. Alende. — Dice un diputado de la mayoría que están bien administradas. Efectivamente, están muy bien administradas para el apetito suculento de los explotadores de la broadcasting, pero muy mal administradas para los sueldos de hambre de su personal.

Quiero señalar ahora, y así lo expresé al señor diputado Belnicoff, a quien los miembros de la Comisión de Presupuesto le debíamos de haber dado el informe sobre el monto de las deudas del Instituto Nacional de Previsión Social, que por esta laboriosa vía indirecta habíamos llegado nosotros a la conclusión de que la cifra de los 16 millones proporcionada por el señor diputado Degreef era exacta.

Pero quiero seguir señalando las irregularidades de este proyecto de ley del Poder Ejecutivo. Primero vino uno, el que entró en la Cámara; y después vino otro. Contribuí en la Comisión de Presupuesto a salvar el malentendido, porque no podía mandar el Poder Ejecutivo un proyecto a la Comisión de Presupuesto ni retirarlo de la Cámara sino por la vía del mensaje. Y para poder tratar nosotros este proyecto de ley y conseguir esos datos que considerábamos indispensables para nuestra firma en el despacho los admitimos como simples sugerencias del Poder Ejecutivo.

¿Cuáles son las modificaciones más importantes y substanciales? Recuerdo que cuando se realizó la primera Asamblea Interamericana de Radiodifusión el 30 de junio de 1948, concurrieron el señor presidente de la Nación, el arzobispo, los ministros de Relaciones Exteriores, de Justicia, de Agricultura, de Hacienda, el entonces presidente de esta Cámara. De manera que esa asamblea contaba con el prestigio y la anuencia de las autoridades argentinas. ¿Cuál fué el criterio que sostuvo el representante del gobierno argentino? En aquel momento, como una firme exteriorización del pensamiento del gobierno argentino e incluso frente a los delegados de todos los países americanos, se sostuvo que el servicio de radiodifusión era un servicio público. Fuera de toda duda, y ésa fué la ponencia argentina, debía aceptarse ese carácter de servicio público que, como muy bien lo señaló en la oportunidad de su discurso el señor diputado Ferrer Zanchi, quedaba entonces comprendido dentro de las disposiciones del artículo 40 de la Constitución.

El delegado argentino sostuvo, en apoyo de su tesis, que en los Estados Unidos la radiodifusión debía considerarse servicio público, ya que era controlada por la Comisión General de Comunicaciones, y recordó que la ley chilena le daba ese carácter.

¿Pero qué es lo que notamos nosotros con sorpresa? Que cuando viene este proyecto del Poder Ejecutivo, en su artículo 29 se establece y remarca que el servicio de radiodifusión a los fines de esta ley es de interés público. Y este cambio de palabra, que implicaba una grave rectificación —a las que, por otra parte, ya nos tiene tan acostumbrados en sus exteriorizaciones el Poder Ejecutivo— no venía complementado, sin embargo, seguramente por ligereza de los autores del proyecto, por el artículo correspondiente vinculado a su financiación.

Quiero señalar como ejemplo —esta enunciación del servicio público ha sido tan abundante— que un tratadista, Manuel María Díez y en general todos los que han escrito sobre la materia, dan ya como definido en nuestro país el concepto del servicio público en materia de radiodifusión, a tal punto que en este capítulo de la tarifa y del capital dice: «De lo que antecede se deduce que la obligación de la cláusula constitucional, en lo que se refiere a la deducción de lo que se hubiera amortizado durante el lapso cumplido desde el otorgamiento de la licencia, sería perfectamente aplicable a la emisora LR1, Radio El Mundo, que tiene una licencia temporaria, con obligación de entregar al Estado sus instalaciones sin cargo al término de la misma.»

Ultimo directorio de quienes han explotado Radio El Mundo: presidente, Miguel Mirandá; vicepresidente, Vicente Carlos Aloé, que quiero creer debe ser el gobernador de la provincia de Buenos Aires, porque es el factótum de esa empresa; vocales, sin importancia para el caso.

Sr. Gago. — ¿Por qué no los lee todos? La forma en que se ha manifestado es insidiosa.

Sr. Alende. — Insidiosos son los hechos.

Sr. Gago. — Ya que habló del directorio, debe leer todos los nombres.

Sr. Alende. — Y vino un nuevo proyecto de ley del Poder Ejecutivo, en donde se modifica un artículo importante.

El artículo 10 del primitivo proyecto de ley del Poder Ejecutivo establecía que si las instalaciones fueran utilizadas por el Estado serían justipreciadas según el costo de origen, deducidas las depreciaciones correspondientes a los fines de su adquisición o expropiación, con arreglo a las disposiciones vigentes, es decir, que a pesar de que al restarle la categoría de servicio público y al rotularlo como un servicio de interés público se marginaba el artículo 40 de la Constitución por esta inadvertencia se mantenía el procedimiento que ese artículo señala. El concepto de la expropiación de acuerdo al costo de origen que sanciona dicho artículo, era perfectamente aplicable a esta Radio El Mundo.

Se modifica el artículo en el nuevo proyecto: aparece un artículo 11 en donde se expresa que «si las instalaciones fueran utilizadas por el Estado serán justipreciadas, a los fines de su adquisición o expropiación, de conformidad con las leyes generales de la materia», es decir, que se adopta una definición vaga y genérica, porque por la ley de expropiación no queda autorizado el Poder Ejecutivo, ya que antes de realizar dicha expropiación debe declararse la utilidad pública del bien y requerir la correspondiente ley al Congreso de la Nación.

También en ese nuevo proyecto del Poder Ejecutivo se modificaban los artículos correspondientes a la financiación a que ha hecho referencia el señor diputado Degreef. Francamen-

te, no me explico por qué se han modificado. En el anterior se decía: «Condónanse las deudas provenientes de los cargos que por aplicación de las leyes de previsión social mantengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de la presente ley», es decir, todo lo que se nos antojaba tenía de abusivo y de irregular este proceso de condonar deudas para con el Instituto Nacional de Previsión Social, para beneficiar aun más el bolsillo de quienes habían venido obteniendo fabulosas ganancias que llegan al ciento cincuenta por ciento del capital acumulado. Todo esto, que hería nuestra sensibilidad, se ha transformado en dos artículos que en realidad significan la misma cosa, aunque tratan de disimular el procedimiento. Por el artículo 24 se establece que «dentro de noventa días de la promulgación de la presente el Poder Ejecutivo llamará a licitación pública por el término de cuarenta y cinco días para el otorgamiento de la licencia de explotación de cada una de las redes a que se refiere el artículo 49». Ya sabemos quiénes van a ser los encargados. Continúa el artículo: «Autorízase al Poder Ejecutivo para convenir directamente con los adjudicatarios de la licitación que menciona el apartado anterior la enajenación de bienes muebles o inmuebles de propiedad del Estado que fueren necesarios para cumplir las finalidades de esta ley».

Por el artículo 25 se establece: «Los ingresos aludidos en el artículo 24 serán destinados a la cancelación de las deudas contraídas ante el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio...» Esos ingresos corresponden a los obtenidos mediante la enajenación de dichos bienes muebles o inmuebles de propiedad del Estado, que son en este momento propiedad del IAPI y que sería el activo físico. Ellos se han incrementado por el fruto natural de la inflación, pero ya hemos demostrado que dicho incremento se ha hecho en una proporción mucho menor a las ganancias líquidas de esas sociedades anónimas, que no se conoce quiénes son los que la integran, el origen, el monto y la evolución de sus capitales, ni los fabulosos cambios de directorio ni la incorporación sorpresiva a ellos de nuevos magnates para la explotación de esas broadcastings. Observen, señores diputados, qué hermoso juego. Se pasan los bienes físicos, como si fueran una pelota, de una a otra institución, pero en el fondo viene esto otro: que el dinero sobrante ha de servir para cancelar las deudas con el Instituto Nacional de Previsión Social y para crear el fondo de recursos para el Servicio Oficial de Radiodifusión, que es lo único que se agrega a aquel otro artículo que se suprimió sobre condonación de las deudas.

Hay muchos otros detalles en este proyecto de ley dignos de consideración. Aquí se ha

hecho abundante mención, y el señor diputado Belnicoff, en su brillante disertación, ha recordado palabras del presidente de la República, pronunciadas en esa misma asamblea, vinculadas a la libertad de información, frases del primer magistrado en contra de las del señor diputado Arias, quien le daba una interpretación propia. Me permito recomendarle amistosamente que no abunde mucho en algo que se repite poco en las esferas oficiales desde hace algún tiempo, que es la llamada tercera posición. Decía el señor presidente «que consideraba a esa libertad como consubstancial de la vida de los pueblos y que reprochaba todo intento de quebrarla, cualquiera que sea el pretexto ideológico que se alegue. La falta de libertad de expresión del pensamiento no se justifica ni siquiera como medio de mantener el bienestar o el supuesto bienestar de una clase determinada».

Y en aquella asamblea de radiodifusión fuimos representados —y lo digo como una simple acotación relacionada con la obligatoriedad de la nacionalidad argentina de aquellos que se encuentran vinculados a estas empresas y sus capitales— por un balcanico y un uruguayo. Y lo hago como acotación porque un tema tan serio y que nos toca tan de cerca no puede ser admitido sino asignándole categoría de humorista serio a su protagonista, señor Gagliardo, quien en la Comisión de Presupuesto nos anunció, a mi pedido, que vendría una estadística del Poder Ejecutivo vinculada al uso por los partidos políticos de las estaciones transmisoras.

Recuerdo, ya como gesto de brutal cinismo, que denuncié, el del uruguayo Pellicciari, cuando a los miembros de la asamblea de radiodifusión, con motivo de su viaje a Bariloche, les dijo: Vayan tranquilos; aquí hablan de que no hay libertad de información cuando hay libertad plena. Cuando lleguen ustedes de Bariloche estarán todos los opositores en la radio, claro que no los veinte minutos que piden los radicales, porque hay abundancia de publicidad comercial. Sólo en carácter de anécdota chistosa y sangrienta puede decirse, como justificación, que el Partido Peronista no solicita la radio, cuando el peronismo tiene saturada la radio, la prensa y la información toda de la República.

Sr. Gago. — El Partido Peronista no tiene ocupada la radio. Esa es la verdad.

Sr. Alende. — Esta ley encubre las actividades de los actuales beneficiarios y exhibe al Poder Ejecutivo como ocultándolas hasta el momento preciso en que las menciona no muy abundantemente el señor diputado Degreef. La Cámara no está informada para darle sanción; por ello no va la firma de los representantes radicales al pie de los despachos de las comisiones respectivas.

Nosotros entendemos cómo la propaganda, las diversiones, las distracciones e incluso los ocios de los pueblos son cosa muy importante, que

antes estaban librados a la esfera de las acciones privadas de los hombres.

Hoy los controles sociales inevitablemente tratan de orientarlas en uno u otro sentido. Nosotros queremos que esos controles sociales se orienten para colocar esa peligrosa técnica en el lugar que corresponde.

Hace apenas treinta años no existían ondas radiotelefónicas en el país, y en la actualidad el mundo disfruta del invento maravilloso de la televisión, que pronto abarcará otros planos en el espacio y que será transmitida en colores. Cómo avanza y de qué manera la técnica en todos los campos; en la desintegración del átomo, el progreso de los vuelos y otras manifestaciones de la ciencia humana, mientras el hombre, limitado en sí, con sus imperfecciones, mantiene todavía en gran medida la moral cavernaria. Cómo es posible, y lo demuestra la técnica de la propaganda, aquella que Hitler expresó en su *Mein Kampf*: repitiendo cien y cien veces una mentira, llega a transformarse en una verdad. Y su ministro Goebbels decía que en virtud de la propaganda puede transformarse lo blanco en negro y lo negro en blanco, que es necesario que la propaganda sutil vaya inficionando las conciencias, entrando no por la vía normal de la percepción razonada y consciente del hombre, sino por la vía incorporea, impalpable, de sus sentidos.

Por eso, nosotros mismos —¡aun nosotros!— somos sensibles a ese esfuerzo de la propaganda que penetra en nosotros mismos. ¡Cómo desconocer su valor!

El peronismo, que sabe de la importancia de esos controles sociales para mantenerse en el poder, los transforma en algo para su propio uso y su propia supervivencia gubernamental, en la radio, en la escuela, en la prensa, en el cine, a tal punto que el boxeador no golpea, el automobilista no corre, el escritor no produce y el artista no canta si no acude en pleitesía lastimosa a ofrecer sus dedicatorias y sus palabras de almíbar en homenaje al señor presidente de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Otero. — Es inexacto, señor diputado.

Sr. Alende. — Queremos que los controles estén al servicio de una idea democrática; que el país viva el diálogo de la democracia y no el monólogo del totalitarismo. Y queremos otra cosa que está vinculada a todo lo turbio que hemos denunciado en esta ley: nada más ni nada menos que lo que el propio presidente de la República escribió a las diez de la noche el 3 de junio de 1943: propugnamos la honradez administrativa, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes mal habidos.

Esta es nuestra posición definida, al denunciar todas estas irregularidades.

El país puede necesitar una ley de radiodifusión, pero no ésta. Hacemos nuestra salvedad, porque el día en que lleguemos al poder nues-

tro gran destino será dar libertad de información al pueblo para que no caiga en la corrupción del fraude ni en el señuelo que conduce a establecer en los pueblos la maldita planta del despotismo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Atala. — Señor presidente: amparándome en la libertad de expresión y en la libertad de ideas de la que está haciendo uso —con todo derecho, por cierto— el sector de la minoría desde el día de ayer, debo manifestar que el proyecto de radiodifusión que ha remitido a esta Honorable Cámara el Poder Ejecutivo, con las modificaciones introducidas en el estudio realizado por las comisiones pertinentes, y que ya ha sido tan minuciosa y ampliamente informado por los señores diputados de este sector, es, sin lugar a dudas, la expresión mejor y más completa de la experiencia que ha sido posible recoger en esta materia, desde los comienzos de la radiofonía en nuestro país hasta la fecha, y representa, además, el fruto de un cabal conocimiento de la realidad nacional y de las necesidades presentes y futuras de nuestro pueblo, en todos los aspectos que abarca esta importante y singular actividad.

Indudablemente, se hacía sentir la ausencia de un instrumento legal como éste, que reglara, orgánica y establemente, el funcionamiento, el desarrollo y el cumplimiento de la misión específica de este extraordinario medio de difusión que ha alcanzado entre nosotros, al igual que en todos los países civilizados del mundo, una popularidad tan notable que hace impostergable la adopción de medidas legales que aseguren que las peculiares características de este servicio de interés público sean logradas integralmente, para beneficio de la comunidad y de la seguridad y normalidad del Estado.

Por ello, en buena hora la decisión del gobierno nacional de enviar este proyecto, en cumplimiento de las disposiciones del segundo Plan Quinquenal que, porque cubre esa necesidad y porque refleja en su articulado los meditados estudios y la indiscutiblemente sólida experiencia adquirida en la materia por el Ministerio de Comunicaciones, ha de merecer —estoy seguro de ello— la sanción favorable de este honorable cuerpo.

No es esta, por cierto, la primera vez que se procura la promulgación de una ley de radiodifusión, aunque sí ahora es el momento más oportuno, ya que la madurez alcanzada por la radiofonía argentina y el pleno conocimiento del valor y la significación social que tiene, unidos a la experiencia obtenida a lo largo de muchos años, tanto por las empresas privadas como por los organismos estatales responsables de su correcto funcionamiento, permiten disponer de todos los elementos de juicio indispensables

para formular, con el alto sentido de conveniencia pública que lo caracteriza, el proyecto que estamos discutiendo, cuya sanción promoverá el más alto grado de desarrollo de todas las actividades radiales.

Ya han sido expuestas suficientemente por mis compañeros de sector las razones que abonan en favor de la aprobación de los distintos artículos que integran el proyecto, por cuyo motivo me he de referir brevemente tan sólo a determinados aspectos de algunos de ellos, sobre los que estimo conveniente agregar algunos conceptos más.

Cada uno de estos, a la vez que responde a la conveniencia de arbitrar claramente las reglas para el normal y adecuado funcionamiento de las emisoras dentro de sus actividades específicas, responde también el enfoque verdadero y realista de nuestra vida nacional y, especialmente, a la de este momento fundamental y decisivo en el que se encuentra, por la voluntad soberana y libremente determinada de la inmensa mayoría, de una mayoría sin precedentes en nuestra historia, del pueblo argentino.

Tanto es así que el artículo 12, al establecer, concordante con la definición enunciada en el artículo 19, los principios generales a que deberán ajustarse las transmisiones radiales para acrecentar el nivel moral e intelectual del pueblo, fin primordial de la radiofonía, establece: primero, que constituirán un alto exponente de cultura y responderán a un plan de conjunto racional para la elevación del nivel moral e intelectual del pueblo; segundo, que contribuirán a la formación y consolidación de la unidad espiritual de la Nación, de consuno con la obra que el Estado realiza en materia de educación y cultura públicas; y tercero, que asegurarán una adecuada participación de los valores y motivos culturales, artísticos y tradicionales del interior del país.

Es innegable la necesidad de que los programas irradiados por las emisoras argentinas, cuya principal característica es su facilidad de penetración en todos los sectores de la población —como bien lo destacó el señor diputado Alende—, cualquiera sea el sexo, la edad o la condición cultural, social o económica de sus componentes, respondan obligatoriamente a estos principios, particularmente al de la formación de una indestructible unidad nacional sobre las bases que conforman espiritual y moralmente al pueblo argentino y en el celo acatamiento a las disposiciones establecidas en la Constitución Nacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

El respeto, la consideración y el acrecentamiento de los valores esenciales del pueblo es tarea primordial e ineludible y todas las fuerzas vitales de la Nación deben estar consagradas a ello y a promover cuanto sea menester para consolidarlos y proyectarlos hacia su completo desarrollo, velando por que nada ni nadie niegue, perturbe o falsifique su autenticidad.

En tal sentido, forzoso es reconocer que a lo largo de nuestro andar histórico, las reservas espirituales, intelectuales y morales de nuestro pueblo, han sido desconocidas, negadas, cuando no mistificadas o deliberadamente traicionadas durante las siniestras confabulaciones trenzadas en las sombrías encrucijadas de la entrega, del servilismo colonial y del fraude cultural y político por unas minorías dueñas exclusivas y excluyentes del poder, del dinero y de la inteligencia. En el ejercicio de sus propósitos antipopulares y antinacionales, el acceso a la cultura fué negado al pueblo y la educación fué torcida y retorcida por la fría especulación política y económica de los que no querían un pueblo argentino marchando por los caminos del saber y de su propio conocimiento, senderos que conducirían inevitablemente hacia la liberación y, por lo tanto, fatalmente al término de su nefasto predominio.

Así fuimos enseñados en el desconocimiento de nuestros propios valores, de nuestra capacidad y de nuestra verdadera grandeza. Sobre los espejismos de una falsa educación hecha con grandes declamaciones pomposas e innumerables mentiras, se pretendió tener un pueblo sometido y resignado a su limitación intelectual, a su pobreza espiritual y a su miseria material, jugándose todos los resortes del poder y de la inteligencia en la indigna empresa de sumir en la ignorancia a las masas argentinas, empresa despreciable sobre cuyos responsables ha caído ya el fallo inapelable del pueblo, veredicto que irremisiblemente refrendará la historia. Y es forzoso reconocer también —pero esta vez con el alborozo de las grandes conquistas fundamentales— que salvo las escasas e incompletas tentativas de recuperación del acervo espiritual e intelectual de los argentinos, procurado por uno que otro hombre público sensible al drama popular, únicamente con la presencia de Perón en la vida nacional —acontecimiento cuya oportunidad providencial y trascendencia juzgará la historia dándole aun mayores dimensiones que la que le asignamos sus contemporáneos—, y por su patriótica gestión reparadora, los valores esenciales y vírgenes del alma y de la mente popular han alcanzado por primera vez su real estimación y todas las posibilidades de su desarrollo integral.

A la luz de esta realidad incontrovertible es como se apreciará la significación y el sentido de la preservación de lo auténticamente nuestro, que alienta en el articulado de esta ley al establecer que las transmisiones radiales como vehículo activo y creador de cultura habrán de coincidir totalmente con la obra realizada por el Estado para difundir la educación y la cultura públicas sobre lineamientos genuinamente argentinos, sin deformaciones interesadas y mucho menos con mentiras y sofismas al servicio de mezquinos intereses internos y foráneos de minorías más o menos selectas.

Esta es la realidad, señor diputado Belnicoff, y no que en 1944 comenzó la conquista de la radio para fines políticos, como expresara el señor diputado. La extraordinaria divulgación alcanzada por la radio, y que ya había sido prevista, demandó en casi todos los países del mundo la adopción de medidas como la establecida en el artículo 13 de este proyecto, prohibiendo las transmisiones de noticias o comentarios contrarios a las leyes, a la moral o a las buenas costumbres, las que inciten a la traición contra el Estado, a la rebeldía o a la sedición contra las autoridades constituidas, las que puedan provocar la alarma pública o perturbar las actividades económicas o financieras internas, las que pudieran dañar o comprometer las relaciones internacionales del país, las que susciten polémicas o contengan expresiones injuriosas o difamatorias, o las que tengan por objeto causar perjuicio moral o material a terceros.

Reseñaré brevemente algunos antecedentes de los convenios internacionales que establecen medidas con el mismo sentido de regular, mediante normas reglamentarias, las emisiones radiotelefónicas, por cuanto con ellas se consigue garantizar el respeto del interés público internacional, la seguridad y tranquilidad de los Estados y los derechos de los ciudadanos.

El 23 de septiembre de 1936 fué suscrito en Ginebra por veintidós países, entre ellos el nuestro, el convenio internacional relativo a empleo de la radio en favor de la paz, cuya preparación estuvo a cargo del instituto internacional de la Sociedad de las Naciones. A raíz de ese acuerdo, los países contratantes deben adoptar severas medidas de contralor de la radiodifusión, para impedir transmisiones que hieran sentimientos de otros pueblos, fomentando en cambio las que intensifiquen la armonía y buenas relaciones internacionales. Ese convenio fué suscrito también por la República Oriental del Uruguay.

El acuerdo sudamericano de radiocomunicaciones en Santiago de Chile en 1940, cuyo artículo 2º compromete a los gobiernos no solamente a asegurar la empresa y origen insospechables de todas las informaciones irradiadas, sino también a evitar la transmisión de comentarios que puedan perturbar las buenas relaciones internacionales, ofender el sentimiento nacional de otros pueblos o afectar la obra de organización y consolidación de la paz, así como también todo cuanto pueda ser ofensivo a las altas autoridades representativas de la soberanía nacional. La República Argentina cumple estrictamente con esta disposición. El Acta de Chapultepec, suscrita por la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, en Méjico, en 1945, incluye la resolución número 43, relacionada con la «Orientación pacífica de los pueblos americanos», que en el artículo primero enuncia: «Los

Estados americanos procurarán por todos los medios a su alcance difundir los ideales pacíficos y el principio del respeto que mutuamente se deben, y reprimirán toda actividad o propaganda que, directa o indirectamente tienda a sembrar el odio o la separación entre sus respectivos pueblos.»

El Convenio Internacional de Telecomunicaciones, efectuado en 1947 en Atlantic City, ha establecido que los gobiernos tienen el derecho de detener todo radiotelegrama privado que «parezca peligroso para la seguridad del Estado o contrario a las leyes del país, el orden público o las buenas costumbres». Los autoriza igualmente a suspender el servicio radioeléctrico por tiempo indeterminado, ya sea de una manera general o sólo para cierta clase de comunicaciones, y a adoptar medidas que eviten la circulación de señales falsas o engañosas.

Por otra parte, en distintos congresos jurídicos internacionales quedaron sentados principios jurídicos concordantes con las prescripciones contenidas en el proyecto del Poder Ejecutivo que estamos considerando y, en especial, a la parte a que estoy haciendo referencia.

El Congreso de París de 1925 declaró: «El éter es libre, pero tal libertad no puede perturbar el orden público y la seguridad de los Estados.» En el de Roma, en 1928, se dijo: «Cada Estado, con la reserva de las convenciones internacionales que puedan ligarlo, tiene derecho a regular (esto es: autorizar, prohibir, verificar) el establecimiento y funcionamiento de todas las estaciones radioeléctricas situadas en su territorio.»

Por último, el de Bruselas, de 1936, llegó a la siguiente conclusión: «Si bien la radiodifusión puede cumplir una función de gran utilidad social, también puede constituirse, por contraposición, en un grave peligro público en razón de su instantaneidad y de su universalidad, si fuera utilizada con fines reprobables: falsas noticias; propaganda nefasta que ataque la seguridad de los Estados; campañas tendenciosas que se propongan el caos de las relaciones económicas y financieras; calumnias, injurias, difamaciones; incitaciones a la comisión de delitos», etcétera.

Estos antecedentes, que son tan sólo una pequeña parte de lo que podría mencionarse, enuncian, con toda claridad, que las medidas a que me refiero están validadas por razones de prudencia y resguardo de la tranquilidad y seguridad internas de los pueblos —de los pueblos y de los Estados—, y de respeto y consideración en las relaciones internacionales que todos los países —aunque desgraciadamente en la realidad no es así, y los ataques injustos que recibe el nuestro desde el exterior por todos los medios, inclusive la radio, lo demuestran—, que todos los países, repito, deben observar en salvaguardia de la paz y el orden universales.

La competencia del Estado para regular las actividades radiales es indudable. Yo descontaba, señor presidente, que los señores diputados de la oposición habrían de hacer hincapié en sus ya conocidos sonsonetes de la libertad, el uso de la radio para fines políticos exclusivamente para el peronismo, la prohibición de irradiar programas políticos de la oposición, etcétera, etcétera.

No creo que sea necesario exponer muchos argumentos para sostener la legítima incumbencia del Estado en el contralor de las emisiones radiotelefónicas, sean ellas de carácter político o no. Pero antes de exponer las razones internas que abonan en favor de la prohibición de la irradiación de espacios políticos, que alcanzan, contrariamente a las manifestaciones hechas, como lo voy a demostrar concluyentemente, a todas las organizaciones políticas del país —y al decir todas, incluyo al Partido Peronista—, voy a citar algunos ejemplos de la intervención y control del Estado en las transmisiones de carácter político que rigen en otros países.

En los Estados Unidos, ya lo hemos escuchado a través de la información del señor diputado Preste, la norma legal trae un principio selectivo al disponer que el micrófono puede ser cedido únicamente a un candidato calificado, agregando al referirse a las audiciones políticas que no hay obligación de permitir esta clase de transmisiones. Ya que se ha mencionado en ese aspecto por parte del señor diputado Ferrer Zanchi como modelo o ejemplo la libertad que existe para uso de los micrófonos políticos en este país, debo recordar solamente el telegrama publicado en «La Razón» del 2 de agosto de 1948, que nos anunciaba que las estaciones de radiotelefonía y televisión norteamericanas, invocando órdenes superiores, rechazaron el pedido formulado por un ex vicepresidente de la nación y candidato a la primera magistratura, el señor Henry Wallace, quien solicitaba espacio para responder el mensaje leído por el presidente ante el Congreso. Le fué negado ese espacio.

En España, en 1934, la ley sobre radiodifusión estableció en su artículo 53 que los discursos o conferencias de esa clase —se refiere a la propaganda política o confesional— deberán ser forzosamente autorizados previamente por la autoridad gubernativa, la cual ejercerá la inspección que corresponda durante la irradiación.

El reglamento para las estaciones de radiodifusión, establecido por ley del Canadá, que entró en vigor el 1º de abril de 1941, expresa en el Capítulo XXIV, artículo 22, apartado 14, que los representantes de la sociedad —se refiere a la sociedad Radio Canadá, que tiene a su cargo todo el servicio de radiodifusión— podrán exigir la presentación del material a propalar antes que cualquier propalación sea resuelta.

En Australia la ley que rige desde el 12 de junio de 1942 establece que los programas han de someterse a la aprobación del ministerio, el cual puede modificarlos si lo estima necesario. Puede asimismo prohibir determinadas emisiones.

Por su parte, el artículo 35 del decreto orgánico de la radiodifusión que rige en Venezuela desde 1937 prescribe que todas las irradiaciones de carácter político serán autorizadas con anterioridad por la autoridad gubernativa.

Y para finalizar, ya que no deseo extenderme demasiado en este aspecto, diré que en junio de 1948 el gobierno de Colombia dictó un decreto creando la Asociación Nacional de Radiodifusión, en uno de cuyos artículos ese reglamento tiene establecido que la transmisión de conferencias se hará previo permiso del ministro de Correos y Telégrafos. Y añade que los propietarios de las radioemisoras, a quienes el decreto hace responsables de todas las transmisiones, deberán revisar previamente el contenido de tales conferencias.

En nuestro país, señores diputados, durante los años pasados, cuyo recuerdo llena de suspiradas nostalgias a tantos de nuestros opositores, sin que hubiera, digo yo, el sentido de honrada valentía y de clara defensa de los intereses de la mayoría absoluta del pueblo que inspira estas medidas y a todas las que adopta el gobierno de la revolución nacional para hacer una realidad inmutable la Nación económicamente libre, políticamente soberana y socialmente justa que postula irrenunciablemente, se adoptaron innumerables medidas mucho, muchísimo más graves, porque se fundamentaban en los recíprocos odios circunstanciales que animaban a las fuerzas políticas actuantes y que eran ejercitadas alternativamente por unos u otros, según estuvieran de turno en el gobierno, odios que, dicho sea de paso, no fueron óbice para que más tarde se estrecharan todos en el insólito abrazo de la Unión Democrática.

Así, por ejemplo, el 15 de diciembre de 1933 el diputado demócrata señor Miguel Osorio denunciaba clausuras de emisoras por los gobiernos radicales diciendo, como consta en el Diario de Sesiones de esa fecha: «Quiero recordar que no es ésta la primera vez que la Dirección General de Correos y Telégrafos toma medidas contra las estaciones radioemisoras. En los años 1929-1930 —agregaba— se clausuraron distintas broadcastings por tiempo indeterminado, por haber efectuado transmisiones de carácter político que contrariaban directivas fijadas por la Dirección de Correos y Telégrafos. Y nótese —seguía diciendo el diputado Osorio— que la clausura reprimió siempre transmisiones de carácter político.»

Por otra parte, el diputado nacional Cisneros —voy a hacer la aclaración que era radical del comité nacional; no sé si ahora será del comité

de Villa María— decía en la sesión del 31 de julio y 1º de agosto de 1941...

Sr. Ferrer Zanchi. — Villa María es del comité nacional.

Sr. Atala. — Confieso mi ignorancia sobre la postura de ese ex diputado.

Decía el señor diputado de la Unión Cívica Radical: «¿Quién no recuerda que una radio de Rosario fué clausurada por ocho días por el delito de haber transmitido el mensaje que el gobernador Molinas leyó a la Legislatura de Santa Fe? ¿Es que ese gobernador estaba en oposición con quien dirigía la política de la Nación?»

Ya ve, señor presidente, que según quien estuviera en el gobierno era el uso político que hacían de la radio.

Podría continuar enumerando otros hechos que abundan en aquellas «gloriosas» épocas de la oligarquía; cuando «todo los separaba y nada los unía», se daban de palos demócratas, radicales y socialistas, clausurándose radios y diarios y ejercitándose mutuamente toda la variadísima gama de fraudes y violencias electorales.

Sr. Miel Asquía. — Y entonces el país estaba «en perfecta libertad».

Sr. Perette. — ¿Me permite una interrupción?

Sr. Atala. — No la puedo permitir porque no me ha de alcanzar el tiempo y porque, por otro lado, la Presidencia no la toleraría.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Atala. — Me felicito por estos gritos desatemplados y los agradezco, porque ellos demuestran que me están escuchando.

Decía que estas prácticas, si bien le dieron «color local» a la politiquería criolla, sirvieron para frustrar y desalentar a las masas populares en sus legítimos anhelos de alcanzar el perfeccionamiento de las prácticas democráticas. Anhelos que recién pudieron materializar en los comicios ejemplares habidos a partir del histórico 24 de febrero de 1946, sobre cuyas bases de legalidad y respeto habrán de realizarse, como se han realizado todos los demás, mientras exista peronismo para salvación de la República, es decir, por siempre jamás. Pero no he de hacerlo, señor presidente; no me voy a extender en todos estos «ilustres» ejemplos de politiquería, porque si me extendiera donde hay tanta tela para cortar, me vería apremiado por el tiempo y, en cambio, deseo ofrecer otros antecedentes.

El gobierno de la revolución procede con toda claridad e imparcialidad, respondiendo a los elevados propósitos de bien público que nadie honestamente puede negar, móviles que caracterizan toda la gestión patriótica del general Perón, tanto en lo que se refiere a la conducción de los asuntos internos como externos del Estado, confiados a su custodia y patriotismo por

una decisión popular que no admite tergiversaciones de ninguna naturaleza.

He dicho, señores diputados, que demostraría concluyentemente que las prohibiciones para el uso de los espacios radiotelefónicos para transmisiones de carácter político alcanzaban por igual a todas las fuerzas actuantes de la República.

Se ha afirmado erróneamente que se nieguen permisos a la oposición para usar las radios en audiciones proselitistas y de propaganda, mientras se conceden, en cambio, al Partido Peronista.

Sr. Alende. — Al peronismo.

Sr. Atala. — El señor diputado por Buenos Aires en una reunión de la Comisión de Presupuesto y Hacienda al solicitar una información estadística dijo Partido Peronista. Veo ahora que se ha curado en salud y dice peronismo. El señor diputado confunde: hace referencia a lo que tiene conexión directa con una doctrina que es nacional y sobre la cual existe una ley de la Nación. Para su conocimiento esa difusión se hace quieran o no lo quieran los señores diputados. (Aplausos.) El Partido Peronista no usa las radios.

En resumen, las disposiciones existentes sobre esta materia no han sido invento del gobierno peronista. Lo único que se ha hecho ha sido poner en vigencia el artículo 105 del Reglamento de Radiocomunicaciones del 3 de mayo de 1933 que establece en su parte pertinente: «Queda prohibido transmitir sin autorización escrita de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones las conferencias, disertaciones y propaganda que tuviesen un carácter políticosociológico, cualquiera sea su finalidad.» Esto, que establece el reglamento mencionado del año 1933, es lo que la Unión Cívica Radical no ha querido cumplir últimamente, o sea complacer la exigencia que establece dicho reglamento de que se pasen previamente por escrito los discursos.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Alende. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. Atala. — Hablo en nombre de mi sector, y como quisiera terminar mi pensamiento, le pido que me disculpe y trate de emitir luego su opinión.

Existen numerosos antecedentes en que fueron denegadas autorizaciones para hacer uso de las radios en todo el país a los representantes y organizaciones del Partido Peronista y, a guisa de ejemplo, citaré algunos casos.

El 1º de diciembre de 1949, por servicio telegráfico número 66/52, el Bureau de Difusión del Partido Peronista solicitó autorización para irradiar un programa político por la emisora LV5 de San Juan, contestándosele, con un

despacho número 384/14 de la misma fecha, lo siguiente: «Su 66/52 de hoy notifique Bureau Partido Peronista no se autoriza transmisión política conforme disposiciones superior gobierno.»

El 6 de diciembre del mismo año el presidente del Consejo Superior del Partido Peronista, contraalmirante don Alberto Teisairé cursó al señor ministro de Comunicaciones un despacho telegráfico 356/61, requiriendo autorización para irradiar por las emisoras LV1 y LV5 de San Juan el acto de proclamación de los candidatos de la agrupación a gobernador y vicegobernador de dicho Estado, concebido en los siguientes términos: «Tengo el agrado de dirigirme al señor ministro solicitando autorización correspondiente para irradiar por las emisoras locales LV1 Radio Colón y LV5 Radio Los Andes acto proclamación candidatos Partido Peronista el día 8 del corriente a las 19 horas.»

—Ocupa la Presidencia la señora vicepresidente 1ª de la Honorable Cámara, doña Delia D. Degliuomini de Parodi.

Sr. Atala. — Esa solicitud fué denegada. Igualmente no se autorizó...

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Atala. — Cuando el pueblo se convenza de que la Unión Cívica Radical tiene un hombre de los quilates de Perón, entonces sí podrá hablar, a través del ciudadano que ocupe la Presidencia de la República en representación de esa agrupación.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Atala. — Igualmente no se autorizó la transmisión de propaganda sobre las elecciones internas del Partido Peronista a través de la estación LU6 Radio Atlántica, cuyo permiso se solicitó por telegrama 3.180, del 7 de diciembre de 1949.

Idéntica respuesta obtuvo una cuestión promovida por la delegada censista del Partido Peronista Femenino, señora Angela Orozco de Avendaño, para difundir por las emisoras de Rosario el acto inaugural de la sede partidaria de la citada ciudad. Asimismo fueron negados permisos al Partido Peronista Femenino de San Salvador (Jujuy) para transmitir un ciclo de audiciones por intermedio de la estación LW8; para efectuar la proclamación de los candidatos del Partido Peronista en febrero de 1950 por las emisoras LV13 y LV15 de San Luis, etcétera. Existen numerosas comprobaciones debidamente documentadas en el sentido expuesto, cuya exposición ahorraré estimando que con los ejemplos dados se ilustra perfectamente mi afirmación. Todas ellas de-

muestran concretamente que la prescindencia radial en las actividades proselitistas políticas ha sido igual para todos los partidos políticos, y no, como se ha afirmado maliciosamente, excluyente para el Partido Peronista. Y más, señora presidenta: yo he sido, sin querer, testigo directo de cómo esas disposiciones son cumplidas como lo manda y establece estrictamente la reglamentación pertinente.

Hace pocos meses, una colectividad de Córdoba solicitó permiso para irradiar por las emisoras locales mi conferencia sobre el segundo Plan Quinquenal pronunciada en el teatro General San Martín. Ese permiso fué denegado por entenderse que en mi disertación había apreciaciones de orden político, como así era efectivamente.

Sr. Latella Frías. — El señor diputado debe andar muy mal con Lucini. (Risas.)

Sr. Atala. — Estoy hablando del gobierno de la Nación. Con el gobernador de Córdoba me une la solidaridad partidaria que corresponde, y el señor diputado no tendrá el gusto de ver en nosotros el eterno problema de la Unión Cívica Radical, que mejor es no meneallo.

El gobierno de la revolución nacional no ha tomado nunca ninguna medida grave para sancionar estaciones que hayan transmitido audiciones de carácter político, como ha ocurrido en nuestro país y en otros del continente.

Durante la campaña política de 1946 he tenido ocasión de escuchar propalaciones proselitistas de la Unión Cívica Radical irradiadas por emisoras de Córdoba, y si esas audiciones no eran más frecuentes era debido a que las autoridades partidarias consideraban más efectivo invertir el dinero en otra clase de propaganda en lugar de emplear la radio para ello. Y esta circunstancia no fué motivo ni para que se prohibieran las transmisiones ni para que se sancionara a la estación que las propaló, como ocurrió en los casos que acabo de citar.

Tampoco durante el gobierno del general Perón se ha dado el caso de que ninguna estación radioemisora fuera clausurada, como ocurrió con la estación «Mil Diez», de La Habana, medida que fué protestada por su presidente ante la Primera Asamblea Interamericana de Radiodifusores llevada a cabo en la ciudad de Buenos Aires en julio del año 1948, con el telegrama siguiente — cuya copia fotográfica tengo sobre mi banca — que dice textualmente: «Primera Asamblea Interamericana de Radiodifusores. Baires. Pedimos esta asamblea proteste ante gobierno cubano arbitraria clausura y confiscación emisora «Mil Diez» miembro Federación Radioemisores de Cuba, por constituir atentado libre emisión pensamiento. Joaquín Ordoqui, presidente Radio «Mil Diez». Esta asamblea, que deliberó con toda tranquilidad al amparo de la hospitalidad argentina, y que sin embargo tuvo expresiones injustas y descomedidas para el gobierno y la radiofonía ar-

gentinos, en «defensa de la libre emisión del pensamiento», no solamente no accedió a lo solicitado por el denunciante, sino que ni siquiera hizo pública la denuncia que acabo de leer. Así actuaba, en defensa de la libertad de expresión del pensamiento, esta asamblea zarandeada tan gustosamente por los señores diputados de la minoría.

No dudo de que para el sector de la mayoría no diré nada nuevo al afirmar que descontaba la disidencia total con que la minoría ha enfocado la consideración del proyecto de ley remitido por el Poder Ejecutivo. Pero, a título personal discrepo un poco con mis colegas de sector en cuanto a la interpretación de esa actitud se refiere.

No hay duda de que con su postura firme e inalterable, con su tesitura de oposición decidida e inmutable, imperturbable e impertérrita a todos y a todo, la bancada de la minoría está rindiendo un inestimable servicio a la opinión pública argentina, supremo juez en la vida ciudadana, que al final será la que juzgue a los hombres y a las agrupaciones cívicas que representan en esta inquietante Cámara joven.

¿Que los diputados peronistas no lleguen a precisar el alcance y la importancia que tiene la política opositora instaurada desde las bancas de la minoría y acaso amasado en el silencio de los despachos dirigentes de su partido político? ¡Es lógico, señores diputados! ¿Que les resulte por demás inexplicable y hasta un poco desconcertante una modalidad tan persistente frente a los serios problemas que deben debatirse en beneficio del país? ¡Es natural, señora presidenta!

Resulta tan apasionante y subyugador buscar en lo más recóndito el misterio de la postura opositora, que no puedo resistir a la tentación de entrar a bucear en ese subsuelo oscuro en busca del meollo del problema, para exhibir las raíces de las que arranca la política opositora de la Unión Cívica Radical al movimiento revolucionario peronista.

Cuando la mayoría del pueblo argentino, de ese pueblo que integran los trabajadores, silenciosos y anónimos forjadores de la grandeza nacional, consubstanciados con el espíritu de la revolución del 4 de junio, unió su suerte y su destino un 17 de octubre con el entonces coronel Perón, algunos dirigentes políticos del Partido Radical, olvidándose que se trataba del mismo pueblo, de los mismos hermanos argentinos que ensalzaron y abrazaron en las campañas políticas y al que prometían mejor standard de vida para su dignificación material y moral, olvidándose de que con muchísimos de ellos habían compartido «democráticamente» un trozo de asado o una empanada de comité, en la procura o en la búsqueda del voto que los llevara a la función pública como «langosteros» o como ministros; muchos de esos hombres, en-

troncados a pesar de su filiación pública, con la oligarquía, no vacilaron en buscar alianzas con los genuinos representantes de la mistificación de lo nacional, con los maestros del fraude y del escarnio popular, con los mandados por un extranjero cuyo nombre es y será siempre sinónimo de felonía y desvergüenza, para formar un frente opositor, cuya misión fué la de injuriar a ese pueblo y a su conductor.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Atala. — Triunfa Perón; y triunfa democráticamente, libremente, por la voluntad del pueblo que usa conscientemente las armas de la ley electoral de Sáenz Peña, la ley que motivara los ataques de un ex diputado conservador de mi provincia en este mismo recinto y que arrancara las melancólicas e indignadas expresiones de un ex ministro radical impersonalista tan conocidas y significativas: «La encrucijada siniestra del cuarto oscuro.»

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Atala. — Triunfa el auténtico pueblo en comicios inobjectables, siguiendo a Perón, en quien intuye la Nación justa, libre y soberana de sus ensueños.

Las páginas de nuestra historia, mancilladas con los episodios amargos y trágicos de la entrega, la sumisión y el vasallaje, sienten palpar el mismo espíritu multitudinario que le dió razón de ser en 1810; se siente latir cálida y emocionadamente la recia voluntad popular, secundando a su líder en la tarea atrevida y sin par de la reparación y la redención nacional, de la recuperación de todo lo nuestro y de la extirpación definitiva de los privilegios y las rapiñas del colonialismo y del imperialismo corrompido y corruptor.

Y comienza la marcha de la revolución nacional, triunfante integralmente por primera vez en la historia; se rescatan los ferrocarriles, los transportes marítimos y aéreos, las comunicaciones y todos los demás servicios públicos de las manos de empresas extranjeras; se devuelven al pueblo sus derechos humanos y cívicos conculcados; se restablece el imperio de la ley, el orden y el trabajo; en todo el ámbito del país el pueblo vive en la plenitud de sus fuerzas, la existencia ordenada y fecunda propia de un pueblo feliz y digno en marcha hacia su completa liberación... Mas ¿para qué proseguir la enumeración de tantas y tan trascendentes obras de la revolución de Perón?

Preguntémonos, entonces, frente a ellas: ¿qué posición ha adoptado la oposición? La respuesta es evidente, conocida la desviación operada en los últimos años: oposición a todo, a todo cuanto provenga de Perón en función de cum-

plir lo que el pueblo quiere; oposición a las mismas obras que antaño propugnaban verbalmente o desde los «programas» de vísperas electorales; oposición a todas las demás muchísimas obras planteadas por Perón y su gran movimiento popular; oposición cerrada, indiscriminada, violenta, verbalista y estéril. Lo mismo que ayer era bueno, hoy es malo porque lo hace Perón; lo que antes querían que se hiciese, ahora no lo quieren, porque es Perón y el pueblo de Perón el que lo hace. Por eso sostengo que rinden un inestimable servicio a la opinión pública, pues ella, observando esa conducta, en todos los comicios se decide sin vacilar por Perón.

Por ejemplo, nosotros queremos en estos momentos una radiotelefonía argentina que cuente con su ley reglamentaria, ya que, como decía el ex diputado radical del Comité Nacional doctor Carlos E. Cisneros, en la sesión del día 31 de julio de 1941, al hacer un llamado «a los compañeros de la Cámara de Diputados para que de una vez por todas salga la ley reglamentaria de la radiodifusión», agregando: «Lo necesita y lo reclama la cultura del país; lo necesita y lo reclama en este momento la unidad espiritual de la Argentina, y mientras no se haga, estaremos nosotros inutilizando un poderoso instrumento de civilización.» Nosotros queremos utilizar este poderoso instrumento de civilización en la tarea de elevar el nivel moral e intelectual del pueblo, en formar y consolidar la unidad espiritual de la Nación, en fomentar y jerarquizar los valores y motivos tradicionales, artísticos y culturales en todo el territorio nacional, etcétera, dándole a la radiofonía argentina de una vez por todas, la ley que eche por tierra las resoluciones y decretos a que nos tenían acostumbrados cada partido político que llegaba al poder y que así pretendía levantar una valla infranqueable a las actividades de la fuerza en ese momento antagónica.

Esta ley complace, por cierto, las aspiraciones que en 1941 tenía el señor diputado Fassi, como el anhelo y como programa rector de las actividades o funciones de las «broadcastings», sosteniendo en el debate promovido el 8 de agosto de aquel año, que la radio debía dedicarse «al estudio de la historia de las instituciones representativas, a la larga lucha librada en nuestro medio, en la República Argentina, por la libertad y la organización nacional, y bajo el régimen representativo, republicano de gobierno». «Género de vida —agregaba— con el que estamos connaturalizados los argentinos y que tiene su expresión en las declaraciones, derechos y garantías establecidos por la Constitución Nacional.»

Comparto sin reservas tales objetivos sanamente inspirados en una limpia y honesta interpretación de patria y democracia, y en un cabal sentido de nuestra vida nacional; pero tendrá que admitir el señor diputado Fassi, que

nos asiste el derecho —más que el derecho, la obligación permanente y el deber irrenunciable— de ajustarnos para lograr el cumplimiento de los mismos anhelos expresados en aquella ocasión por el señor diputado, a las declaraciones, derechos y garantías establecidos por la Constitución Nacional de 1949 que, por imperio de la mayoría del pueblo argentino, es la Carta Magna que rige para todos los habitantes de este suelo y a la que hemos jurado respetar y defender, so pena de que nos juzgue la posteridad como apóstatas, falsarios o perjuros.

Esta ley, señora presidenta, como surge de la lectura de su texto, de las razones enunciadas en el mensaje del Poder Ejecutivo y de las manifestaciones efectuadas en este debate por la bancada de la mayoría, permitirá la obtención de numerosas ventajas. En el orden técnico, al cubrir en forma efectiva toda la extensión física del país con un servicio regular, eficaz y permanente, al ordenar y distribuir en forma racional las frecuencias radioeléctricas utilizadas por estos servicios, como así también al coordinar los distintos sistemas técnicos para llegar a la perfecta regulación de las transmisiones en todo el territorio, al mejorar las estaciones transmisoras de acuerdo con los adelantos de la técnica radioeléctrica, y al crear institutos de investigaciones radiotécnicas y de preparación de personal especializado en radiodifusión. En el orden económico, el establecer bases de economía, racionalización y centralización de los gastos de explotación, con lo que quedará un margen mayor para invertir en programas de superior calidad y mejoras técnicas en las instalaciones, racionalizando la propaganda comercial, facilitando la aplicación equitativa de las reglamentaciones sobre trabajo, sueldos, salarios, escalafones, etcétera, en las radios, y al asegurar el contralor por parte del Estado del desenvolvimiento económico de las empresas.

En el orden administrativo, con la unidad y simplificación de la acción rectora y orientadora a cargo del Estado, la estabilidad económica de las empresas al acordarse un término de veinte años para la explotación de cada red, con lo que se benefician todos los aspectos del servicio, técnicos y artísticos, y con la mayor eficiencia en la dirección y administración del conjunto de emisoras, evitándose toda dispersión de esfuerzos.

Y por último, señora presidenta, en el orden cultural, propendiendo a la jerarquización, variedad, seriedad y amenidad cultural y artística de las transmisiones, la diversificación y coordinación de los programas por las tres redes privadas, evitando superposiciones y esfuerzos económicos innecesarios, con la reversibilidad de los programas entre las estaciones de la capital con las del interior del país, con la colaboración con el Estado en las transmi-

siones de excepcional interés nacional, todo lo cual permitirá la consolidación de la unidad espiritual de la Nación mediante una acción de conjunto inteligente, racional y justa.

Bien, señora presidenta: permítaseme agregar unas pocas palabras más para terminar. Esta ley es el fruto de largos años de experiencia en la materia; representa la materialización de los anhelos hechos públicos en este recinto en muchas oportunidades y los expresados por todos cuantos, por un motivo u otro, tienen que ver con las actividades específicas de la radiofonía; será un instrumento legal que asegure el desarrollo normal y justo de una actividad de singular importancia para el logro de los altos fines de perfeccionamiento de la vida nacional que inspira al gobierno y a todos los argentinos. Nos dará una radiotelefonía argentina respetuosa de los derechos de nuestro pueblo, al servicio de su accionar permanente por los senderos de la civilización, el progreso y el bienestar espiritual y material, y, en síntesis, contribuirá a alcanzar los ideales de trabajo, de paz, de libertad, de perfección moral e intelectual y de tranquila y respetuosa convivencia interna y externa que animan al pueblo argentino y que constituyen los rasgos salientes de su personalidad nacional, de esa personalidad que estamos tan orgullosos y por cuyo completo desarrollo luchamos tan confiada y apasionadamente, en esta hora de las grandes y fundamentales transformaciones, en esta nueva Argentina que mira y avanza hacia la consumación de su destino insigne, con la serenidad majestuosa, la firmeza inalterable y la dignidad inalienable de sus supremas decisiones.

Porque es así; hubiera deseado, señora presidenta, que en su sanción se contara con los votos de todos los señores diputados, salvando acaso las pequeñas divergencias de forma que se encontraran en el común anhelo de dar al país esta ley por largo tiempo reclamada en vano; de todo corazón deseaba que en esta ley, por tantas y tan fundadas razones trascendentes para nuestro pueblo, convergieran las decisiones de toda la Cámara, aunada en la coincidencia de bien público, que es la única coincidencia que nos interesa, que debe interesarnos a todos por igual si respondemos lealmente al mandato que hemos recibido de nuestro pueblo; he deseado con profunda sinceridad, que en esta oportunidad al menos, ya que por los motivos conocidos no ha sido posible al considerarse otros asuntos, que por su igual o mayor trascendencia y significación para la vida y el porvenir de la patria, contar con la patriótica unanimidad de la Cámara; hubiera deseado, señora presidenta, que los señores diputados de la minoría se apartaran del plan de oposición a todo trance y demostraran al país su capacidad para sobreponerse a las pequeñas

—son siempre pequeñas frente a los grandes problemas de la Nación— pasiones partidistas y de sumarse a la mayoría argentina en la sanción de las leyes que hacen a la tranquilidad, bienestar y felicidad del pueblo y a la grandeza de la Nación. Más no ha sido así como ha quedado demostrado una vez más en este debate, y lo lamento sinceramente.

Somos una mayoría incuestionablemente legítima y representamos y estamos absolutamente identificados con los grandes y permanentes ideales de la nacionalidad. Para llevar a cabo las altas finalidades que postula nuestro movimiento en función de gobierno, no necesitamos más sufragios. Pero en nuestro anhelo de integrar un pueblo sólidamente unido frente a los grandes problemas que aun quedan por resolver, y sobre todo unido para trabajar en paz y concordia fraternal en la consolidación de esta Nación justa, libre y soberana que estamos construyendo, y en cuya tarea ningún argentino habrá de encontrar limpias razones para negar o eludir su concurso, deseamos con patriótica comprensión la intervención de todos, sin que ello implique otra cosa que un honrado cumplimiento del deber de argentinos por encima de los partidos políticos y, es más, sin apartarse de la respectiva posición partidaria que por cualquier circunstancia o motivo se haya elegido.

Ustedes, señores diputados de la minoría, tienen sobre sí una inmensa responsabilidad. Consecuentes con la trayectoria y la razón de ser del partido a que pertenecen, que en su oportunidad representó los sentimientos y las aspiraciones de la mayoría del pueblo argentino, deben responder a los reclamos de este pueblo que hoy sólo quiere trabajar en paz y en orden y desarrollar las inmensas posibilidades de sus reservas morales, espirituales y materiales; que sólo quiere consolidar su independencia económica, para asegurar la justicia social y mantener su soberanía política.

Por eso, como una honesta expresión personal, a la que sin duda adherirán todos cuantos sienten como yo los premios reclamos de la patria y del pueblo y de esta nueva Argentina que hoy se levanta a la faz de la tierra en la plenitud de su soberanía, de su libertad y de su dignidad, les digo, una vez más, la patriótica exhortación, de noble inspiración y de ardiente patriotismo, que dirigiera el excelentísimo señor presidente de la República y conductor del pueblo argentino hacia sus soñados destinos, al concluirse aquí la lectura del segundo Plan Quinquenal: «Por esa razón, desde este recinto, por muchas causas augusto dentro del régimen argentino, yo hago un nuevo llamado a todos aquellos que se sienten opositores a nuestro gobierno, para que, en vez de ser opositores destructivos de la nacionalidad, sean opositores constructivos. Para que en esta hora que vive

el país, de gran responsabilidad para todos sus ciudadanos, no estén más ausentes cuando nosotros estamos alabando en el nombre de la patria nuestro deber y la satisfacción de ponernos a realizarlo; para que en el futuro, entre los argentinos haya siempre diferentes ideas y maneras de pensar en todos los puntos que sean compatibles, pero jamás diferentes maneras de pensar y sentir cuando se trata de la felicidad del pueblo argentino y de la grandeza de la Nación.» (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Para una moción de orden tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Gómez. — Hago indicación que se cierre el debate.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar la moción de que se cierre el debate, formulada por el señor diputado por Salta.

—Resulta afirmativa de 89 votos; votan 98 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar en general el proyecto de ley sobre organización de los servicios de radio-difusión.

Sr. Ferrer Zanchi. — Hago indicación de que la votación sea nominal.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — La Presidencia desea saber si está suficientemente apoyado el pedido de votación nominal.

—Resulta suficientemente apoyado.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar nominalmente.

—Se practica la votación nominal.

Sr. Prosecretario (Pardo). — Han votado 99 señores diputados por la afirmativa y 12 por la negativa.

—Votan por la afirmativa los señores diputados Acosta, Agüero, Albarellos, Alonso, Alvarez, Arias, Atala, Balbi, Bidegain, Brizuela, Cantore, Carballido, Carena, Carrizo, Caviglia de Boeykens, Clement, Chalup, Dacunda, Da Rocha, Degreef, Deimundo, del Río, De Prisco, Diskin, D'Jorge, Domínguez (C. J.), Domínguez (R.), Dus-saut, Fernández (E.), Fernández (H. S.), Flores, Fontana, Forteza, Gaeta de Iturbe, Gago, García, Gianola, Gobello, Goitia, Gómez, Gomis, González (A. F.), González (S.), González (V.), Grama, Gro, Hermida, Idománico, Labanca, Lanfossi, Lannes, Loguercio, López (P.), López (P. G.), Luna,

Macabate, Macri, Maestro, Martínez, Merlo, Miel Asquía, Miguel de Tubio, Moreno, Moreschi, Moya, Ordóñez Pardal, Orlandi, Ose-lla Muñoz, Otero, Pallanza, Parino, Paz, Pellerano, Pérez Otero, Pericás, Picerno, Posada, Pracánico, Preste, Quevedo, Rinaldi, Rocamora, Rodríguez (M. F.), Rodríguez de Copa, Rumbo, Sáinz, Salaber, Salvo, Scandone, Siboldi, Spachessi, Tejada (B. M.), Tejada (M. U.), Tesorieri, Tofanelli, Tommasi, Ulloa, Villafañe, Villa Maciel y Zerega.

—Votan por la negativa los señores diputados Alende, Belnicoff, Fassi, Ferrer Zanchi, Gallo, Marcó, Nudelman, Perette, Rabanal, Ravignani, Santucho y Weidmann.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — En consideración en particular.

Por Secretaría se dará lectura del artículo 1º.

Sr. Preste. — Hago indicación de que se suprima la lectura del texto de los artículos, porque todos los señores diputados tienen en sus bancas la orden del día impresa; y propongo que el proyecto se considere y se vote por títulos.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se prescindirá de la lectura del texto de los artículos y se hará la votación por títulos.

Está en consideración el título I, artículo 1º. Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Nudelman. — Por el artículo 1º del proyecto se establece que será considerado servicio de radiodifusión aquel que, mediante emisiones sonoras o visuales, transmita directamente al público en general programas culturales, educativos, artísticos, informativos y de entretenimiento que respondan al interés general. El proyecto como se ve incluye todas las manifestaciones de la radiodifusión, tanto desde el punto de vista sonoro, como visual o de televisión.

Se dice que es un servicio de interés público pero en realidad se convierte la radiodifusión en un servicio subordinado en todos sus aspectos a la disciplina estatal. La radiodifusión es un instrumento técnico mecánico de difusión de ideas, conceptos y opiniones, un servicio para la difusión y circulación de obras intelectuales, por lo que en una democracia debe ser administrado democráticamente.

Aceptamos que la radiodifusión debe ser controlada por el Estado en el aspecto técnico, para evitar la superposición de ondas, las interferencias, las perturbaciones y las distorsiones y en aquel aspecto en que comprometa fundamentalmente la defensa del país y la cultura y paz interna. Pero la radiodifusión censurada, some-

tida, controlada o realizada en forma exclusiva por el Estado es contraria a la libertad que debe regir la vida de un país democrático.

Es indiscutible que la libertad completa en materia de radiodifusión podría traer aparejado desorden técnico, porque la longitud de onda es limitada y cada emisor debe fijar lo que a él corresponde, tratando de evitar su modificación arbitrariamente. Por ello, aun los que creemos en la más amplia libertad de pensamiento y somos sus defensores denodados, consideramos indispensable que el Estado adjudique las estaciones emisoras, esto es, controle el aspecto técnico de la radiodifusión evitando las interferencias, la piratería y la superposición de ondas, pero siempre que eso no signifique directa o indirectamente la censura previa o el control sobre el contenido intelectual de las transmisiones.

Salvo esos controles el éter debe ser libre, así como la circulación de onda. Nadie puede pretender el ejercicio del derecho absoluto o exclusivo de la propiedad o posesión privada sobre el éter, elemento inmaterial e imperceptible. No es de aplicación en este caso el artículo 2.518 del Código Civil. Sólo puede pretenderse un derecho de uso, aunque no exclusivo, que permita la transmisión y reproducción de otras ondas emitidas por otros transmisores.

Mucho se discute sobre si la radiotelefonía es o no un servicio público.

Al acordar licencia radiotelefónica debe cuidarse de no coartar la libertad de expresión, ya que, como hemos dicho, es también un medio técnico de difusión de obras de arte y de ciencias, esto es, de obras intelectuales. Según resulta del artículo 50 de la ley 11.723, sobre propiedad intelectual, los únicos que de acuerdo con el artículo 2º pueden disponer de esas obras intelectuales en su aspecto integral son los autores o derechohabientes, y en su difusión, además de los autores, tienen cierto derecho los artistas ejecutantes (artículos 56 de la ley y 35 del decreto reglamentario del 3 de mayo de 1934).

En la revista especializada «Le Droit d'auteur» editada en Berna, del 15 de mayo de 1953, aparece una nota de Valerio de Sanctis, autoridad reconocida mundialmente en materia de derecho intelectual, donde se sostiene que: «Los autores y en general todos aquellos que están directamente interesados en los problemas de televisión, se preocupan en Italia de los peligros que puede traerles —desde el punto de vista económico y artístico— el hecho de que la televisión sea monopolizada a título de servicio público por un solo organismo, que al igual dirige los servicios de la radiodifusión.»

Hay que cuidar, planificar el arte. Ningún sistema democrático lo justifica. Aun los que propician la planificación industrial y técnica —laborismo inglés, por ejemplo— consideran que el Estado no debe intervenir en la creación

de las obras intelectuales para restringir o limitar la emisión de ideas o la creación de belleza, porque sería un atentado contra la libertad creadora y contra la democracia. Los libros, los discos, las películas, son medios de fijar, exteriorizar y difundir obras del pensamiento. La técnica, la industria y el comercio que intervienen en su elaboración y difusión, sólo son instrumentos de aquéllos.

No obstante los poderosos capitales que se invierten, no obstante la influencia que ejercen sobre el público, no obstante el interés que se despierta y acaso las perturbaciones que en la opinión pública pueden producirse, hay que asegurar dentro de límites legítimos la libre expresión de las ideas y de la belleza, porque ella es indispensable para el debido desarrollo humano, independientemente de los problemas económicos que originan los medios materiales necesarios para ella y de los problemas técnicos que se deban resolver para que la difusión sea más amplia y eficiente.

La planificación intelectual no permite descubrir las manifestaciones originales del espíritu y del arte, porque es imposible planificar lo desconocido. La cultura artística tiene mucho de espontáneo y no puede ser orientada con fines de proselitismo político. No en balde ha dicho Bernard Shaw que Shakespeare no es un producto que pueda fabricarse. Se produce como se produce un acontecimiento.

Es imposible la norma en el genio creador. Es absurdo pretender uniformar el pensamiento. Eso no se maneja por decreto. Surge espontáneamente de las necesidades humanas y de la cooperación social. Nadie pudo ordenar a los hombres las primeras herramientas, servirse del fuego, inventar el telescopio o la máquina de vapor.

El fin último de la actividad humana es de índole espiritual. La plenitud de vida es cosa del intelecto, lo son también sus ideas y sus ideales. La cultura y el conocimiento, son medios para lograr la plenitud espiritual. Solaz del alma y antídoto contra la reacción y el despotismo. El fin de la educación es servir caminos de existencia más íntima y más profunda. No basta una educación formal. Es indispensable un conocimiento más adecuado de la vida, de la realidad y de sus problemas. Eso es signo de progreso y de mejoramiento individual y colectivo. Sin ideas, sin convicciones, sin creencias el hombre es un autómata animal, que sólo tiene existencia instintiva y material.

A este respecto lo esencial del artículo 1º del proyecto es que se comprometen los artículos 23 y 26 de la Constitución de 1949, que son idénticos a los artículos 14 y 32 de la Constitución de 1853.

Sr. Arias. — El señor diputado por la Capital se está apartando del tema que se debate.

Sr. Miel Asquía. — Está hablando como si se estuviera considerando el proyecto en general.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — La Presidencia invita al señor diputado por la Capital a circunscribirse al tema en discusión.

Sr. Nudelman. — Estoy hablando del artículo 1º del proyecto, que se refiere a la difusión de los programas culturales, educativos y artísticos. Sobre estos aspectos hablo en nombre de nuestro bloque.

Insisto en que el principio de la libertad de prensa, identificado a la libertad de expresión, de difusión y circulación de ideas, está consagrado por la Carta del Atlántico; por la declaración conjunta de las Naciones Unidas; por el Acta de Chapultepec y la Carta de las Naciones Unidas, que son leyes de la Nación; por la Unesco; por la Conferencia Internacional de Información de Ginebra de 1948; por la Primera Carta Internacional de los Derechos Humanos, y por la Carta de las Naciones Americanas. No obstante las limitaciones aceptadas, no se debe restringir la cantidad de estaciones emisoras ni adjudicar todas las ondas a unos pocos. En materia de radio, lo mismo que para el caso de la prensa o el cine, no puede aceptarse —repito— la censura previa.

Eliel C. Ballester, en un artículo sobre «radiodifusión paralela con la prensa», que apareció en «Jurisprudencia Argentina», en 1949, dice que «la radio no constituye un servicio público y no debe ser monopolizada por el Estado. Las normas que rigen la libre emisión del pensamiento rigen con igual extensión e intensidad cuando el medio empleado es la radiotelefonía». Coincide en esto con Manuel María Diez en su libro *Servicio público de radiodifusión*.

No se debe olvidar tampoco que según el artículo 39, capítulo IV, apartado 5º de la Constitución Nacional, «el Estado protege y fomenta el desarrollo de las ciencias y de las bellas artes, cuyo ejercicio es libre».

Por otra parte, en relación con el artículo 1º, el artículo 15 del proyecto de ley que considera la Cámara, al eximir de gravámenes nacionales, provinciales y municipales a los permisionarios, compromete el principio de igualdad ante la ley y de las cargas públicas.

Pero el problema fundamental es que se trate en sesión de traspasada...

Sr. Miel Asquía. — ¿Entonces, para qué habla como si estuviéramos en una discusión en general?

—Varios señores diputados hablan simultáneamente.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — La Presidencia ruega al señor diputado por la Capital que se concrete al artículo 1º.

Sr. Nudelman. — A él me estoy refiriendo, señora presidenta.

...este monopolio que se pretende consagrar

en favor de allegados, sin duda, después de haber obtenido en la etapa previa el monopolio del control absoluto de la opinión pública, al adquirir las radios con los dineros del Estado...

Sr. Atala. — El señor diputado no se está refiriendo al artículo en debate: que se vote...

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — A pedido de varios señores diputados, se va a votar si el señor diputado por la Capital está en la cuestión en debate.

—Resulta negativa de 71 votos; votan 86 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. González (A. F.). — Señora presidenta: el artículo 1º, que a los efectos de esta ley define el servicio de radiodifusión, está de acuerdo con lo que prescribe el Convenio Internacional de Telecomunicaciones suscrito en Atlantic City —Estados Unidos— en 1947, cuyas disposiciones tienen fuerza legal en la República Argentina, ya que fué ratificado por la ley 13.528 y constituye la norma internacional que rige estas cuestiones.

En la actualidad, la actividad radiotelefónica ha llegado a un grado de perfeccionamiento que le permite realizar actos íntimamente vinculados con la acción cultural, educativa, económica y social del Estado, y coadyuvar con los fines que éste debe cumplir. La particularidad del servicio exige que exista un instrumento legal que, fundamentándose en la soberanía del espacio etéreo, especifique las características del régimen funcional que cumpla una doble misión: beneficiar los intereses materiales y espirituales del pueblo y asegurar la obtención de los fines que resguardan los superiores intereses de la Nación.

Puede observarse que este artículo 1º es conforme con la orientación internacional en esta materia y ya se contemplaba en el Reglamento General de Radiocomunicaciones y en los proyectos de 1941 y 1944, pero adecuados sus preceptos a la realidad del pueblo argentino.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Hermida. — Hago indicación de que se cierre el debate sobre el artículo en discusión.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar la moción del señor diputado por Buenos Aires.

—Resulta afirmativa de 67 votos; votan 84 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar el título I, artículo 1º.

—Resultado afirmativa de 75 votos; votan 86 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — En consideración el título II.

Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Fassi. — Lamentablemente, señora presidenta, no pude intervenir en el debate en general del proyecto que estamos considerando, lo que no me autoriza para utilizar la discusión en particular, a fin de enunciar los conceptos que debían ser motivo de aquel debate. Me he de ceñir, pues, fragmentando mi exposición, a la materia de cada uno de los títulos que se van a tratar.

En el título II se enuncia como materia del mismo: «Servicio de explotación privada». En los cuatro artículos que forman este título están contenidas las cuestiones esenciales a los efectos del régimen futuro de la radiodifusión en la Argentina, y surge del contexto de estas disposiciones que el servicio de radiodifusión será prestado por tres cadenas privadas y por una del Estado.

Sorprende que en disposiciones tan prolijas, como las que forman este título, no encontremos en la letra de la ley el enunciado que exprese cuál es la naturaleza jurídica de la institución que estamos normando.

No obstante haber enunciado el señor diputado preopinante, con tanta exactitud, cuáles son los compromisos internacionales de la República, indudablemente ellos han dejado un amplio margen para el arbitrio de cada una de las naciones signatarias, porque al establecer que se trata de un servicio de interés público permiten que esta institución se regule dejándola dentro de la órbita privada o convirtiéndola en un servicio público, porque todo servicio de interés público puede convertirse en un servicio público, y tal es, en la materia, la tradición argentina.

¿Por qué es que a lo largo de este proyecto no se dice nunca que tanto la red pública como las redes privadas de radiodifusión van a cumplir un servicio público? ¿Por qué es que con respecto a los que van a recibir esta llamada licencia del Estado se los califica con los términos nada técnicos ni científicos de «titulares de licencia» y «permisionarios»? Sencillamente porque el régimen de clandestinidad en que ha vivido la radiodifusión desde el año 1948 ni siquiera se va a disipar totalmente con este proyecto, que trata de encubrir, poniendo una cortina de humo en cuanto a la naturaleza de la institución, para que no descubramos su esencia, a pesar de que ella surge de toda la economía de la ley.

Se trata, ni más ni menos, que de la concesión de un servicio público, puesto que el servicio de radiodifusión tiene todos los caracteres de un servicio público, no sólo en

cuanto al fin, que es la satisfacción de una necesidad de interés general; no sólo en cuanto a las personas, cuales son, por una parte, el Estado y, por otra, particulares por delegación del Estado; no sólo en cuanto a la manera de prestarlo, que hace llegar las transmisiones al público en general, sino también por el régimen que lo regula, que es un régimen especial.

Pero aquí los redactores de la ley, y el Poder Ejecutivo que la propicia, se encontraron con un obstáculo para colocar la ley en su verdadera ubicación jurídica. Ese obstáculo es la Constitución reformada en 1949, cuyo artículo 40 es terminante. No valdría la pena leerlo, pero tanto se olvida la reforma de la Constitución que voy a hacerlo: «Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación.»

Si este es un servicio público por su naturaleza jurídica y por su regulación, la mayoría de la Cámara, al aprobar el proyecto que estamos considerando, está violando la Constitución de 1949.

El señor diputado por Córdoba me ha hecho el honor de dar en su exposición hospitalidad a palabras que en alguna ocasión pronuncié en la Cámara, y he de decir que siempre he ansiado vivir dentro del orden jurídico; que yo no discrimino con respecto al orden jurídico y que el mismo empeño que ponía en defender la Constitución antes de su reforma de 1949 lo sigo sosteniendo ahora, porque — me guste o no me guste — es la Constitución de la Nación Argentina, y yo quiero vivir dentro de la Constitución de mi patria.

Pero los que se van apartando paulatinamente de la Constitución que han sancionado son los señores diputados de la mayoría, que por una parte acogen en la Constitución Nacional un texto rígido, permanente, en cuya virtud todos los servicios públicos deben pertenecer originariamente al Estado sin que éste pueda enajenarlos o concederlos y, por otra parte, están enajenando y concediendo un servicio público, el de radiodifusión.

Claro está que ya estamos acostumbrándonos a las diferencias entre la teoría y la práctica de la Constitución. Claro está que nos vamos acostumbrando al proceso que alguna vez enuncié al decir que nada hay más grave que ligar una doctrina a un hombre vivo, porque un pensamiento vivo se está realizando en todo el curso de su existencia, y un pensamiento vivo difícilmente puede mantener la unidad que mantienen los textos de la Constitución, que, por su estabilidad, su claridad y su firmeza, pueden ser la única doctrina nacional que una a los hombres que veneran una misma bandera.

Y no esas otras doctrinas que van siguiendo la alternativa del pensamiento de un hombre

vivo, que hoy piensa de una manera, mañana de otra, y que, en consecuencia, coloca a un pueblo en la incertidumbre de sus destinos y de su pensamiento.

Sr. Gago. — Claramente el señor diputado está fuera de la cuestión.

Sr. Fassi. — En las disposiciones que son materia de tratamiento no se podrá decir que se ha escogido una vía para soslayar la valla que la Constitución pone a la enajenación del activo físico de las broadcastings y a las licencias que se van a conceder a particulares. No se trata solamente de encontrar entre las distintas y contradictorias doctrinas sobre los servicios públicos las razones que abogan para considerar tal a la radiofonía. Hay en la ley una serie de disposiciones que no podrían figurar en ella si no se tratara de la concesión de un servicio público, como, por ejemplo, la referencia al artículo 2.338 del Código Civil. Sólo pueden ser dentro de nuestro régimen jurídico, relativamente inenajenables los elementos que forman el patrimonio físico de una empresa concesionaria de servicios públicos. No se podría haber incluido en este despacho otra remisión al artículo 342 del Código de Comercio, porque este artículo establece un sistema especial de fiscalización con respecto a empresas de este mismo carácter que explotan un servicio público.

Hay, pues, en la ley todos los elementos necesarios para ubicar a esta institución como lo estamos haciendo, y ésta, si no la fundamental, ha sido una de las razones por las cuales no hemos puesto nuestra firma en el despacho en consideración, y no por un afán meramente opositor. Todavía están vibrando en esta sala las palabras con que hemos coincidido los diputados cuando se trataba de una ley vinculada a la conservación de una riqueza fundamental para el país, cuando se discutía el proyecto de ley de fertilizantes. Y si la Cámara entrara al trabajo normal y regular de sus comisiones y de todas sus iniciativas, no tenga duda alguna la mayoría que nos va a encontrar en todas las soluciones que se inspiren en el espíritu de la Constitución y en sus principios representativos y republicanos y que tiendan a cumplir los fines por cuya razón se ha constituido la unión nacional. Pero no asentiremos con nuestro concurso a ningún desvío de los principios que siguen siendo la única doctrina nacional que puede unir a la familia argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Degliomini de Parodi). — Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Perette. — El título II, como bien lo ha señalado el señor diputado Fassi, contempla aspectos del punto de vista jurídico, que quiero mencionar muy ligeramente, dada la intensa tarea que ha cumplido y está cumpliendo la Honorable Cámara. El consabido «cierre del

debate» me impidió intervenir en la discusión en general. Me limitaré al articulado en particular.

Este artículo establece que «El servicio de radiodifusión, a los fines de esta ley es de interés público y el Poder Ejecutivo podrá autorizar a particulares su prestación mediante licencias sujetas a las condiciones establecidas en esta ley y su reglamentación.»

Es evidente que este artículo consagra un total discrecionalismo del Poder Ejecutivo en materia de radiodifusión. Entendemos que ese principio de discrecional absolutismo debe ser corregido. En toda la ley se habla de interés público, pero no califica este servicio de servicio público, diferencia y distinción de orden legal y jurídico que es fundamental. Ya el destacado tratadista doctor Rafael Bielsa, en su *Tratado de derecho administrativo*, cuarta edición, páginas 259/260, hace una distinción precisa sobre estos conceptos de interés público y de servicio público, que precisamente esta ley confunde y no distingue, para que la radio siga sometida a la más absoluta discreción oficial. Así lo ha señalado ya la diputación radical en la exposición en general.

El proyecto deja en manos del Poder Ejecutivo, según el artículo 2º, todo el régimen de la radiodifusión. Quiero citar en esta materia conceptos de un autor caracterizado, Thierry Maulnier, que en su libro *Comunismo y miedo* destaca el peligro de la legislación imprecisa y discrecional. Refiriéndose a Rusia, habla de la técnica de la imprecisión, que es creadora de indeterminación y de incertidumbre. El artículo 2º del proyecto tiene, precisamente, ese vicio que cita Maulnier: todo esto tiende a la dominación administrativa del servicio radial, con el privilegio y el favoritismo.

Me referiré ahora al segundo párrafo del artículo 2º, donde se dice que «las adjudicaciones se harán previa licitación pública mediante pliegos de bases y condiciones aprobados por el Poder Ejecutivo». Es decir que, en vez de establecer por ley esas condiciones y esos principios, se deja nuevamente al Poder Ejecutivo una facultad discrecional en ese sentido.

Además, el Poder Ejecutivo fija a discreción —ya lo han señalado los señores diputados Ferrer Zanchi, Belnicoff, Alende, Nudelman y Fassi— las contraprestaciones, o sea las tasas, que son contribuciones fiscales, y todavía se agrava con la cláusula «para lo que resulten adjudicatarios». Quiere decir que hasta pueden fijarse después de la adjudicación. La ley debió decir «para los adjudicatarios», y no «para los que resulten adjudicatarios».

El artículo 4º establece que «Excluido el servicio oficial que presta el Estado, la explotación de estaciones de radiodifusión por particulares, su instalación y funcionamiento, se hará sobre la base de tres redes técnicamente

orgánicas y aptas para prestar servicio útil a todo el territorio de la Nación.» El señor diputado Nudelman, en medulosos conceptos, se refirió a este sistema de monopolio que se concede en base a tres redes técnicamente orgánicas, lo cual significa un régimen de absorción privada y de privilegio para determinados intereses. Es indudable que, al dejarlo excluido, debe determinarse cuál es el servicio oficial del Estado, y no referirse simplemente a que queda «excluido el servicio oficial que presta el Estado».

Con respecto al artículo 5º entendemos que está de más, pues permite al gobierno regular la organización y el régimen de prestación de los servicios. Si es servicio público, basta esa enunciación para hacer innecesaria cualquier otra denominación.

Entendemos que este capítulo, vinculado a los artículos 2º, 3º, 4º y 5º, consagra, como principio fundamental, el discrecionalismo del Poder Ejecutivo, el privilegio, el abuso y el favoritismo. Quiere decir que este régimen permitirá que impere un sistema que no ha de mejorar en lo más mínimo el sistema de una radiodifusión con concepto de libertad. Es de lamentar que en este título, precisamente, no se consagren normas estableciendo un recurso de amparo ante la negativa del uso de la radio por un particular, por un partido político o por los propios solicitantes de este servicio. Es fundamental instituir ese recurso de amparo, y así lo aconsejan conferencias nacionales e internacionales, para establecer la garantía de los derechos quebrantados. No se incluye la obligación de establecer beneficios similares y equitativos para todos los partidos políticos, a fin de que puedan difundir su doctrina, sus ideas, su plan de acción, de modo que se quebrantan derechos fundamentales de los partidos políticos.

Tampoco se consagran principios esenciales, como sería una norma que prohíba exigir a los artistas, para actuar en radio, el certificado policial de buena conducta o la afiliación a determinado partido; y una norma que elimine la persecución a los artistas, y los festivales políticos con fines aparceros y tendenciosos.

Vale decir, señor presidente, que esta ley consagra la imprecisión, la indeterminación y la discreción de que habla Moulhier, y no da garantías a los terceros, ajenos a los intereses actuales, sino a un régimen oficial exclusivo y discrecional. Quiero dar un ejemplo a los señores diputados. En el día de hoy —hace pocas horas— la radio anunció que al auténtico y único Partido Socialista se le ha quitado su personería política en un acto sin precedentes en el historial cívico argentino. Si el Partido Socialista, a quien se ha despojado inicua y de su personería política, llevada con todo honor, lo que reconocemos pese a las discrepancias que hemos tenido y tenemos como partido, se pre-

sentara a la misma radio y pidiera el espacio para defender sus ideas y para demostrar que es víctima de una tremenda arbitrariedad, que es una injusticia sin precedentes, carecería de los derechos y garantías como para defenderse y usar de ese espacio radial que es usado, en cambio, para difundir infundadas acusaciones contra ese partido de abnegada y constructiva acción en la vida nacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

En el título segundo, «Servicio de Explotación privada», capítulo primero, se olvidan conceptos y principios jurídicos que son fundamentales, e implica discrecionalismo, arbitrariedad oficial, favoritismo, aparcería política y negación del derecho a los que no piensan como el gobierno.

Sostengo que esta ley no ha de prestigiar a este Parlamento y ha de servir para el enriquecimiento de unos pocos en desmedro de la libertad radial, de la equidad y de los principios más puros que deben regir en materia de manejo de los negocios del Estado. Entendemos que debe producirse, y tendrá que llegar un debate fundamental sobre estos hechos para demostrar inequívocamente que leyes como ésta, plena de misterio, que no obliga a rendir cuentas como en el caso del artículo 25, han de significar un retroceso de la legislación radial y nuevos discrecionalismo y atropellos a los derechos ciudadanos y a la libertad de ideas, tan castigados en esta hora dramática de la vida nacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Miel Asquía. — Todo eso está en la imaginación del señor diputado.

Sr. Gómez. — ¿Por qué no piden la radio de Montevideo y van a hablar allí?

Sr. Marcó. — Allí hay libertad para hablar...

Sr. Perette. — Dejen la libertad de radio y ya verán lo que ocurre.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. González (S.). — Señora presidenta: voy a referirme en mi exposición al artículo 2º.

Ha sido necesario calificar este servicio a los efectos de esta ley como de interés público, ya que si bien su esfera de influencia es totalmente general, no reviste las características del servicio público según el concepto clásico, cual pueden ser los del transporte, comunicaciones, obras sanitarias, teléfonos, etcétera. Tampoco puede hacerse la calificación del servicio público por la intervención del Estado en lo que se refiera al ejercicio de los deberes de vigilancia, contralor y organización, porque caeríamos en el error de concepto de suponer que otras actividades, incluso algunas de orden comercial, también tomarían ese carácter por la sola acción de presencia de ese tipo de intervención estatal.

También hay que recordar que en el sistema vigente de explotación y en el sistema proyectado, el oyente recibe voluntaria y gratuitamente la emisión, sin que efectúe desembolso alguno

por cualquier otro concepto, pues es un régimen basado en la libertad de audición, sin obligación ninguna por parte del oyente, lo que quiere decir que no hay retribución por servicios prestados.

Esto constituye también la expresión concluyente de la autoridad del Estado para delegar sus atribuciones, sin chocar con lo expuesto en el artículo 4º de la Constitución Nacional en lo que se refiere a servicios públicos.

El sistema propuesto en este artículo es la consecuencia de la experiencia nacional y extranjera, como se expresara anteriormente en la discusión en general, y es el adoptado por muchos países de gran desarrollo en sus redes de radiodifusión, pero en las legislaciones más liberales que puedan tomarse como ejemplo se mantiene el derecho de policía del Estado, aun cuando éste delega en particulares responsables el desempeño del servicio.

Es así que en este artículo se ha modificado el texto anterior en cuanto se incluían contraprestaciones a favor del Estado. A fin de que esta ley sea clara y no induzca a errores o controversias, se aclara que las contraprestaciones son tres. La primera, lógica y natural, emana de toda licitación pública y se refiere a los que ofrezcan mejores condiciones; la segunda, al importe que debe abonarse anualmente por la utilización de una explotación o industria que es monopolio del Estado, y éste se ve en la necesidad de realizar las inspecciones y el contralor necesarios, como surge de la misma ley; y la tercera se vincula con contraprestaciones menores que se establecen normalmente en los pliegos y bases de condiciones acerca de la forma en que se ha de prestar el servicio.

Por estas razones la Comisión de Comunicaciones y Transportes se opone a las modificaciones propuestas por los señores diputados de la minoría.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Se va a votar el título II.

— Resulta afirmativa de 69 votos; votan 79 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — En consideración el título III.

Se va a votar.

— Resulta afirmativa de 70 votos; votan 81 señores diputados.

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — En consideración el título IV.

Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Fassi. — Señora presidenta: con este título IV, aparentemente insignificante, penetramos en la zona de las tormentas.

Diría que uno de los signos característicos del partido gobernante es su falta de respeto por la Constitución, y como nunca hago una afirmación en el vacío, partiré del origen de los bienes que,

mediante estas disposiciones transitorias, se van a enajenar para cumplir diversos fines que he de tratar con la debida prolijidad.

De acuerdo con enunciaciones formuladas por el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, a fines de 1947 y principios de 1948, el Poder Ejecutivo, por intermedio del IAPI, invirtió fondos públicos por la suma de 18.000.000 de pesos en la adquisición de broadcastings. Deseo señalar que, de acuerdo con el artículo 83, inciso 13, de la Constitución Nacional, el Poder Ejecutivo sólo puede invertir las rentas de la Nación con arreglo a la ley o presupuesto de gastos nacionales. En esa oportunidad no había ninguna ley que permitiera al Poder Ejecutivo la adquisición de las broadcastings, que se hizo en la clandestinidad y con el más completo desconocimiento del Parlamento; ni siquiera se siguió la vía normal de la adquisición por medio de los ministerios pertinentes, sino que se acudió al remanido recurso de hacerla adquirir por el IAPI, instituto de promoción del intercambio, que parece que a sus funciones propias unía todas las que convenían a la clandestinidad de los negocios públicos, tales como adquirir las estaciones radio-difusoras, que nada tienen que ver con la promoción del intercambio.

Por ese camino se invierten 18.000.000 de pesos en la adquisición de distintas cadenas y estaciones radioemisoras, que ha enunciado el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, y nosotros vamos a disponer la enajenación de esos bienes; pero como no hemos intervenido en su adquisición, como la enumeración de esos bienes no figura en ningún instrumento público que haya tenido publicidad en el Boletín Oficial, en el Diario de Sesiones o en alguna otra parte, como todo se ha hecho en la sombra, resulta que no sabemos cómo está constituido el patrimonio físico que se va a vender mediante la disposición transitoria del artículo 25. Y este desconocimiento nuestro es tanto más desconcertante, cuando resultaría de los conceptos enunciados en la Comisión de Presupuesto y Hacienda que las cadenas de broadcastings y las más importantes broadcastings ya serían de propiedad del Estado.

A través de la enunciación del señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda no se ha dicho nada con respecto a Radio El Mundo, en relación a la cual queda la duda de si sigue siendo propiedad particular o si es propiedad del Estado, duda trascendente porque se trata de bienes considerables.

Si nosotros nos atuviéramos a los conceptos expresados en la comisión, deberíamos concluir que los bienes físicos de esa cadena de emisoras son del Estado; no obstante, en la última memoria de la sociedad anónima Haynes, en el capítulo cuarto, «Actividades actuales», después de enunciadas las concesiones, de explicado que

algunas son precarias y otras tienen ya quince años a partir de 1934, se expresa este concepto: «Los bienes no pasan al poder de la autoridad que otorga la concesión», es decir, se incluye dentro del patrimonio de la empresa el activo físico que constituye la broadcasting Radio El Mundo, Radio Libertad, LT3, LT5, LT9, LU6, LV6, LV7 y LV8.

No solamente lo que estamos considerando es importante a los fines de este actual planteo, sino que adquiere una mayor gravedad en virtud de lo dispuesto en el artículo 25 en su segunda redacción.

En el proyecto del Poder Ejecutivo se enunciaba, con respecto a esta materia —según ha sido recordado en el curso del debate—, que se condonaban las deudas provenientes de los cargos que por aplicación de las leyes de previsión social mantuvieran las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de la presente ley. Esta disposición fué, sin duda, reemplazada por la que figura en el despacho, porque era realmente escandalosa. Se trata de una deuda de empresas, de broadcastings particulares, que han realizado un negocio, bueno o malo —eso va por cuenta de ellas—, que no pagaron los aportes de las jubilaciones y por una ley de la Nación se les condonaría esa deuda con la Caja de Previsión Social.

Producida sin duda una reacción, que no emergió a la superficie, pero que debió haber movido a la mayoría de esta Cámara, por el camino que indicó el señor diputado Alende, vino otro proyecto, otro texto legal que era aparentemente otra cosa, pero que llega al mismo resultado, es decir, al hecho de que se perjudica el patrimonio nacional en beneficio de algunos particulares, cuyos nombres no conocemos y que no merecen ese sacrificio del patrimonio nacional en provecho de su patrimonio privado.

¿Qué es lo que dice el artículo que estamos considerando, respecto del cual requerimos la atención de la Honorable Cámara porque afecta nuestro prestigio? Estoy seguro que no pudo estar tampoco en el pensamiento de la República, porque esto no es correcto y merece un serio calificativo.

Dice que de ese patrimonio de bienes adquiridos con recursos del Estado se van a hacer los aportes jubilatorios a las cajas. Quiere decir que con respecto a las cajas se las ha librado de cualquier lesión, pero ¿quién paga? ¿El deudor o el gobierno con bienes que son de su patrimonio? Paga el gobierno.

Sr. Miel Asquía. — No es así.

Sr. Fassi. — Es así. Lo dice en forma terminante el artículo que estamos considerando: «Los ingresos aludidos en el artículo 24 serán destinados a la cancelación de las deudas contraídas ante el Instituto Argentino de Promo-

ción del Intercambio con motivo de las adquisiciones de los activos físicos de las estaciones de radiodifusión por el Estado y al pago de las que, por aplicación de las leyes de previsión social, mantengan las radioemisoras con el Instituto Nacional de Previsión Social y sus secciones a la fecha de la promulgación de esta ley.»

No es la deuda del Estado como dueño de las radioemisoras que paga con sus bienes al Instituto de Previsión. Es una deuda ajena, es una deuda de quien explota el servicio público y se beneficia con ello.

Veamos esto más cerca y expliquémoslo de manera que la terminología jurídica no confunda, porque en esta materia todos tenemos que comprender bien. Reemplacemos el término menos corriente de «permisionario» o «concesionario» por el término más corriente de «inquilino», que es, en la esfera del derecho privado, la situación análoga a la del que tiene la concesión de la radio. Es como si el inquilino, en el ejercicio de su actividad económica se creara una deuda, y ella se pagara mediante la venta de la propiedad del locador que le ha dado su casa en locación.

Veán los señores diputados, por ejemplo, esta situación que nos crea una de las más importantes broadcastings, Radio El Mundo. ¿Acaso no dice en sus memorias que sus bienes no han ingresado en el patrimonio del Estado? ¿No dice que ellos continúan siendo de su propiedad?

Si es una radioemisora, está comprendida entre aquellas cuyas deudas con el Instituto Nacional de Previsión Social se va a cancelar mediante el pago que se haga con los fondos provenientes de la renta de bienes del dominio del Estado.

—Suena la campanilla que indica que ha vencido el término de que dispone el orador para su exposición.

Sra. Presidenta (Degliomini de Parodi). — Ha vencido el plazo de que disponía el señor diputado por la Capital para hacer uso de la palabra.

Sr. Fassi. — Hablo en nombre del bloque, señora presidenta.

Sra. Presidenta (Degliomini de Parodi). — Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Fassi. — El presidente de la Comisión de Presupuesto, y me apresuro a manifestar que con la más absoluta buena fe, anticipó algunas manifestaciones que él no pudo avalar con la debida documentación, y que en su oportunidad pedimos al señor subsecretario de Comunicaciones en la Comisión de Presupuesto. Le dijimos que era necesario conocer los contratos entre las empresas radioemisoras y el Estado para conocer cuáles eran sus deberes y obligaciones, a fin de poder ubicar con exactitud quién era deudor a las cajas de jubilaciones, y quién,

en consecuencia, debía oblar esa cantidad, que no por ser de 18.000.000 de pesos es insignificante. Desaprensivamente no podemos disponer de ese importe, puesto que pertenecen al Estado, para favorecer a particulares cuyos nombres ignoramos, porque en el curso de este debate y de las deliberaciones de la Comisión de Presupuesto no aparecieron los contratos para saber quiénes fueron los felices argentinos que gozaron desde 1948 los inmensos ingresos de la radio sin pagar siquiera las jubilaciones.

El señor Gagliardo, a quien le hice esa manifestación, expresó, sin perjuicio del informe que se remitirá a las comisiones: «Deseo anticipar que el IAPI adquirió el activo fijo de las empresas y contrató a las sociedades anónimas que actualmente la explotan.»

Es muy vaga la enunciación del señor Gagliardo. ¿Acaso las sociedades anónimas la explotan en representación del Estado? ¿En beneficio propio han contraído una locación de obra o de servicios con el Estado y éste ha corrido con todos los riesgos de la empresa? ¿El Estado ha creado un pasivo, que es su deuda con la caja de jubilaciones?

No obstante carecer de los elementos decisivos, que son los contratos —el señor Gagliardo los prometió y no los envió hasta este momento—, con el conocimiento que voy tomando de los negocios públicos desde mis funciones en las comisiones donde realizo mis tareas específicas, puedo decir que no puede existir una explotación por cuenta del Estado de esas radioemisoras, porque ella hubiera surgido en las cuentas de la Nación. Si hubieran sido explotadas por el Estado, hubieran figurado entre las empresas estatales o entre las entidades descentralizadas.

En las cuentas de inversión de 1949, 1950 y 1951 no figuran ni como empresas del Estado ni como empresas descentralizadas. Vale decir que quienes las han explotado lo han hecho por su cuenta y riesgo, en la misma forma que Radio El Mundo. Quiere decir que con los antecedentes que poseo me comprometería en un acto que mi conciencia reputa deshonesto, si yo hubiera agregado mi firma al despacho. Sin los antecedentes de que carezco, hubiera cometido la tremenda falta de contribuir a que se vendan bienes que forman parte del patrimonio nacional para pagar una deuda de particulares.

Esta es una materia que la mayoría no debería resolver sino exhibiendo los contratos, aclarando debidamente que no nos encontramos ante un negociado que va a conseguir la sanción de la mayoría y que va a ser un motivo para que en el futuro nos avergoncemos de haber cometido un acto perjudicial para el patrimonio de la Nación.

Muchas veces, frente a la delegación de poderes que va convirtiéndose en la realidad insti-

tucional, no la de los textos, sino la de este momento de la vida del país, me he planteado una cuestión que no es creación de mi espíritu, sino que es una reflexión con respecto a los regímenes, que van concentrando los poderes en una sola persona, que creen que esa persona tiene la verdad absoluta, que no se equivoca nunca.

Sr. Miel Asquía. — Nadie dice eso, señor diputado. Cuando hemos cometido un error, lo hemos dicho.

Sr. Fassi. — Frente a esas desviaciones institucionales, que algunas veces surgen de las palabras de algunos señores diputados y otras de la conducta de los poderes públicos, lo más grave que observamos es que ningún hombre puede desempeñar todas las funciones públicas, y cuando se quiere delegar en un hombre, se delega en otros entes irresponsables e ignorados que están cumpliendo menesteres más modestos en los ministerios, en las reparticiones autárquicas, en gobiernos de provincia; en una palabra, que están en toda la máquina gubernativa. Pero resulta que ese acto de confianza y de delegación va a parar a manos que no siempre son honestas y a mentes que no siempre están bien inspiradas.

He puesto en mis palabras un tono que no es el mío habitual, y ello ha sido porque la Honorable Cámara va a dar una sanción gravísima si regala \$ 18.000.000 a beneficiarios desconocidos.

Concluyo mis palabras exhortando a la mayoría a meditar serenamente en lo que va a hacer, porque el hecho de ser mayoría le permitirá dar sanción a este proyecto, pero no le permitirá convertir en regular lo que sea irregular, lo que encuadra un negociado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sra. Presidenta (Degliuomini de Parodi). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Atala. — Comienzo por sostener que es totalmente inexacta la apreciación —ruego al señor diputado excuse esta expresión—...

Sr. Fassi. — Yo espero los documentos.

Sr. Atala. — Se los voy a mencionar.

...que hace el señor diputado Fassi con respecto a lo que él califica de clandestinidad en la adquisición de radioemisoras argentinas por intermedio del IAPI.

En la memoria del Banco Central del año 1948 figura en forma clara y fehaciente, para todo el que quiera verla, esta operación.

Pido también que se inserte, a esta altura de mi exposición, la nómina completa, cuya lectura había iniciado el señor presidente de la Comisión de Presupuesto, de las radios adquiridas, su precio, fechas de compra y de posesión, cuentas bancarias y fechas de los depósitos.

La nómina es la que se expresa a continuación:

PLANILLA Nº 1

**Emisoras adquiridas por la Administración General de Correos y Telecomunicaciones,
por intermedio del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI)**

E M I S O R A		DETALLE DE COMPRA		
		Fecha contrato	Precio	Fecha toma posesión
LR 3	Radio Belgrano y sus equipos de ondas cortas			
LV 10	Radio Cuyo (Mendoza)			
LU 2	Radio Bahía Blanca	14/10/1947	4.640.000	16/10/1947
LT 15	Radio Concordia (E. Ríos)			
LV 14	Radio La Rioja			
LV 13	Radio San Luis			
LR 2	Radio Argentina (Capital)	14/10/1947	800.000	16/10/1947
LT 14	Radio Gral. Urquiza (Paraná) ..	14/10/1947	500.000	16/10/1947
LV 4	Radio San Rafael (Mendoza) ..	14/10/1947	60.000	16/10/1947
LV 12	Radio Aconquija (Tucumán) ..	3/11/1947	550.000	4/10/1947
LT 7	Radio Provincia (Corrientes) ..	28/11/1947	170.000	4/10/1947
LV 11	Radio Del Norte (S. del Estero) ..	23/12/1947	230.000	1/10/1947
LR 4	Radio Splendid y sus equipos de ondas cortas			
LW 1	Rades Córdoba			
LT 2	Rades Rosario			
LU 3	Rades Bahía Blanca	15/3/1948	4.500.000	1/4/1948
LT 4	Rades Posadas			
LU 5	Rades Neuquén			
LV 6	Rades Mendoza			
LW 7	Rades Catamarca			
LW 8	Rades Jujuy			
LS 5	Radio Rivadavia (Capital)	15/3/1948	400.000	15/3/1948
LR 9	Radio Fénix (hoy Antártida) ..	24/4/1948	100.000	1/5/1948
LT 1	Radio del Litoral (Rosario)	25/8/1948	2.600.000	1/9/1948
LV 3	Radio Córdoba	13/8/1948	1.100.000	1/9/1948
	Equipo transmisor Philips funcionando en LRR Radio Ovidio Lagos (Rosario)	26/7/1948	200.000	26/7/1948
LV 2	Radio Central (Córdoba)	1/3/1948	725.000	1/3/1948
LW 2	Radio Aconcagua (Mendoza) ..	27/11/1948	1.900.000	1/12/1948
			18.475.000	

PLANILLA Nº 2

Pagos a vendedores de activos fijos de emisoras.

TITULAR CUENTA	INSTITUCION BANCARIA	Importe	Fecha depósito
Radio Belgrano y Primera Cadena Argentina de Broadcasting, S. A.	Banco de la Nación Argentina (agencia Nº 2)	2.000.000	18/XII/1947
Radio Belgrano y Primera Cadena Argentina de Broadcasting, S. A.	Banco de la Nación Argentina (agencia Nº 2)	2.000.000	9/III/1948
Jaime Yankelevich	Banco de la Nación Argentina (agencia Nº 2)	200.000	26/VII/1948
Red Argentina de Emisoras Splendid (RADES)	Banco de la Nación Argentina	1.700.000	18/III/1948
Red Argentina de Emisoras Splendid (RADES)	Banco de la Nación Argentina	1.300.000	22/IV/1948
Red Argentina de Emisoras Splendid (RADES)	Banco de la Nación Argentina	1.500.000	6/VII/1948
Luis Maunier	Banco de Londres y América del Sud	125.000	28/II/1948
Luis Maunier	Banco de Londres y América del Sud	300.000	10/IV/1948
Luis Maunier	Banco de Londres y América del Sud	300.000	22/VI/1948
Radio Aconquija LV12, S. R. L.	Banco de la Nación Argentina	183.334	23/XII/1947
El Liberal, S. A. (Santiago del Estero) ..	Banco Español del Río de la Plata	54.000	14/I/1947
El Liberal, S. A. (Santiago del Estero) ..	Banco Español del Río de la Plata	176.000	24/II/1947
Fernando Maliandi	Banco Español del Río de la Plata	100.000	31/VIII/1948
Alberto P. Brouard	Banco de Italia y Río de la Plata (sucursal 7)	500.000	14/VIII/1948
Alberto P. Brouard	Banco de Italia y Río de la Plata (sucursal 7)	300.000	18/IX/1948
Simmy Luisa Wahnish	Banco de la Nación Argentina	250.000	16/III/1948
Simmy May Luisa Wahnish	Banco de la Nación Argentina	150.000	24/VI/1948
Gregorio Echavarría	The Royal Bank of Canada (sucursal Santa Fe 1288)	50.000	26/IV/1948
Rufino Alzugaray	Banco de la Nación Argentina (transferido a la sucursal Corrientes)	170.000	18/XII/1948
Gregorio Echavarría	The Royal Bank of Canada (sucursal Santa Fe 1288)	50.000	24/VI/1948

Sr. Atala.— Me felicito de que el señor diputado Fassi me haya brindado la oportunidad de hacer conocer esta información, porque con ella queda terminantemente aclarado que no hubo ocultamiento ni clandestinidad.

El monto de la deuda de los *broadcasters* con el Instituto de Previsión Social asciende a la suma de 15.977.012,51 pesos. Ese monto corresponde a los aportes jubilatorios, patronal y del personal, correspondiente a los empleados denominados estables y que comprenden los administrativos, los locutores oficiales, músicos estables, elenco de radioteatro, técnicos, ordenanzas, etcétera.

Desde antes de la adquisición por Correos y Telecomunicaciones, mediante el IAPI, existía entre los *broadcasters* y el instituto una divergencia de interpretación con relación al personal artístico transitorio. Cuando se hizo la operación de compra, la cuestión no estaba aún dilucidada. Recién en la sesión del 16 de abril del corriente año se fijó criterio definitivo en el Instituto Nacional de Previsión Social.

Por otra parte, para conocimiento de la Honorable Cámara —y lamento no haberlo hecho

en momento oportuno— diré que la cantidad de estaciones de ondas medias que va a tener la República Argentina, con la aplicación de la nueva ley, será de 87, en lugar de las 64 que existen actualmente; y de 9 estaciones de onda corta, contará con 13. En total habrá una cantidad de 100 estaciones, en lugar de 73.

En lo que respecta a la potencia en kilovatios, se aumentará de 563,5 a 1.093,75 kilovatios, en onda media, que con los 530 kilovatios que habrá en onda corta, formará un total de 1.623,75 kilovatios.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Antonio J. Benítez.

Voy a dar el dato referente a las estaciones radiodifusoras que se crean por esta ley.

El Estado tendrá una red oficial con 22 emisoras que funcionarían en: Capital Federal (dos), Eva Perón (provincia de Buenos Aires), Rosario, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, Mercedes (Corrientes), Santo Tomé (Corrientes), Mendoza, Santiago del Estero, Tucumán, Posa-

das (Misiones), Salta, Formosa, Gualaguaychú (Entre Ríos), La Quiaca, Bahía Blanca, Comodoro Rivadavia, Esquel, Santa Rosa (Eva Perón) y Ushuaia. Pueden advertir los señores diputados la importancia de orden estratégico de la distribución de la red oficial de radiodifusoras a crearse, que alcanzará a cubrir todo el territorio del país.

Además, las tres redes privadas independientes agruparían un total de 62 emisoras, con lo cual se aprovechan mejor las ondas asignadas al país, al par que se incorporan 26 nuevas estaciones que darán servicio útil a localidades que hasta ahora se hallan desprovistas de este importante medio de comunicación.

Las 26 nuevas emisoras se instalarán en Trenque Lauquen, Azul, Necochea y Mar del Plata (provincia de Buenos Aires), Río Cuarto (Córdoba), Mercedes, Goya, Santo Tomé, Paso de los Libres (Corrientes), Oberá, El Dorado (Misiones), Presidencia Roque Sáenz Peña (Presidente Perón), Formosa, Gualaguay (Entre Ríos), La Quiaca (Jujuy), Tartagal (Salta), Santa Rosa (Eva Perón), Zapala (Neuquén), Esquel y Trelew (Chubut), General Roca y Viedma (Río Negro), Puerto Deseado y San Julián (Santa Cruz), Ushuaia y Río Grande (Tierra del Fuego).

Con esto creo haber aportado la información que deseaban los señores diputados.

Sr. Gago. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Gago. — Hago moción de que se cierre el debate.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar la moción formulada por el señor diputado por la Capital.

— Resulta afirmativa de 73 votos; votan 84 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar el título IV.

— Resulta afirmativa de 72 votos; votan 83 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Queda sancionado el proyecto de ley (1).

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por Córdoba.

— Resulta afirmativa de 72 votos; votan 83 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se hará la inserción en la forma solicitada.

(1) Véase el texto de la sanción en la página 1893.

VENTA DE TERRENOS

(Orden del día número 110)

Honorable Cámara:

Las comisiones de Defensa Nacional y de Legislación General han estudiado el mensaje y proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo sobre autorización a la Dirección General de Fabricaciones Militares para vender a Atanor una fracción de terreno ubicada en la provincia de Córdoba; y, por las razones que dará el miembro informante, aconsejan su aprobación.

Sala de las comisiones, 2 de julio de 1953.

Antonio J. C. Deimando. — Ventura González. — Santiago Dussaut. — María Carmen Cavaglia de Boeykens. — José María Argaña. — Néctar A. Barrera. — Oscar R. Bidegain. — Héctor A. Blasi. — Josefa Dominga Brigada de Gómez. — Esther M. Fadil. — Rodolfo Gramajo. — Jorge S. Pellerano. — José B. Posada. — A. Rodríguez Gallardo. — Pedro Villarreal.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Autorízase a la Dirección General de Fabricaciones Militares, dependiente del Ministerio de Defensa Nacional, para vender a Atanor Compañía Nacional para la Industria Química, Sociedad Anónima Mixta, el terreno ubicado en la provincia de Córdoba, departamento Tercero Arriba, pedanía El Salto, localidad de Río Tercero, con una superficie aproximada de 115.622,25 metros cuadrados, por la suma de \$ 23.124,25 moneda nacional (veintitrés mil ciento veinticuatro pesos con veinticinco centavos moneda nacional). Dicha suma ingresará al patrimonio de la nombrada gran repartición.

Art. 2º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

José Humberto Sosa Molina. — Pedro José Bonanni.

ANTECEDENTE

Buenos Aires, 13 de febrero de 1953.

Al Honorable Congreso.

El Poder Ejecutivo tiene el agrado de elevar a vuestra honorabilidad el adjunto proyecto de ley, por el cual se autoriza a la Dirección General de Fabricaciones Militares para vender a Atanor, Compañía Nacional para la Industria Química, Socie-